

ISABEL LA CRUZADA



W. T. Walsh

W. T. WALSH

Isabel
La Cruzada

Traducción de Carlos M. Castro Cranwell

1945

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Este libro es un compendio de la obra *Isabella of Spain*, publicada en Nueva York en 1930. En la obra original se encontrarán las notas y pruebas de las conclusiones a que se llega en la misma y que son objeto de controversia, como, por ejemplo, la Inquisición.

W. T. W.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

Al atardecer de un día de otoño de 1461, una pequeña caravana galopaba a lo largo del estrecho y sinuoso camino que va de Madrigal a Arévalo, en Castilla la Vieja. Al frente de una columna de hombres armados, cabalgaba, vistiendo su armadura, un hombre de alguna edad que por su aspecto debía de ser hidalgo. A su lado, montadas en mulas, iban dos niñas de cerca de diez años. Una era morena, de inquietos ojos negros y boca sonriente que nunca callaba. La otra era de franco tipo norteño, con cabellos de color cobrizo claro, mentón tal vez demasiado marcado para el resto de sus facciones, y en sus ojos azules brillaban verdosas luces con destellos de oro. Ambas estaban arropadas en largos mantos de lana para resguardarse del viento frío que azotaba al sesgo el camino y de la nube gris de polvo que levantaban los cascos de los caballos; y debajo de sus pequeños y graciosos sombreros, llevaban un pañuelo de seda anudado en la barbilla, que les cubría el cabello y las orejas.

La morena, la más alta de las dos, llevaba vestidos más nuevos y ricos. Era Beatriz de Bobadilla, hija del gobernador del castillo de Arévalo. Sin embargo, trataba con cierta deferencia a su desaliñada compañera, a quien siempre llamaba «doña Isabel». Ya a la edad de diez años se enseñaba en Castilla cuáles eran los deberes para con una princesa de sangre real. Aunque Isabel vivía con su madre la reina viuda en situación económica apremiante, casi olvidada por su medio hermano el rey Enrique IV, era muy probable que la hija del segundo matrimonio del difunto Juan II casara algún día con un poderoso noble. Estas posibilidades se veían confirmadas por las recientes negociaciones tendientes a desposarla con el príncipe Fernando de Aragón.

Doña Isabel escuchaba con serena gravedad, rara en una niña, la charla de Beatriz. Más que de hablar, gustaba de escuchar, y cuando hablaba lo hacía con pocas palabras. Aun a esa edad conservaba una majestuosa prestancia que no sorprendía si se tenía en cuenta que descendía de Alfredo el Grande, Guillermo el Conquistador, los reyes ingleses Plantagenet, San Luis, rey de Francia, y San Fernando, rey de Castilla. No obstante, parecía inverosímil que un día llegara a ser reina. Su hermano Alfonso tenía mayores probabilidades que ella. Pero eran inmensos los obstáculos que se oponían a que cualquiera de ellos ascendiera al trono.

Mucho tenía que hablar Beatriz aquel día. Su padre, el gobernador, las había llevado a Medina del Campo, donde tres veces al año se realizaba la feria más importante de España. Habían visto mercaderes de todo el sur de Europa comprando las mejores lanas y granos de Castilla, novillos, caballos y mulas de Andalucía; caballeros de Aragón, marinos de las costas del este de Cataluña, montañeses del Norte, moros de Granada con sus turbantes, barbudos judíos envueltos en sus gabardinas, campesinos de Provenza y del Languedoc, y alguno que otro alemán o inglés. Ahora volvían a Arévalo a seguir la vida rutinaria impuesta por la reina viuda.

Isabel recibía la educación de los nobles de aquella época de España, a pesar del negligente abandono del rey y las apremiantes necesidades de dinero que hacían que ella y su madre carecieran de alimento y vestido, al punto de verse obligadas a vivir como campesinas.

Había aprendido a hablar castellano con armoniosa elegancia y a escribirlo con cierta distinción. Estudiaba gramática, retórica, pintura, poesía, historia y filosofía. Bordaba intrincados dibujos en telas de oro y terciopelo. Con extraordinaria habilidad ilustraba en caracteres góticos oraciones sobre pergaminos. Todavía se encuentran en la catedral de Granada un misal que ella ilustró y estandartes y ornamentos que confeccionó para el altar de su capilla. Heredó de su padre un apasionado amor por la música y la poesía; sin duda, había leído los trabajos de su poeta favorito, Juan

de Mena, y probablemente una traducción española de Dante. De sus preceptores, que habían estudiado en la Universidad de Salamanca, a la que después se llamó la Atenas de España, aprendió la filosofía de Aristóteles y de Tomás de Aquino. Si leyó la *Visión deleitable*, escrita especialmente en esa época, para la educación del príncipe Carlos de Viana, al que estaba prometida por el rey, sabría que el movimiento es la causa del calor, y por qué sopla el viento, y por qué difieren los climas, y por qué los minerales son distintos, y cuáles son las causas de las sensaciones del olfato, del gusto y del oído, y por qué algunas plantas son grandes y otras pequeñas, y las propiedades de las medicinas; todo esto, presentado amenamente como una novela, para inculcar en el joven cerebro real la ciencia de la época de la manera más agradable posible. Las traducciones españolas de *La Odisea* y de *La Eneida* eran comunes en la corte del hermano de Isabel. Mostraba ella especial interés por los cantos o cancioneros, tan queridos por su padre, y así aprendió la heroica historia de sus antepasados los cruzados.

Aun en la soñolienta Arévalo se sabía que toda Europa estaba amenazada por la invasión de los desalmados bárbaros que habían perturbado la paz y prosperidad de los hombres de Occidente durante más de mil años. En realidad, cerca de ocho siglos luchó la cristiandad por su existencia. Durante la niñez de Isabel, los fanáticos musulmanes habían llegado al Danubio, invadido el Asia Menor, alcanzado la Baja Hungría, gran parte de los Balcanes y devastado Grecia, después de abrirse camino a Constantinopla, llave de Occidente. En una Europa donde a menudo los reyes y príncipes anteponían sus propios intereses a los de la cristiandad, sólo el papa podía hablar con universal autoridad moral. Pero aunque un pontífice después de otro instara a los cristianos a unirse en defensa de sus hogares, nadie escuchaba esas amonestaciones, salvo los desdichados pueblos que se hallaban en la primera línea de defensa. El emperador Federico III, que gobernaba toda la Europa central, se ocupaba afanosamente en cultivar su jardín o en cazar pájaros; Inglaterra estaba en vísperas de la guerra de las Dos Rosas, y cuando el pueblo de Dinamarca

contribuyó con su dinero a costear la cruzada, el rey lo robó de la sacristía de la catedral de Roskilde. Entretanto, el terrible Mohamed II, conocido con el nombre de Gran Turco, y cuya sola mención provocaba terror en las aldeas europeas, se abría camino a través de Italia, amenazando el corazón de nuestra civilización.

Isabel sabía demasiado bien que España se había desangrado durante más de setecientos años bajo la opresión musulmana. Algunos judíos españoles que odiaban a la cristiandad y deseaban ver destruida su influencia, indujeron a los berberiscos a cruzar el angosto estrecho de África y apoderarse de las tierras de los cristianos. La incitación fue escuchada. Pronto la Península fue arrasada por el fuego y la espada del infiel. Unos judíos abrían las puertas de las ciudades al invasor, mientras otros luchaban en los ejércitos de los visigodos cristianos. Los berberiscos conquistaron toda España, excepto unas desguarnecidas, montañas en el Norte, donde se refugió el resto de los cristianos. Pero no se detuvieron los invasores en los Pirineos. Invadieron Francia, y habrían conquistado toda Europa si Carlos Martel no los hubiese rechazado en una sangrienta batalla que duró ocho días, cerca de Tours, en 732. Siete siglos de lucha fueron necesarios para recuperar, paso a paso, del poder invasor, las tierras conquistadas. Año tras año, siglo tras siglo, habían ido empujando a los enemigos de Cristo hacia el Mediterráneo.

Aprendió Isabel en los cancioneros cómo un apóstol de Cristo, caballero en un caballo blanco, se apareció a los destruidos ejércitos cristianos cerca de Clavijo y los condujo a la victoria sobre las irresistibles hordas musulmanas. Éste era Jacobo el Mayor, o, como se le llama en España, Santiago, el apóstol, que predicó allí el Evangelio, y cuyo cuerpo, después de su martirio en Jerusalén, fue llevado a España por quienes lo acompañaron, de acuerdo con la tradición española, y, después de perdido durante ocho siglos, fue encontrado milagrosamente y venerado en el célebre sepulcro de Compostela. Desde entonces, Santiago fue el patrón de España, y los cruzados corrían a la victoria al grito de guerra «¡Por Dios y Santiago!», hasta que todo el poder político de los musulmanes quedó reducido al rico y poderoso reino de Granada,

a lo largo de la costa del Sur. Allí permanecieron como constante amenaza de los reinos cristianos de Castilla y Aragón, ya que en cualquier momento podían traer de África nuevas hordas de fanáticos y reconquistar toda España.

Era urgente, por lo tanto, la necesidad de un rey fuerte y hábil que uniera los estados cristianos y finalizara la reconquista. Desgraciadamente, el cetro de San Fernando había caído en manos de un incapaz. El medio hermano de Isabel era un degenerado, conocido en toda Europa con el nombre do Enrique el Impotente.

Cuando la pequeña caravana de Medina llegaba esa noche a Arévalo, las niñas y el gobernador encontraron el tranquilo castillo y el pueblo en un extraño estado de excitación. El rey —el rey de Castilla— había llegado inesperadamente a visitar a sus parientes pobres.

Enrique tenía un triste aspecto, más bien repulsivo; era indolente, alto y desgarbado. Vestía un largo manto de lana que caía en desaliñados pliegues; sus pies, demasiado pequeños para su estatura, no calzaban botas a la usanza castellana, sino borceguíes como los de los moros, cubiertos siempre de barro, lo que los hacía aparecer más extraños aún en los extremos de sus largas piernas. Sus ojos eran azules, más grandes que lo común; la nariz, ancha, chata y torcida. Surcaba su frente dos arrugas verticales, en las que sus pobladas cejas se enroscaban extrañamente. Su barba lanosa, a manchas de color castaño oscuro, hacía resaltar su cara, que de perfil parecía cóncava. Un cortesano escribía que el rey «tenía el aspecto feroz de un león, que con su sola mirada infundía espanto a los que lo miraban». Otro cronista de la época decía que sus ojos eran inquietos como los de un mono.

La madre de Isabel, que era una princesa portuguesa, tenía una profunda aversión y desconfianza hacia Enrique. Era mujer de sólidos principios y voluntad enérgica. Años atrás, valiéndose de su hermosura, reconocida en toda España, influyó en el ánimo de su débil esposo Juan II para liberar a Castilla de la tiranía de su favorito, el encantador pero disoluto e inescrupuloso caballero don

Alvaro de Luna, haciéndolo decapitar. Desde la muerte del rey Juan sufrió una melancolía crónica, que culminó en un estado de locura apacible y tranquila.

Al igual que la mayoría de la nobleza, la reina viuda lamentaba que Enrique, a quien el pueblo creía el indicado para liberarlo de la amenaza mahometana, no fuera más que un cristiano tibio e indiferente. Sus compañeros preferidos, moros, judíos y cristianos renegados, eran enemigos de la fe católica. Se decía que su pasatiempo favorito en la mesa era la invención de nuevas blasfemias y bromas obscenas sobre la Sagrada Eucaristía, la Santísima Virgen y los santos. El rey asistía a misa, pero nunca confesaba ni recibía la comunión. Su guardia era mora, y la retribuía más generosamente que a sus soldados cristianos. Y cuando, ante el clamor popular, se puso al frente de una cruzada, en 1457, dirigió a su ejército de treinta mil hombres a través de las hermosas regiones del sur del país de una manera tan inoperante, que sus súbditos cristianos llegaron a pensar si no habría asegurado a los moros que no les haría ningún daño.

Enrique se declaraba pacifista. Aborrecía todo derramamiento de sangre. Sin embargo, tenía a su lado a un borracho salteador de caminos, llamado Barrasa, que con otro asaltante conocido por Alfonso el Horrible, había asesinado a un viajante, al que le arrancaron la piel del rostro para evitar su identificación, y dio una plaza en su guardia mora a un renegado que había participado en el asesinato de cuarenta cristianos. De ahí que la nobleza católica se inclinara a ver en el pacifismo del rey un síntoma de degeneración, más que una virtud.

La fastuosa generosidad de éste con sus favoritos había llevado al país a la bancarrota y a la anarquía. Concedió al rabino José de Segovia el privilegio de recaudar impuestos, y a Diego de Ávila, judío converso, le otorgó las más amplias facultades, incluso el derecho de desterrar a aquellos vecinos que no pagaran los impuestos y hasta a darles muerte sin juicio previo. Los nobles, despreciando la autoridad real, comenzaron a luchar unos contra otros, llegando a acuñar su propia moneda. Los usureros arrancaban a los agricultores y comerciantes hasta el último

maravedí, mientras los nobles, salteadores de caminos y bandidos les quemaban sus casas y violaban sus mujeres. En Sevilla, preciosa ciudad del Sur con gran población judía, otorgó el rey el privilegio de recaudar ciertos impuestos a Xamardal, Rodrigo de Marchena y otros voraces extorsionadores. La civilización parecía destinada a sucumbir bajo el reinado de un monarca cuyos vicios anormales constituían el escándalo de Europa y cuya corte causaba náuseas a toda persona decente.

Los amigos más íntimos del rey eran en esta época don Juan Pacheco, marqués de Villena, y su hermano don Pedro Girón, quienes eran, por lo tanto, las personas más poderosas del reino. Su alarde y ostentación de riquezas empañaban la figura del monarca. Usaban finas sedas bordadas de oro y espléndidas joyas primorosamente cinceladas por artífices de Córdoba. Los periodistas de nuestros días los habrían denominado el *self-made-men*, porque del origen más oscuro se habían encumbrado al más alto poder. Descendían, por ambas ramas, de un judío llamado Ruy Capón, pero, como muchos otros de la numerosa población judía de España, públicamente se declaraban católicos. El marqués de Villena fue paje de la casa de don Alvaro de Luna, quien lo introdujo en la corte, donde se granjeó el favor del príncipe Enrique. Era un hombre encantador cuando quería serlo. Había en sus ojos vivaces un guiño simpático, usaba barba y bigotes ingeniosamente rizados y andaba deliciosamente perfumado de ámbar. Existe un retrato de él en el que aparece postrado en oración con la expresión más piadosa. Su nariz larga y aguileña, afilada en la punta, y su boca estrecha y de labios pronunciados, muy cerca de aquélla, daban a su semblante una curiosa expresión ligeramente angelical. A ambos lados de la boca, el bigote, cuidadosamente esmerado y enroscado, caía para elevarse luego en dos puntas airosas y altaneras. Era el más íntimo consejero y compañero del rey.

Su hermano don Pedro Girón era un hombre meloso y zalamero, de naturaleza sensual y de muy mala reputación. Aunque profesaba el culto católico, los católicos no veían en él un hombre que hiciera honor a su religión. No obstante, había obtenido el

honroso cargo de gran maestre de la Orden de Calatrava. Su renta, como la de su hermano, alcanzaba sumas fabulosas. Era uno de esos hombres en cuya presencia las mujeres se sienten incómodas. Se permitía posar su penetrante y morbosa mirada sobre la blanca piel y la rubia cabellera de la pequeña princesa Isabel. Si alguien había en el mundo a quien la madre de Isabel despreciara más que al rey, éste era don Pedro Girón, quien, según las habladurías de la corte, instigado por el cínico Enrique, le había hecho una proposición indecorosa. No es extraño, pues, que ella hubiera preferido ver a su hija muerta antes que casada con este libertino. El rey, a pesar de todo, había comenzado a trazar sus planes sobre el futuro de Isabel.

CAPÍTULO II

Aun en su aislamiento de Arévalo, la princesa Isabel era considerada como una pieza de ajedrez en la política de Europa por el marqués de Villena, virtual soberano de Castilla. Villena era muy hábil para arreglar las cosas de manera tal que sirvieran a sus intereses. Envió un médico judío a Portugal para que negociara el segundo matrimonio del rey Enrique, después de su ascensión al trono en 1454. Enrique se había casado por primera vez, a la edad de catorce años, con Blanca, la gentil hija de Juan de Aragón; pero el matrimonio fue anulado por impotencia. Villena temía que Enrique, que necesitaba un heredero, concertara otro matrimonio con la casa de Aragón. Esto no habría convenido a Villena, quien había persuadido a Enrique para que le diera ciertos dominios de Castilla pertenecientes al rey de Aragón y que él no tenía intención de devolver. Una alianza portuguesa le satisfacía más. Como consecuencia de ello, en 1455 llegó a Córdoba, en calidad de segunda novia de Enrique, la encantadora princesa Juana, ocurrente y vivaracha niña de quince años, hermana del gordo, rico y caballeresco rey Alfonso V.

Juana, como era de suponer, padeció la más desgraciada vida con su disoluto esposo. Sobrellevó su suerte con gran paciencia, hasta que él comenzó a cortejar públicamente a una de las damas de la corte, doña Guiomar de Castro. Esto era demasiado para el orgullo de la reina. En presencia de toda la corte le pegó fuertemente en la cara con su abanico, por lo que el rey se vio obligado a enviar a su favorita a un lugar en el campo.

Enrique figuraba ahora como amante de la notoriamente corrompida Catalina de Sandoval. Cuando se hastió de ésta, se la quitó de encima removiendo de su cargo a la piadosa abadesa del

convento de San Pedro de las Dueñas, de Toledo, y sustituyéndola por ella, explicando sardónicamente que el convento necesitaba una reforma. Catalina procedió entonces a la «reforma» de las monjas. Este expediente tenia, además, la ventaja de irritar al arzobispo de Toledo. Como primado de España, don Alfonso Carrillo reprochó al rey, primero en privado y después públicamente, su licenciosa vida y los escándalos de su corte y gobierno. Enrique respondió cercenando la jurisdicción del arzobispo y ridiculizando a él y a las ceremonias de la Iglesia. El arzobispo puso entonces todo el peso de su autoridad en favor de un grupo de nobles que se habían unido en un intento de librarse de la tiranía del odioso marqués de Villena. El jefe de ellos, don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, era un hombre diminuto, pero brusco, intrépido, valiente y franco, que había aumentado últimamente su prestigio de gran terrateniente de Castilla mediante el casamiento de su hija Juana Enríquez con el rey Juan de Aragón.

Villena buscó apoyo en los enemigos del rey de Aragón. Afortunadamente para él, Carlos de Viana se había disgustado con su padre por razón de su casamiento. Villena contrajo, así, una alianza con Carlos, sellándola con la promesa de darle en matrimonio a la princesa Isabel.

Esto desagradó a Juana Enríquez, segunda esposa del rey de Aragón, pues su más grande ambición era casar a su hijo Fernando con doña Isabel. Persuadió a su viejo esposo de la necesidad de encarcelar a su hijo Carlos, estudiante de catorce años: pero éste era tan querido en Cataluña, que los catalanes se rebelaron, obligando al rey a ponerlo en libertad. Padre e hijo se reconciliaron y firmaron un tratado. Poco después moría Carlos, y el pueblo aseguraba que había sido envenenado por orden de su padre y su madrastra. La imputación seguramente fue injusta, pues hacía mucho tiempo que Carlos estaba tuberculoso.

Su muerte, seguida de la de sus dos hermanas, dejó el campo libre al pequeño príncipe Fernando de Aragón, y su madre renovó entonces los esfuerzos para unirlo a la real casa de Castilla. Los catalanes descontentos persiguieron a ella y a Fernando hasta

Gerona, asediándolos en una torre durante varios días. El viejo rey de Aragón era incapaz de socorrerla, pero, en su ansiedad, obtuvo del rey de Francia, Luis XI, setecientos lanceros provistos de arcos y artillería y un préstamo de doscientas mil coronas. Luis exigió, en garantía del préstamo, las dos provincias de Cerdeña y Rosellón, en el norte de España, con la esperanza de que el rey de Aragón no fuera capaz de redimidas. Posteriormente esto constituyó un semillero de discordias.

Mientras, en Castilla los conspiradores, descorazonados por las complicaciones en que se había envuelto su aliado el rey de Aragón, abandonaron sus proyectos, y el rey Enrique, que había perdido todas sus esperanzas, se sintió más seguro en su tambaleante trono. En esa situación, su preciosa esposa daba a luz una niña, en circunstancias que provocaron desagradables y escandalosas murmuraciones.

Hacía tiempo que el favorito del rey, Beltrán de la Cueva, aparecía en público con los reyes, y se decía sin reservas que había ganado el afecto de la reina. Era alto, robusto y de gentil exterior; diestro en el manejo del sable y de la lanza, siempre se hallaba pronto para un lance de amor. Su influencia sobre el pusilánime rey asombraba aun a esa degradada corte. Era capaz de enfurecerse contra su soberano, y, como si fuese dueño del palacio, habría derribado a puntapiés al portero que no le hubiera abierto inmediatamente las puertas. Otros nobles envidiaban el poder del nuevo favorito y le aborrecían por su arrogante insolencia. Huelga decir que el marqués de Villena, cuya buena estrella se eclipsaba, no hallaba en él la más mínima aptitud.

Un día que los soberanos regresaban a Madrid, a caballo, encontraron el camino cerrado. En un campo vecino se habían levantado unos andamios en forma de palcos, colmados de espectadores, y en el espacio libre se encontraba don Beltrán de la Cueva, con su armadura de plata, desafiando, desde las primeras horas de la mañana, a todo caballero que pasara por ese camino, a una justa de seis combates o, de lo contrario, a dejar su guante izquierdo en el campo como prenda de su cobardía. Don Beltrán lo hacía para defender la suprema belleza de su dama, sobre la de

todas las otras mujeres del mundo. El rey dispuso que en conmemoración de ese hecho se edificara en ese lugar un monasterio; y desde entonces se levanta allí el monasterio de San Jerónimo del Paso (San Jerónimo del Paso de Armas). El rey cayó en ridículo, porque era público que el nombre de la dama que por discreción Beltrán no quiso dar no era otro que el de la misma reina.

En marzo de 1462, después de seis años de esterilidad, la reina Juana daba a luz una niña. La niña fue llamada, como su madre, Juana; pero los cortesanos la llamaban la Beltraneja, por no decir «la hija de Beltrán».

El arzobispo de Toledo, Carrillo, bautizó a la infanta princesa con gran pompa y magnificencia. El marqués de Villena y el embajador de Francia fueron sus padrinos, y la madrina la princesa Isabel, grave y resuelta niña de once años que había sido traída de Arévalo para ese acontecimiento. Convocadas las Cortes pocos días después, luego que los representantes de diecisiete ciudades prestaron el juramento de fidelidad a Juana como heredera del trono de Castilla, Isabel fue la primera en besar la mano de la pequeña princesa, regresando a Arévalo después de la ceremonia.

Durante un tiempo continuó Isabel su educación junto a Beatriz de Bobadilla. Aprendió a montar a caballo y a cazar liebres y jabalíes con el gobernador. Recibió su primera comunión, y, al igual que su madre, fue una devota y sincera católica. Parecía que su vida debía emplearse en una bella y agradable oscuridad. Pero el destino le tenía reservada una más heroica tarea.

Ese mismo año llegó un correo de Madrid con un mensaje que sonó como una bomba en los oídos de la reina viuda y su pequeña corte. El rey Enrique le ordenaba que enviase a la princesa Isabel y al príncipe Alfonso a la corte para que se educaran más virtuosamente bajo su cuidado personal.

La reina viuda sabia cuán virtuosa era la corte de Enrique. Hasta a la tranquila Arévalo habían llegado noticias de los escándalos del rey y sus amigos. Algunos de los rufianes de la guardia mora habían violado jóvenes mujeres y niñas, y cuando los

padres acudieron al rey reclamando venganza, los hizo azotar en las calles, alegando que tenían pensamientos endemoniados y que estaban locos. Los vicios anormales de los moros y los del mismo rey y de algunos de sus cortesanos, eran objeto de comentarios públicos. Ninguna madre podía desear que su hija viviera en tan execrable compañía. Con todo, la autoridad real era absoluta.

Isabel y su hermano abandonaron con tristeza a su inconsolable madre, y tristemente, rodeados de hombres armados, cabalgaron por el camino de Madrid, que los llevaba al rey.

CAPÍTULO III

La maciza puerta del viejo alcázar moro de Madrid giró pesadamente, abriéndose con un fuerte crujido. Desde dentro llegaba el bullicio de voces femeninas jóvenes y alegres, entre-mezcladas con risas y con el golpear de muchos cascos sobre el pavimento de piedra. Una docena de pequeñas mulas enjaezadas de oro y carmesí salieron galopando a través de la puerta, llevando sobre sus lomos a otras tantas damiselas vestidas de trajes sin mangas y con las faldas tan cortas, que al flotar al viento dejaban ver sus desnudas piernas de amazonas. Los vendedores ambulantes y mendigos que habían despejado el medio de la sinuosa calle con roncos gritos y maldiciones, pudieron observar que las piernas de las damiselas estaban pintadas con tal arte, que parecían extraordinariamente blancas a la luz del sol del atardecer. Las jóvenes llevaban los más extravagantes trajes. Una lucía un insolente bonete de hombre; otra, con la cabeza al descubierto, dejaba flotar al viento su roja cabellera; otra llevaba un turbante moro de gasa de seda entrelazado con hilos de oro, y otra cubría su negro cabello con un pañuelo de seda a la usanza de Vizcaya. Ésta ceñía sus pechos con correas de cuero; ésa llevaba su daga en el ceñidor; aquélla una espada, y varias, sendos cuchillos de Vitoria colgando del cuello.

Tales eran las jóvenes damas de la corte de Enrique, según las crónicas de la época, y tales las compañeras entre las cuales Isabel y su hermano tendrían que pasar los más impresionables años de su vida. Madrid vivía una fiebre de bailes, torneos, espectáculos, comedias, corridas de loros, intrigas y escándalos. Difícilmente podrían los niños vivir un tiempo en el palacio real sin enterarse de muchas cosas que nunca soñaron en Arévalo, y que

hubieran llevado a su afligida madre al último grado de desesperación. Debían enterarse de la nueva blasfemia inventada por don Beltrán cada día, de las indiscreciones de la reina y de las locuras del rey. Es generalmente aceptado como cierto que Isabel y Alfonso vivieron en medio de la perniciosa atmósfera de esa loca corte sin contaminarse y que salieron de ella con un odio, para toda su vida, contra la inmoralidad reinante y sus causas, entre las cuales reconocían la influencia de los moros y judíos. Cuando la reina Juana instó a Isabel poco tiempo después —«tenía entonces dieciséis años»— a participar del libertinaje de la corte, la pequeña princesa rompió a llorar con su hermano. Alfonso, aunque sólo contaba catorce años, se dirigió resueltamente al departamento de la reina y le prohibió que en lo sucesivo causara daño alguno a su hermana. Después increpó a algunas damas de la reina, amenazándolas de muerte si en adelante intentaban corromperla.

Entretanto, el rey no había sido del todo negligente. A Isabel se le enseñó música, poesía, pintura, gramática y labores de aguja, y Alfonso aprendió todo lo concerniente a un caballero, que consistía principalmente en ejercicios a caballo con la lanza y la espada. También estudió con un preceptor, de quien se dice que realizó, sin éxito, esfuerzos para corromperlo. Durante todo este tiempo, los niños desempeñaban un inconsciente papel en la política de intriga. A medida que aumentaba el descontento entre la nobleza católica y la gente del pueblo contra el rey incapaz y el impío don Beltrán, comenzaba a vislumbrarse la posibilidad de oponer a Isabel y Alfonso contra la Beltraneja, cuya legitimidad era por todos puesta en duda. La situación del rey se hizo aún más difícil cuando removió al príncipe Alfonso del cargo de gran maestre de la Orden de Santiago, reemplazándolo por don Beltrán, pues ese cargo, de tanto poder y riqueza, se había reservado siempre para los miembros de la familia real. Villena se encolerizó, porque deseaba ese honor para él. Mayor aún fue su enojo cuando se enteró de que el rey, en compañía de la reina y don Beltrán, habían llevado a doña Isabel a Gibraltar para entrevistarse con el rey Alfonso V de Portugal, quien los recibió con gran pompa y magnificencia. Alfonso era un obeso caballero entrado en años,

conocido por su valor y escaso juicio. Quedó tan prendado de la lozana belleza y buen sentido de la princesa de doce años, que le ofreció ser reina de Portugal.

Isabel, agradeciéndole el honor que le hacía, le contestó hábilmente que, de acuerdo con las leyes de Castilla y el mandato del rey su padre, ahora en la gloria, no podía contraer matrimonio sin la aprobación de los tres estados castellanos reunidos en cortes.

A su regreso a Madrid tuvo la desagradable sorpresa de enterarse de que, por orden del rey, su hermano había sido secuestrado y encerrado en un cuarto secreto del Alcázar. Todas las tentativas del príncipe para comunicarse con ella fracasaron, pero se ingenió para pedir ayuda al arzobispo de Toledo, que le prometió ayudarlo. Carrillo era un hombre de su época, quizá más capacitado para ser guerrero que sacerdote, y cumplió su palabra. Acudió montando en un gran caballo negro de guerra, armado de pies a cabeza, vistiendo una reluciente cota de malla, y sobre la coraza una túnica carmesí con la gran cruz blanca de su blasón. Se unió en Burgos a otros nobles descontentos, redactando una serie de célebres y memorables representaciones dirigidas públicamente al rey. Se censuraba a éste crudamente por sus opiniones y su conducta poco cristianas y por sus blasfemos e infieles compañeros, a cuya influencia atribuían «la abominación y corrupción de pecados tan detestables que no se pueden comprobar, porque corrompen la atmósfera y son una mancha de locura en la naturaleza humana»; pecados «tan notorios, que al no ser castigados, hacen temer por la ruina de los reinos; y muchos otros pecados e injusticias y tiranías —se agregaba— apestan vuestros reinos y no se conocían en los pasados». Declaraban que la guardia mora del rey y otros a quienes él había dado poder, habían «forzado mujeres casadas y violado doncellas y hombres y muchachas contra natura; y los buenos cristianos que se atrevieron a quejarse fueron públicamente azotados». Lo acusaban de permitir públicamente en su corte las blasfemias y mofas contra las cosas santas y los sacramentos..., especialmente el sacramento del cuerpo de nuestro Dios y todopoderoso Señor... Esto es gran carga en vuestra conciencia, porque tales ejemplos hacen que

innumerables almas hayan ido y vayan a su perdición». Acusaban también al soberano de haber destruido la prosperidad de las clases trabajadoras cristianas al permitir a los moros y judíos explotarlas, lo que había ocasionado la injustificada subida de los precios al desvalorizarse la moneda; que había permitido a sus funcionarios cohechos y sobornos en gran escala; que se había mofado de la justicia y del gobierno al hacer malos nombramientos y permitir que quedaran sin castigo horrendos crímenes; que había corrompido a la Iglesia al remover de sus sedes a buenos obispos, reemplazándolos por hipócritas y políticos. También denunciaban la influencia de don Beltrán, y abiertamente decían al rey: «Doña Juana, la que llaman la princesa, no es vuestra hija.»

Finalmente, le hacían el grave cargo de que don Beltrán había usado de la autoridad real para tener ascendiente sobre las personas de la princesa y su hermano Alfonso, y que estaba conspirando para asesinarlos y asegurar la ascensión al trono de su hija la Beltraneja.

El rey, terriblemente asustado, convocó a una reunión de sus partidarios, y muchos de ellos, no obstante despreciarlo, se mantuvieron leales a la autoridad legítima. El anciano obispo de Cuenca, que había sido consejero del rey Juan II, declaró que un rey no podía tener con rebeldes que lo desafiaban otro trato que la guerra.

Enrique respondió despreciativamente: «Los que no necesitan combatir ni piensan poner sus manos en un sable, siempre están prontos para disponer de las vidas de los otros.»

El viejo obispo alzó su voz, temblando de cólera: «¡De aquí en adelante se os dirá el más inepto rey que España ha conocido jamás; y os arrepentiréis de esto, señor, cuando sea ya demasiado tarde!»

A pesar de todo, el rey pacifista llamó secretamente a su antiguo favorito, el marqués de Villena, y este hábil conspirador, pronto para reparar en la ventaja que podía sacar de ello, se ofreció para hacer la paz entre los dos bandos. En un tratado conocido por Acuerdo de Medina del Campo, Enrique repudiaba

virtualmente a la Beltraneja al reconocer a Alfonso corno príncipe de Asturias y legítimo heredero del trono de Castilla, y se comprometía a confesar sus pecados y recibir la sagrada comunión por lo menos una vez al año.

El hermano de Isabel se había convertido de pronto en un personaje. El rey, con una sorprendente ceguera, se lo entregó para su custodia al marqués. Esto dio a Villena una enorme ventaja. Con el arzobispo Carrillo y el almirante Enríquez, hizo proclamar a Alfonso rey de Castilla en Valladolid.

A principios de julio los rebeldes, con el pequeño príncipe a la cabeza, se dirigieron hacia Ávila. A medida que la larga caravana cruzaba la ciudad en dirección a la llanura, el populacho la seguía, gritando: «¡Larga vida tenga el rey Alfonso!»

Cruzaron una región desierta y árida, donde todo era gris —las sombras, la tierra, las rocas—; aun el sol, dondequiera que penetraran sus rayos, tenía un tinte grisáceo. Continuaron por el antiguo lecho del río. A su lado se amontonaban grandes moles de granito pulidas por las crecidas de siglos. Afuera, a lo lejos, en el espacio abierto y sin árboles, se divisaba un árido desierto en el que las sombras se proyectaban como grandes olas grises que a veces parecían levantarse como las aguas de un océano sin fin, elevándose de la oscuridad. Más allá surgían las montañas de nevados picos.

En medio de la vega, sobre una plataforma, se levantaba un trono ocupado por una efigie de trapo del rey Enrique IV vestida con una capa rayada que caía sobre un negro traje de luto, con la corona y el cetro y la gran espada de justicia de los reyes de Castilla. Después que el arzobispo de Toledo hubo rezado la misa, un grupo de conspiradores quitó al espantajo su corona, el cetro y la espada, y de un puntapié hizo rodar por el suelo el endeble cuerpo. Alfonso fue conducido hasta el trono vacío y coronado rey de Castilla.

Cuando Enrique tuvo conocimiento de los ultrajes de que había sido objeto, repitió tristemente las palabras de Job: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré a la tierra», y,

alejado de todos, cantaba tristes canciones acompañándose de su laúd. Se dolía ahora de haber ofendido al marqués de Villena.

Se operó entonces una gran reacción a favor del desgraciado rey, porque, a pesar de todo, el pueblo de Castilla reverenciaba a la monarquía y entendía que los rebeldes hablan ido demasiado lejos. Villena ofreció ponerse al lado del monarca y proveerlo de dinero y soldados, además de mantener custodiado al príncipe Alfonso, siempre que el rey desterrara de la corte a don Beltrán y casara a la princesa Isabel con su hermano el marqués don Pedro Girón. El rey escuchó fríamente esta propuesta del marrano de pésima reputación que quería unirse a la realeza castellana, y dio su consentimiento.

Isabel estaba acostumbrada a desempeñar el papel principal en los proyectos de casamiento de la real familia. Había sido prometida en varias oportunidades a Fernando de Aragón, a Carlos de Viana, a Alfonso V de Portugal; y en cierta ocasión se había hablado de casarla con el hermano de Eduardo IV de Inglaterra, probablemente aquel conde de Gloucester que más tarde sería el tan famoso rey Ricardo III. Pero todos estos pretendientes tenían sangre real y cualidades respetables. Don Pedro Girón no tenía ninguna. La princesa se desesperó y recurrió como siempre a Dios, pidiéndole su ayuda. Se encerró en su cuarto, ayunando durante tres días; y durante los tres días y sus noches siguientes permaneció postrada de rodillas ante un crucifijo, suplicando fervorosamente a Dios que le mandara la muerte a ella o a don Pedro Girón.

Beatriz de Bobadilla, a quien la princesa había participado su cuita, resolvió tomar el asunto en sus manos. Blandiendo una daga, proclamó que antes mataría a don Pedro que permitir que se casara con la princesa. «¡Dios no lo ha de permitir —dijo—, ni tampoco yo!»

Mientras, llegaba un correo de don Pedro diciendo que las instrucciones del rey le llenaban de gozo y que partía de su castillo.

CAPÍTULO IV

A la tarde del día de su partida, acompañado de un brillante séquito, con sus pendones desplegados, llegaba don Pedro Girón a Villarrubia, villorrio próximo a Villarreal. Aun cuando estaba muy impaciente por seguir adelante, se vio obligado a hacer alto por la noche, pues oscurecía y los caminos eran malos y peligrosos. Pensaba que pronto sería el dueño de una real novia y, gracias a ella, de un alto porvenir que nadie podía prever.

Pero ningún hombre, ni aun el gran maestre de Calatrava, es dueño de su destino. Esa noche don Pedro enfermó gravemente. Los médicos diagnosticaron anginas, pero nada pudieron hacer para que el mal cediera. Durante toda la noche pareció como que una mano invisible fuera estrangulando por momentos al enfermo. Cuando, finalmente, se enteró don Pedro de que su mal no tenía remedio y le preguntaron si quería un sacerdote, se apoderó de él una salvaje desesperación. Dejó de fingirse cristiano y rehusó recibir los Sacramentos o rezar una oración. Al tercer día de su alegre partida, moría blasfemando contra Dios por rehusarle cuarenta días más a sus cuarenta y tres años para poder disfrutar de sus proyectadas bodas. Con callada previsión, don Pedro hizo su testamento, y todos sus bienes y títulos pasaron a mano de sus tres hijos bastardos.

Doña Isabel recibió la noticia de su muerte con lágrimas de alegría y gratitud, y se dirigió apresuradamente a la capilla para dar gracias a Dios. No ocurrió lo mismo con el rey Enrique y el marqués de Villena. La muerte de don Pedro había frustrado todos sus planes. Villena, sintiendo que ya nada tenía que esperar del rey, lo abandonó una vez más, y, enterado de que los conspiradores se aprestaban nuevamente a la lucha, se unió a

ellos. Enrique tenía ahora que elegir entre luchar o entregar su trono. Como sus fuerzas sumaban setenta mil hombres de infantería y catorce mil de caballería, se decidió a pelear.

En ese verano de 1467, Castilla se encontraba en un estado lamentable. Diariamente ocurrían asaltos, incendios y asesinatos. Una iglesia donde se habían refugiado trescientos cincuenta hombres, mujeres y niños, vasallos del conde de Benavente, fue quemada por los enemigos de éste, pereciendo cuantos se hallaban dentro. Toledo se hallaba en estado de guerra entre los judíos cristianos (*conversos* o *marranos*, como se les llamaba) y los cristianos viejos. Los canónigos de la catedral del lugar, algunos de los cuales eran conversos, recaudaban las rentas del vecino pueblo de Maqueda, incluido el impuesto sobre el pan. Este privilegio, tan odioso a los pobres medio muertos de hambre, fue adjudicado en subasta a ciertos judíos. Un alcalde cristiano castigó a los judíos expulsándolos de la ciudad. Los canónigos hicieron arrestar al alcalde, pero mientras deliberaban sobre el castigo que debían imponerle, Fernando de la Torre, rico caudillo de los judíos conversos, se decidió a hacer justicia por su propia mano. Hombre brusco y violento, anunció que él y sus amigos habían reunido secretamente cuatro mil hombres bien armados, número seis veces mayor al que los cristianos viejos pudieran juntar, y el 21 de julio ordenó a sus fuerzas que atacaran la catedral. Los judíos encubiertos se lanzaron contra las grandes puertas de la catedral al grito de «¡Mueran! ¡Mueran!, que no es iglesia ésta, sino congregación de malos e viles». Los católicos, dentro de la iglesia, sacaron sus sables y se aprestaron a la defensa. Se libró una sangrienta batalla frente al altar mayor.

Refuerzos cristianos llegados al galope de los pueblos vecinos lanzaron un contraataque en el lujoso barrio donde vivía la mayor parte de los conversos. Destruyeron las casas de ocho calles. Colgaron a Fernando de la Torre y a su hermano, y después asesinaron a los conversos sin hacer distinción.

Pocos días después llegó a Toledo el hermano de Isabel, en compañía de Villena y el arzobispo. Una delegación de cristianos viejos, todavía enorgullecidos por su reciente triunfo sobre los

judíos encubiertos, esperaba al príncipe de catorce años para ofrecerle su apoyo contra el rey si aprobaba la matanza y las medidas que pensaba tomar contra los ya aterrorizados y desarmados conversos.

«Dios no querrá que yo apruebe tal injusticia —dijo decididamente el príncipe—. Aunque ame el poder, no deseo comprarlo a tal precio.».

En otra ocasión, el príncipe declaró que los nobles debían ser privados de su prerrogativa de desafiar a los reyes y tiranizar al pueblo. Esto no podía gustar a un caballero tan turbulento como Villena. De todos modos, el marqués tenía una carta de triunfo en la persona del joven príncipe, y estaba decidido a hacer buen uso de él antes de que creciera lo bastante para ser incómodo. Con sus amigos salió al encuentro del ejército del rey, que se encontraba en un campo próximo a Olmedo. Con su desafío a Enrique enviaron recado a don Beltrán haciéndole saber que cuarenta caballeros se habían juramentado para matarlo. Don Beltrán les contestó enviándoles una detallada descripción de la armadura que iba a usar.

La batalla se libró el 20 de agosto. Don Beltrán mató a muchos de los juramentados, y salió ileso. En lo más duro de la batalla apareció el príncipe Alfonso, armado de pies a cabeza y acompañado del bravo arzobispo Carrillo con su manto escarlata blasonado con una cruz blanca. Se luchó encarnizadamente durante todo el día. Los rebeldes, por fin, se retiraron; pero cuando don Beltrán y sus compañeros buscaron al rey para felicitarle, no se le pudo encontrar, porque había huido de la batalla. Se le encontró al día siguiente, escondido, a varias millas de distancia. Ambos bandos se declaraban victoriosos.

Entretanto, Isabel permanecía en Segovia con la reina Juana y la Beltraneja.

Durante el siguiente mes de julio fue llamada urgentemente a la villa de Cardeñosa, donde su hermano enfermó de gravedad repentinamente. Cuando ella llegó, ya estaba muerto. Algunos dijeron que había comido el 4 de julio una trucha envenenada. Pero

es posible que muriese víctima de la fiebre de verano, que causó entonces muchos estragos en Castilla, o que hubiera ingerido algún alimento putrefacto.

Isabel volvió a Ávila después del funeral y se retiró al convento cisterciense de Santa Ana. De allí trató de sacarla el arzobispo de Toledo para ofrecerle la adhesión de los rebeldes y el apoyo de éstos en su pretensión al trono de Castilla contra Enrique. La joven princesa contestó que su hermano Enrique era el legítimo rey, por haber recibido el cetro de su padre Juan II, y aunque no condenaba a su hermano don Alfonso por lo que hubiera hecho, ella nunca intentarla llegar al trono por medios ilegítimos: no fuera que haciéndolo perdiera la gracia y la bendición de Dios. A los ruegos de Carrillo respondió con una suave pero firme negativa.

Sin jefe, los nobles rebeldes se vieron obligados a hacer la paz con el rey. Con todo, los términos del pacto de Toros de Guisando eran muy favorables para Isabel, porque el voluble rey la reconocía como su heredera, comprometiéndose a convocar a Cortes dentro del plazo de cuarenta días para ratificar su título, y prometía no obligarla jamás a casarse sin el consentimiento de ella. Después de firmar el acuerdo, abrazó afectuosamente a Isabel, y todos los nobles se adelantaron a besarle la mano.

Pronto, sin embargo, se advirtió que el rey, instigado por, Villena, estaba haciendo un doble juego. Convocó a Cortes, como lo había prometido, pero las disolvió sin ratificar el pacto. Y decidió casar a la princesa, tan pronto como fuera posible, con Alfonso V de Portugal. Alfonso envió una embajada presidida por el arzobispo de Lisboa para obtener el consentimiento de Isabel.

La princesa tenía ahora dos pretendientes, además de Alfonso V —el duque de Guyena, hermano y presunto heredero de Luis XI de Francia, y el príncipe Fernando de Aragón, a quien había sido prometida en su niñez—, y secretamente envió a su capellán a París y a Zaragoza para que los observara desde cerca. Éste volvió, después de varias semanas, informando que el duque francés era «un príncipe débil, afeminado, de miembros tan flacos, que parecían deformes, y de ojos tan débiles y llorosos, que le

hacían inepto para toda empresa caballeresca». Don Fernando, en cambio, era «de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, en las facciones, de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos e llanos e hombre bien complisionado».

¿Qué niña de dieciséis años podía dudar en esa elección? Isabel deseaba casarse con el príncipe Fernando, y en esta decisión se vio fuertemente apoyada por el arzobispo. Carrillo, quien preveía que un casamiento con Fernando haría de los grandes reinos de Castilla y Aragón una de las más poderosas naciones de Europa. Era evidente, sin duda, que Enrique jamás permitiría ese matrimonio. Por consiguiente, Isabel contemporizó con el embajador portugués, diciendo al arzobispo de Lisboa que se casaría con el rey Alfonso siempre que el parentesco no constituyera uno de los impedimentos establecidos por la Iglesia. Enrique se vio obligado a pedir a Roma una dispensa, lo que significaba una gran demora que convenía a los intereses de Isabel. Ésta, siguiendo el consejo del arzobispo y de otros, envió a Aragón dos mensajeros secretos, haciendo saber al príncipe Fernando que otorgaba su consentimiento.

Villena se enteró, por algún medio, de la partida de los mensajeros de Isabel, y el rey ordenó inmediatamente que fuera arrestada la princesa.

Isabel estaba entonces en Ocaña, y, enterado, el pueblo se opuso con las armas a que las tropas reales la arrestaran. Hasta los niños tomaron parte en aquella manifestación popular, enarbolando en las calles los pendones de Castilla y Aragón, porque la causa del príncipe Fernando era popular, y cantaban:

¡Flores de Aragón
dentro Castilla son!
¡Pendón de Aragón!
¡Pendón de Aragón!

Isabel huyó de Ocaña a Madrigal, lugar de su nacimiento. Allí permaneció hasta que regresaron de Aragón sus dos enviados, que le informaron que la situación reinante era tan incierta, que el

príncipe Fernando no podía por el momento venir a casarse con ella. Su anciano padre se había quedado ciego, su madre estaba enferma de cáncer, y los catalanes, envalentonados por Luis XI de Francia, habían vuelto a sublevarse. No obstante, Fernando había firmado su compromiso matrimonial y enviado a Isabel como dote y prueba de sinceridad un collar de perlas y rubíes valuado en cuarenta mil florines de oro, y además ocho mil florines en monedas. El collar, que era de su madre, había sido empeñado, pero Fernando, para rescatarlo, obtuvo dinero de algunos de los ricos judíos de Aragón.

Durante todo este tiempo los espías de Villena y el rey habían vigilado a Isabel en Madrigal, y allí también volvieron a entrevistarla los mensajeros del rey de Portugal. Una vez más, ella les respondió evasivamente diciendo: «Antes que nada, debo rogar a Dios en todos mis negocios, especialmente en éste que me toca tan de cerca, que muestre su voluntad y me haga seguir aquello que sea en su servicio y bien de esto nos.»

Los espías del marqués enviaron a éste una descripción del collar que Isabel había recibido de Aragón. Villena estaba furioso. Se lo comunicó inmediatamente al rey. Enrique envió fuerzas de caballería a Madrigal para que arrestaran a la princesa.

Isabel esperó profundamente preocupada. ¿Dónde estaba el arzobispo? Él le había prometido protegerla, y, a pesar de todo, se había ido, y ella no sabía dónde se encontraba. De algún sitio de la ciudad llegaban gritos y el ruido de corridas y el galope de los caballos sobre el empedrado. Ella calló de rodillas y oró.

CAPÍTULO V

Momentos después Isabel levantaba su mirada para encontrarse en su aposento con una sombra vestida de reluciente armadura toledana, cuyas espuelas sonaban a medida que se acercaba. Era Carrillo. Cumpliendo su palabra, había acudido con trescientos caballeros para rescatarla en el momento oportuno.

Mientras pasaban por las puertas de Madrigal, apenas una hora o dos antes de la llegada de las tropas reales, el arzobispo le explicó, con su suave y pomposa gravedad, por qué no había acudido antes y por qué había traído tan pocas fuerzas en lugar del ejército que proyectó traer. Tenía dificultades con algunas de sus ciudades, se hacía difícil la recolección de las rentas, el dinero era escaso y los soldados mercenarios muy codiciosos. A medida que Carrillo hablaba, la joven princesa lo observaba con calma, como estaba aprendiendo a hacerlo con todos los hombres. Su debilidad era la vanidad, que tomaba en él la forma de un frívolo amor a la gloria. Como Villena, siempre andaba en busca de favores reales, pero se diferenciaba de éste en que sólo los quería para dárselos a sus amigos y aduladores. Era tan generoso, que, a pesar de todos sus títulos y posesiones, siempre andaba escaso de recursos, y era especialmente caritativo con los pobres y las comunidades religiosas. Era una extraña mezcla de sacerdote y soldado. Con todo, tenía una sincera devoción hacia la Iglesia. Corrigió ciertos abusos de los sacerdotes de su diócesis, construyó el monasterio de San Francisco, de Alcalá de Henares, y fundó una cátedra en la casa de estudios del mismo lugar.

Isabel anduvo cincuenta millas con el fornido arzobispo, hasta la ciudad de Valladolid, donde los ciudadanos se adelantaron para recibirla y aclamarla. Carrillo observó sagazmente que los

ciudadanos de Valladolid podrían poco contra el ejército de Enrique. Sin dinero y con limitadas tropas, la princesa corría grave peligro. El arzobispo no tenía ninguna esperanza de que la princesa se salvara de la prisión, a menos que el príncipe Fernando de Aragón cruzara sin ser visto la frontera a través de los estados de los Mendozas, que eran leales a Enrique, de manera que pudiera casarse con la princesa, quien tendría un estado legal más fuerte como esposa y podría huir a Aragón o hacer frente a Enrique con un hecho consumado. Isabel dio su conformidad. Enviaron entonces un veloz mensajero a Aragón, rogando a Fernando que viniese cuanto antes, disfrazado.

El príncipe contestó que lo intentaría.

Algunos días después, mientras el rey y Villena se dirigían al norte de Extremadura, el príncipe Fernando salía de Tarazona, en Aragón, disfrazado de arriero, con una pequeña caravana de mercaderes. Marchando tan de prisa como sus mulas y asnos cargados con mercancías se lo permitían, andaban después que el sol se ponía, por caminos poco frecuentados que atravesaban solamente pequeñas aldeas. Cuando se detentan en algún albergue, el joven arriero, con sus andrajosas vestiduras y un gorro sucio caído sobre los ojos, aguardaba descansando en una mesa. Mientras los demás dormían, se movía sin cesar o salía a recorrer el patio de la posada y a contemplar las estrellas.

Abriéndose camino hacia el Oeste, a lo largo de la ribera del Duero en dirección a Soria, los «mercaderes» siguieron una senda rocosa a través de las montañas, arribando a altas horas de la segunda noche de su jornada al Burgo de Osma. Llegaban al primer castillo que no pertenecía a los enemigos de la princesa Isabel. Sus puertas se encontraban ya cerradas. Los «mercaderes» se detuvieron a alguna distancia para deliberar, pero el joven arriero, más impaciente, se adelantó al castillo golpeando fuertemente. Desde una ventana, en lo alto, cayó una lluvia de grandes piedras, una de las cuales rozó la oreja del príncipe.

«¿Queréis matarme, locos? —gritó—. Soy don Fernando; ¡dejadme entrar!»

El alcaide del castillo bajó a abrir las puertas, dando toda clase de explicaciones; había confundido a los viajeros con ladrones.

Temprano, a la mañana siguiente, el alcaide condujo al príncipe por el camino de Valladolid, donde Isabel lo esperaba en el palacio de Juan de Vivero. La princesa tenía entonces dieciocho años; era once meses mayor que Fernando y tal vez una pulgada más alta; y, aunque actualmente no existe ningún retrato auténtico de ella, todos los que la conocieron coinciden en las finas proporciones de su robusto cuerpo, su gracia y distinción, la clásica pureza de sus rasgos, la belleza y armonía de sus gestos, la música de su suave y clara voz, los reflejos cobrizos de su cabello y la suavidad de su colorido que habría desesperado a cualquier pintor. Como Fernando, su primo segundo, descendía por ambos lados de la casa inglesa de Lancaster a través de Juan de Gante.

Las responsabilidades que pesaban sobre el príncipe le hacían representar más edad que la de sus diecisiete años. Tenía amplia frente, acentuada por una prematura calvicie, y ojos vivos y penetrantes bajo pobladas cejas. Era sencillo en el vestir, sobrio en los gustos, siempre dueño de sí mismo en todas las circunstancias: siempre el príncipe. Tenía dientes un poco irregulares, que mostraba agradablemente cuando sonreía. Su voz era habitualmente dura y autoritaria, pero se hacía agradable con aquellos a quienes quería o deseaba satisfacer. Parece que Isabel amó a Fernando desde el primer momento y continuó enamorada de él durante toda su vida.

Era el 11 de octubre. Al día siguiente, la princesa escribió al rey Enrique anunciándole su intención de casarse con Fernando y pidiéndole su real bendición. Estaba decidida a casarse con el príncipe de cualquier modo, pero prefería hacerlo con el consentimiento del rey. Para ella era un obstáculo más serio la necesidad de la dispensa. En este trance, el abuelo de Fernando, el almirante, exhibió una bula otorgada en blanco por el papa, cinco años antes, por la que se autorizaba al príncipe a contraer matrimonio con cualquiera persona dentro del cuarto grado de parentesco. Se supo después que este documento era fraguado,

como lo eran en esa época muchos breves papeles, y cuando Isabel descubrió el engaño, no descansó hasta obtener una auténtica dispensa de Roma. Pero el documento falso, ideado por el astuto padre de Fernando, cumplió sus fines en su oportunidad venciendo los escrúpulos de Isabel, y el arzobispo procedió a celebrar el matrimonio el 18 de octubre. Para proteger su reino de Castilla de la posibilidad de una agresión de los aragoneses, Isabel insistió en que Fernando firmara bajo juramento el compromiso de respetar todas las leyes y costumbres de Castilla, fijar allí su residencia y no abandonarla sin su consentimiento; no hacer nombramientos sin su aprobación, dejar en manos de ella los nombramientos de beneficios eclesiásticos, continuar la guerra santa contra los moros de Granada, proveer de lo necesario a la madre de Isabel, que se encontraba en Arévalo, y tratar al rey Enrique con respeto y devoción, como legal gobernante de Castilla. Todas las ordenanzas reales debían ser firmadas conjuntamente por Isabel y Fernando, y si Isabel sucedía a Enrique, ella sería la indiscutida soberana de Castilla, usando, por cortesía, Fernando el titulo de rey. Era característico del recto y lúcido entendimiento de Isabel dejar claramente establecidas las cosas desde el principio.

Aunque se amaban tiernamente, existían diferencias entre Fernando e Isabel.

Isabel era mejor educada que su esposo y tenía un espíritu más elevado y magnánimo. Era persona de sólidas e inflexibles convicciones. Odiaba los naipes y todos los juegos de azar y, como el erudito Lucio Marineo, que vivió en su corte durante algunos años, consideraba a los jugadores profesionales de la misma condición que los blasfemos. Apreciaba a las personas graves, dignas y modestas. Aborrecía a los libertinos, charlatanes, importunos y veleidosos; «y no gustaba de ver ni oír embusteros, fatuos, bribones, adivinos, magos, estafadores, a los que predecían el porvenir, a los que leían en la palma de la mano, a los acróbatas, escaladores y otros vulgares fulleros». Tuvo que constituir una dura prueba para Isabel el enterarse de que a Fernando le gustaban mucho los naipes. En su juventud jugaba también a la pelota, aunque más tarde era más aficionado al ajedrez y al chaquete. Su

esposa, por el contrario, prefería la poesía y la música, montar y cazar y sostener serias conversaciones sobre literatura, filosofía y teología. Fernando comía frugalmente y bebía con moderación, pero Isabel jamás tomaba vino. Los dos eran sinceros creyentes, lo que les servía para allanar todas sus diferencias. Fernando nunca rompía el ayuno antes de oír misa, aun estando de viaje. Isabel no sólo oía misa todos los días, sino que rezaba diariamente sus oraciones en el breviario, como un sacerdote o una monja, además de muchas privadas y extraordinarias devociones.

Pasaron el invierno de 1469 en Valladolid, esperando el consentimiento de Enrique. Pero no llegó palabra alguna de la corte, excepto una breve carta del rey diciendo que Isabel le había desobedecido y que, habiendo roto el tratado de Toros de Guisando, merecía el tratamiento de cualquier rebelde. Por más que Isabel le escribió repetidas veces justificando su actitud, no se dignó contestarle.

A fines de ese verano, Isabel se trasladaba a Dueñas, y el 1 de octubre de 1470 dio a luz su primera hija, una niña rubia que también se llamó Isabel. Algunos días después la joven madre se sentó en la cama y dictó una larga carta al rey, en la que nuevamente le ofrecía su lealtad, pero le manifestaba que si persistía tratándola como enemiga, tomaría todas las medidas que creyera convenientes, apelando a la justicia de Dios.

Enrique resolvió hacer la guerra a la princesa y su esposo. Ordenó a su hija de ocho años que se trasladara a Lozoya, donde el marqués de Villena y varios otros fieles al rey le prestaron juramento de lealtad, después del cual fue solemnemente prometida al duque de Guyena. Se ponía ahora de manifiesto que el poderoso Luis XI de Francia se unía al rey Enrique contra Isabel. El papa Pablo II también se ponía del lado de Enrique como legítimo soberano. El futuro de Isabel era oscuro e incierto.

Hubo hambre aquel invierno en Castilla. Los caminos estaban poblados de salteadores y asesinos. La moneda casi había desaparecido, y las mercancías se adquirían por el primitivo sistema del trueque. Todas las mañanas se encontraban cadáveres

en las calles de la ciudad, de estrangulados o muertos de hambre. La peste se extendía y en todas partes se oía el repiqueteo de las campanas doblando a muerto y el cavar de las fosas.

Fue un largo y cruel invierno.

Por fin llegó la primavera y dio un vuelco la fortuna de Isabel. Dos provincias se pronunciaron en favor de ella contra el rey. La gente de Aranda de Duero echó a las autoridades de la reina Juana y aclamó a Isabel como soberana. Otras ciudades se adhirieron a su causa. El duque de Guyena murió repentinamente, rompiendo la fuerte unión de Enrique y Francia. Y en el verano de 1471 llegaron noticias de la muerte de Pablo II. Isabel y sus amigos miraron con renovadas esperanzas la ascensión de su sucesor el papa Sixto IV, un sabio y devoto monje franciscano.

CAPÍTULO VI

Isabel había recibido noticias de Roma que le hacían abrigar la esperanza de que el papa Sixto IV comenzara su reinado reformando la Iglesia. Era bien sabido que la organización eclesiástica se encontraba bastante desquiciada. Una de las causas de tal estado era la llamada «muerte negra». En 1347 y 1348 esta misteriosa y espantosa enfermedad del Asia se propagó a todos los rincones de Europa, causando la muerte de veinticinco millones de personas aproximadamente. Algunas ciudades perecieron por completo. La mayor parte de ellas perdieron de un tercio a la mitad de su población. Multitudes enteras enloquecían. Algunos, en su desesperación, se entregaban a las orgías y al vicio, otros se refugiaban en los monasterios y arrojaban por las murallas piezas de oro que creían infectadas, haciendo huir a los monjes aterrorizados. Buques fantasmas con las velas abatidas naufragaban en las costas de Francia y España, y los curiosos pescadores que los abordaban encontraban cadáveres negros y podridos en las cubiertas, y ellos mismos volvían a tierra para morir.

La Iglesia sufrió aún más que el pueblo en general, porque sus sacerdotes estaban constantemente expuestos al contagio, por la necesidad de administrar los sacramentos a los enfermos y moribundos. Como consecuencia, su clero se extinguió casi. Para llenar el lugar de los muertos, al menos en forma parcial, debió bajar su nivel y aceptar a hombres que no sabían latín. De esta manera, muchos lobos se infiltraron en el redil, y la moral y la disciplina se relajó en todas partes. Para colmo de males, la autoridad de los papas sufrió terriblemente por el exilio forzoso de Aviñón, que durante setenta años los convirtió en virtuales

prisioneros de los reyes franceses.

Sólo en 1337 Gregorio XI volvió a Roma, para encontrarse con la corrupción moral dentro de la Iglesia y el Estado, imperando en ambos toda clase de abusos. Uno de los más deplorables efectos del exilio de Aviñón fue el gran cisma. Los cristianos contemplaban azorados el espectáculo de dos y aun tres pretendientes a la silla de San Pedro. Y todavía, a pesar de todas sus pruebas, la Iglesia continuó transmitiendo, siglo tras siglo, el tesoro de la fe confiado a ella por Cristo; promoviendo la educación y fomentando las artes y las ciencias; reprimiendo los impulsos perversos de los reyes tiranos; dando a todos los hombres una norma de verdad y justicia a la que debían acomodarse y que debía regular sus vidas. Proporcionó a toda Europa una civilización y cultura comunes, que en el siglo XIII llegaron a un nivel nunca sobrepasado hasta entonces. El papa era el único que podía hablar con autoridad más que humana. Gobernaba como príncipe a Roma y a otros Estados papales de Italia, pero su autoridad moral llegaba a los confines del mundo civilizado, y cuando hablaba en lo tocante a la fe o a la moral, los hombres sentían que podían confiar en él como representante de Cristo en la tierra, por su sabiduría y dirección. Era, por lo general, un hombre viejo y agobiado por terribles problemas. Reyes ambiciosos trataron de hacerlo servir a sus propios intereses; estuvo constantemente en lucha contra ellos, defendiendo la independencia espiritual de la Iglesia.

Durante todo este tiempo, mientras Europa corría el peligro de ser conquistada por sucesivas arremetidas de los invasores mahometanos, sólo la potente voz de San Pedro tronaba por encima de las locuras y pasiones de los hombres egoístas, incitando a los príncipes a dejar a un lado sus insignificantes querellas y unirse en defensa de su común civilización. Entretanto, los turcos irrumpían en Servia, arrasaban Hungría, y en 1453 tomaban por asalto a Constantinopla. El papa español Calixto III vendió sus tesoros de arte y su vajilla con el objeto de conseguir dinero para la cruzada y reconquistar la gran puerta del Oeste; pero aunque su flota logró expulsar al enemigo de Lemnos y otros lugares, fracasó finalmente, porque los príncipes europeos eran

demasiado estúpidos o demasiado egoístas para comprender el peligro que amenazaba a todos. El papa Pío II, en su vejez, declaró que si los reyes europeos no organizaban una cruzada para salvar a Europa, la dirigiría él personalmente, y el santo anciano, que había sido un frívolo estudiante en su juventud, se puso a la cabeza de una flota y murió en la expedición.

Cuando Isabel tenía diecinueve años de edad, toda Italia y España estaban consternadas con la noticia de que Mohamed II, el Gran Turco, había lanzado una flota de cuatrocientos barcos contra Negroponte, avanzada veneciana en la isla de Eubea, que se suponía inexpugnable. El papa Pablo II logró unir momentáneamente a los príncipes; pero cuando murió, en el verano siguiente, dejó a la cristiandad en una situación angustiosa, transmitiendo a su sucesor dos graves problemas: la creciente corrupción de la Iglesia y la invasión de los turcos. Cada uno de estos problemas contribuía a perpetuar el otro. La relajación de la disciplina eclesiástica y la vida escandalosa de muchos prelados políticos hacía más difícil para el papa organizar a Europa contra el enemigo; y las imperiosas necesidades de la cruzada no le dejaban tiempo ni energías para llevar a cabo la completa limpieza que era necesaria.

Para romper el círculo vicioso, los tiempos clamaban por un papa de vida irreprochable y santa, que al mismo tiempo fuese un estadista de genio extraordinario.

Cuando Sixto IV, devoto monje franciscano, fue coronado papa el 25 de agosto de 1471, se creyó que comenzaría inmediatamente la reforma de la Iglesia. Pero la defensa de la cristiandad era aún más urgente que su reforma, y las victorias de los turcos en el Este hicieron necesaria una acción inmediata. El papa envió cinco cardenales a varias partes de Europa para reorganizar la cruzada. Al cardenal español Rodrigo Borgia lo envió a su país natal.

Cuando Borgia (destinado a reinar más tarde como papa Alejandro VI) se embarcó en Ostia, en mayo de 1472, tenía justamente cuarenta y dos años; era alto y de fuerte contextura, de

figura dominante y majestuosa y penetrantes ojos negros. Era un caballero de maneras corteses, conversador agradable y gobernante de condiciones excepcionales. Su tío el papa Calisto III lo había nombrado cardenal a la edad de veintitrés años.

Borgia obtuvo un éxito extraordinario en su misión en España. Encontró al país a punto de morir de hambre por la pérdida de las cosechas y al borde de la guerra civil. Después de celebrar varias conferencias diplomáticas con el arzobispo Carrillo, el marqués de Villena y otras personas, logró la reconciliación de Isabel con el rey Enrique. Beatriz de Bobadilla se dirigió a Segovia, disfrazada, para obtener la conformidad del rey con los proyectos del cardenal. Enrique invitó a Segovia a su media hermana para darle su bendición y a besar su mano de hermano. La recibió cortésmente, obsequiándola con honores reales. Cuando el rey, después de un gran banquete público, tuvo una fuerte puntada en el costado, corrieron los usuales rumores de envenenamiento, pero todo el resto de su vida el rey sufrió de algo que se creía una enfermedad del hígado. Probablemente tenía lo que ahora llamaríamos apendicitis.

Isabel y el cardenal Borgia fueron después agasajados por el arzobispo Carrillo en Alcalá. Estando ella allí, se enteró con horror de una terrible matanza de conversos o judíos encubiertos en Córdoba. Hacía tiempo que tales hechos constituían una desgracia para su país, y decidió que si alguna vez tenía autoridad, pondría fin a ello. Parece que un domingo de Cuaresma los cristianos de Córdoba habían organizado una solemne procesión a la catedral. Los judíos convertidos (cristianos nuevos o conversos) fueron excluidos, posiblemente porque se sentían éstos tan seguros en Córdoba, que abiertamente concurrían a las sinagogas, mofándose de la religión cristiana. Sea como fuere, cuando la procesión pasó por la casa de uno de los conversos más ricos, una niña arrojó desde una de las ventanas un recipiente lleno de líquido asqueroso, que cayó sobre la imagen de la bendita Virgen María, que encabezaba la procesión. Ésta fue la señal de una sangrienta matanza de judíos encubiertos.

Sin embargo, éstos encontraron en Córdoba un poderoso

campeón: don Alonso de Aguilar, que había casado con una mujer descendiente de judíos hija del marqués de Villena. Él y su hermano Gonzalo de Córdoba, que más tarde ganaría fama en Italia con el sobrenombre de Gran Capitán, defendieron a los conversos. Los cristianos viejos (cristianos de buena fe), dirigidos por el conde de Cabra, los sitiaron en el Alcázar. De ahí resultó un estado de guerra que duró casi cuatro años. Desgraciadamente, también el periódico frenesí contra los cristianos nuevos o judíos convertidos (llamados asimismo marranos), prendió en una docena de otros lugares. Una de las matanzas más brutales ocurrió en Segovia, el 16 de mayo de 1474, y el hombre más responsable de ella fue el marqués de Villena, descendiente de judíos.

En Segovia fue siempre muy intenso el odio entre judíos y cristianos. En 1405, un médico llamado Mair Alguadés y otros judíos eminentes, acusados de haber robado de la catedral una hostia consagrada, fueron ejecutados, mientras otros judíos, acusados del intento de envenenar en represalia al obispo, fueron ahogados y descuartizados. Y cuando Isabel tenía siete años de edad, dieciséis judíos, incluyendo a un rabino, fueron acusados de haber robado un niño cristiano en Semana Santa y de haberlo crucificado como afrenta a la memoria de Jesús. Que los judíos cometieran crímenes o fueran inocentes víctimas del prejuicio (y sabemos que han sido acusados falsamente en otros lugares de lo que se llama «asesinato ritual»), nadie puede decirlo hoy con certidumbre. Colmenares recuerda en su *Historia de Segovia* que los judíos eran sentenciados a muerte por el obispo de Segovia, don Juan Arias de Ávila, hijo él mismo de un judío convertido, y eran ahogados y colgados.

El gobernador de Segovia en 1474 era Cabrera, un converso muy hábil que había casado con Beatriz de Bobadilla, amiga de la infancia de la princesa Isabel. Villena tenía una gran inquina contra este hombre, y, sabiendo que los cristianos viejos de Segovia lo odiaban, envió tropas para provocar una matanza de todos los conversos, durante la cual esperaba desembarazarse de su enemigo.

El domingo 16 de mayo, los conversos, al despertar, hallaron

la ciudad llena de hombres armados que pedían a gritos su sangre. Sonaban los cascos de los caballos, las espadas chocaban, las balas llovían contra las paredes, y las llamas remontaban la colina devorando una casa tras otra. Los cuerpos se amontonaban en las calles confusamente apilados.

Afortunadamente, las noticias de la cobarde conspiración llegaron hasta el cardenal Borgia, que se encontraba en Guadalajara. Éste envió inmediatamente un aviso al rey, quien lo comunicó a Cabrera. El gobernador tuvo apenas el tiempo indispensable para reunir algunas de sus tropas y correr en auxilio de los conversos. Con sus hombres, dejó limpias las calles de los parciales de Villana. El marqués y sus secuaces huyeron de la ciudad.

Cuando Isabel y Fernando llegaron a Segovia, el lugar hedía aun a madera carbonizada, a carne putrefacta, a carnicería y pestilencia. Isabel felicitó a Cabrera por su valor, acogiendo cariñosamente a su esposa Beatriz, y censuró a los extraviados o fanáticos instrumentos de Villena que habían tomado parte en el exterminio. Poco tiempo antes había evitado una matanza de conversos en Valladolid, aunque ello le había acarreado la pérdida de muchos de sus partidarios y la necesidad de huir de la ciudad con su marido y el arzobispo. Ahora se le presentaba la oportunidad de contemplar desde cerca las espantosas consecuencias del odio entre los cristianos y los judíos. ¿Cómo podría salvarse el país de su completa ruina y de una segunda conquista mahometana, deseada por judíos y conversos? ¿Cómo podría lograrse que los hijos de Israel no explotaran más a los cristianos, haciendo prosélitos aun entre los cristianos para destruir a la cristiandad? ¿Qué se podía hacer para que los cristianos o cristianos nominales cesaran en sus matanzas de marranos a la menor provocación? Isabel y Fernando llegaron a la conclusión de que Castilla necesitaba imperiosamente un gobierno suficientemente fuerte para ser temido y respetado por todas las clases.

Los acontecimientos se conciliaban para darles la oportunidad que deseaban. El marqués de Villena, su implacable enemigo, murió el 4 de octubre de 1474. El rey Enrique, abandonado y sin

amigos, enfermó rápidamente, y el 12 de diciembre, después de confesar sus pecados durante una larga hora con el prior del monasterio que había hecho construir en conmemoración de las hazañas de don Beltrán, expiró él también, negándose inflexiblemente hasta el fin a declarar si la Beltraneja era o no su hija.

Isabel recibió la noticia en Segovia. Su primer acto fue vestir luto e ir inmediatamente a la iglesia de San Miguel para rezar por el descanso del alma del rey. Cuando volvió al castillo, Cabrera y los hombres importantes de Segovia le hicieron saber que sería coronada reina de Castilla al día siguiente, festividad de Santa Lucía.

De un modo extraño, el destino había puesto en las manos de una niña el poder que ésta soñara usar. La Edad Media había pasado e iba a nacer una moderna España.

CAPÍTULO VII

Una fría mañana del 13 de diciembre, Isabel contemplaba desde el Alcázar de Segovia la ciudad llena de gente. Por las cuatro puertas de la severa ciudad construida sobre un peñasco iban entrando nobles y comuneros de toda la comarca, ondeando los pendones y sonando las trompetas, los caramillos y los timbales, porque no había en España ceremonia completa sin música.

Se alzó una atronadora gritería cuando se abrió la puerta del castillo y salió doña Isabel montada sobre un blanco palafrén, a un lado el gobernador Cabrera y al otro el arzobispo Carrillo. Tenía entonces la reina veintitrés años; era de bella y majestuosa figura, e iba vestida de blanco brocado y armiño desde la cabeza hasta los pies. Las gemas brillaban en su garganta, en las hebillas de sus zapatos y en las bridas; y su caballo llevaba gualdrapas de paño de oro. Avanzaba lentamente a lo largo de la estrecha calle de piedra, casi a la cabeza de una magnífica procesión. Delante de ella, en un gran caballo, marchaba un heraldo sosteniendo, con la punta hacia arriba, la espada de justicia de Castilla, que brillaba amenazadora-mente desnuda a la luz del sol, símbolo de que aquella jovencita montada en la blanca jaca española tenía el poder de vida y muerte sobre todos los que la rodeaban. Detrás del heraldo iban dos pajes, llevando sobre un almohadón la corona de oro de su antepasado el rey Fernando el Santo. Seguían a la princesa prelados y sacerdotes con casullas trabajadas en hilo de oro sobre púrpura de seda, nobles vestidos de ricos terciopelos deslumbrantes de pedrerías y con resplandecientes cadenas de oro, concejales de Segovia con sus antiguas vestiduras heráldicas, lanceros, ballesteros, hombres de armas, portaestandartes, músicos y detrás

el populacho.

«¡Viva la reina! ¡Castilla por la reina doña Isabel!», gritaba el pueblo.

Al llegar a la plaza, la reina se apeó, subió a una alta plataforma adornada con tapices de ricos colores y se sentó en un trono. Entre gritos y toques de trompetas, le colocaron sobre el claro cabello castaño la gran corona de sus antepasados. Las campanas de todas las iglesias y conventos de la ciudad comenzaron a sonar alegremente; desde la guardia del Alcázar disparaban mosquetes y arcabuces y tronaban pesadas lombardas desde las murallas de la ciudad.

Isabel era por fin reina.

Después que todos los nobles presentes besaron su mano y le prestaron juramento de fidelidad, Isabel se dirigió a la catedral, donde se prosternó humildemente ante el altar mayor, dando gracias a Dios por haberla salvado de tantos peligros y pidiéndole la gracia necesaria para gobernar con arreglo a la voluntad divina.

Pocos días después tuvo noticias de que su marido venía del Norte tan rápidamente como sus caballos podían traerle. La nueva de la muerte de Enrique y de la coronación de Isabel le alcanzó en Perpiñán, adonde había ido a principios del otoño para salvar a su padre de ser capturado por sus enemigos. Luego de socorrer al viejo rey, Fernando comenzó a restablecer el orden en Aragón en la forma que él e Isabel consideraban necesaria en aquellos tiempos anormales. Encontró a la ciudad de Zaragoza en estado de anarquía, intimidada y explotada por Jiménez Gordo, rico converso que había tomado el mando de las tropas de la villa imponiendo su arbitraria voluntad sobre el pueblo. A su llegada, el joven príncipe invitó al tirano a visitarlo, y cuando Gordo llegó, lo detuvo, entregándolo en manos de un sacerdote y de un verdugo. El cadáver fue expuesto en la plaza aquella misma tarde.

Cuando Fernando se enteró, por una carta de Carrillo, de la coronación de su mujer, se indignó porque la espada de justicia había sido llevada delante de la reina. No era costumbre en Aragón ni en Castilla llevar la espada delante de las reinas. En Aragón,

además, estaba en vigencia una ley sálica que excluía del trono a las mujeres. Fernando pensó, evidentemente, a pesar de los términos de su convención matrimonial con Isabel, que él sería el verdadero rey de Castilla después de la muerte de Enrique, y se enteró con desagradable sorpresa de que la gentil dama con quien se había casado intentaba tomar las riendas del gobierno. Las murmuraciones, discusiones e intrigas de los nobles tornaron la situación más difícil, y cuando Fernando llegó a Segovia, la corte estaba dividida en dos bandos que disputaban duramente sobre los méritos del marido y la mujer.

La reconciliación, no obstante, fue posible gracias a los esfuerzos de don Pedro González de Mendoza, cardenal de España, que representó a la reina, y del arzobispo Carrillo, que lo hizo por el rey Fernando. Pero fue Isabel misma quien, con su tacto y dignidad, colocó a su marido en una posición tan decorosa, que no tuvo más remedio que aceptarla. Como dice su secretario Pulgar, ella le habló en estos términos:

«Señor, no fuera necesario mover esta materia: porque do hay la conformidad que por la gracia de Dios entre vos e mí es, ninguna diferencia puede haber. Lo cual, como quier que se haya determinado, todavía vos como mi marido sois rey de Castilla, e se ha de facer en ella lo que mandáredes; y estos reinos, placiendo a la voluntad de Dios, después de nuestros días, a vuestros hijos e míos han de quedar. Pero pues plugo a estos caballeros que esta plática se oviese, bien es que la duda que en esto había se aclarase, según el derecho destos nuestros reinos dispone. Esto, señor, digo, porque, como vedes, a Dios no ha placido fasta aquí darnos otro heredero sino a la princesa doña Isabel nuestra fija; e podría acaecer que después de nuestros días viniese alguno que por ser varón descendiente de la casa real de Castilla, alegase pertenecerle estos reinos, aunque fuese por línea transversal, e no a vuestra fija la princesa, por ser mujer, en caso que es heredera dellos por derecha línea: de lo que vedes bien, señor, cuán gran inconveniente se seguiría a nuestros descendientes. E acerca de la gobernación destos reinos, debemos considerar que, placiendo a la voluntad de Dios, la princesa nuestra fija ha de casar con príncipe

extranjero, el cual apropiaría a sí la gobernación destos reinos, e querría apoderar en las fortalezas e patrimonios reales otras gentes de su nación que no sean castellanas, do se podría seguir que el reino viniese en poder de generación extraña; lo que sería en gran cargo de nuestras conciencias, y en deservicio de Dios, e perdición grande de nuestros sucesores e de nuestros súbditos e naturales, y es bien que esta declaración se haya fecho por excusar los inconvenientes que podrían acaecer.»

Indudablemente, Fernando no podía replicar. «Oídas las razones de la reina, porque conoció el rey ser verdaderas, plúgole mucho —dice el cronista—, e dende en adelante él y ella mandaron que no se fablase más en esta materia.»

Fernando había disgustado a Isabel más de una vez desde su casamiento. Había ella sufrido profundamente cuando conoció la verdad sobre la dispensa falsificada que su padre envió desde Aragón. Aún se sintió más profundamente herida cuando se enteró de que él tenía un hijo ilegítimo nacido al tiempo de su casamiento. Además iba a conocer el tormento de los celos, al que Fernando a menudo daba ocasión, porque tenía cuatro hijos nacidos fuera del matrimonio. No obstante, ella lo amó hasta el día de su muerte. Nunca más, con una sola excepción, volverían a tener diferencias de opinión. De ahí en adelante, en la mayor parte de los negocios públicos, iban a actuar como una sola persona: ambas firmas en todos los documentos, ambas caras en todas las monedas. «Aun cuando la necesidad los separaba, el amor mantenía sus voluntades unidas... Muchos trataron de separarlos, pero ellos estaban resueltos a no disentir.»

No podían permitirse discrepar entre sí sin exponerse a dejar incumplida la gigantesca obra que los esperaba: convertir la anarquía en orden; restablecer el prestigio de la corona; recobrar de manos de los nobles usurpadores las tierras de la corona ilegalmente entregadas por Enrique; sanear la moneda; restablecer la prosperidad de la agricultura y de las industrias; resolver el problema de los judíos, el de los moriscos y el de los conversos, tarea ésta que parecía imposible para un hombre y una mujer jóvenes, sin tropas ni dinero. Francia y Portugal eran sus

enemigos. Castilla vivía en el caos.

La joven reina comenzó su gobierno resueltamente, a pesar de todo, alejando a los peores parásitos que habían desprestigiado a la corte de su hermano. Designó a hombres capaces y fieles para los cargos más importantes: Mendoza, el cardenal de España, fue nombrado canciller; el conde de Haro, condestable de Castilla; Gutiérrez de Cárdenas, tesorero, y ella y Fernando hicieron ejecutar ladrones y asesinos a diestra y siniestra, hasta que «los homes cibdadanos e labradores e toda la gente común deseosos de paz, estaban alegres, e daban gracias a Dios, porque veían tiempo en que le placía haber piedad destos reyes... E allende de la afición que los pueblos tenían al rey e a la reina, con esta justicia que administraban ganaron los corazones de todos de tal manera, que los buenos les habían amor e los malos temor.»

Los poderosos nobles que se habían repartido el país bajo el débil Enrique, no estaban dispuestos a perder su situación sin defenderse. El joven marqués de Villana amenazaba con proclamar a Juana la Beltraneja reina de Castilla si Isabel no le otorgaba el gran maestrazgo de la Orden de Santiago y varias ciudades. El arzobispo Carrillo se encolerizó porque Fernando le había dado ciertas tierras que no eran las que le prometiera; abandonando enfadado la corte y recluyéndose en su casa de Alcalá de Henares, se entregó a los experimentos de alquimia con su amigo el doctor Alarcón. Se decía que el arzobispo y el joven Villana mantenían correspondencia con Alfonso V de Portugal.

El cardenal Mendoza, cuya elevación al primado y su creciente influencia con Isabel y Fernando habían excitado la envidia del anciano arzobispo, se dirigió a Alcalá intentando conciliar al viejo guerrero, para lo cual se ofreció a eclipsarse a fin de que Carrillo ocupara el primer puesto en unas nuevas Cortes que serían convocadas en Segovia en la primavera.

El arzobispo dio una contestación evasiva, demasiado ceremoniosa para ser tranquilizadora. Mendoza, desilusionado, volvió para informar a los jóvenes soberanos que temía que algo estuviera tramándose entre Carrillo, Villana y Alfonso V de

Portugal. Para colmo de desdichas, habían estallado varias pequeñas guerras entre los nobles. Tres de ellos se disputaban el gran maestrazgo de Santiago. Dos se hacían la guerra por la posesión de Sevilla, y otros dos luchaban en Córdoba.

En este trance, Isabel y Fernando, que se encontraban en Valladolid, recibieron una carta del rey Alfonso de Portugal en la que les anunciaba que iba a casarse con la Beltraneja, y que, por lo tanto, tenía títulos para llamarse rey de Castilla y León. Agregaba que muchos de los principales nobles de Castilla, incluyendo al arzobispo de Toledo, estaban dispuestos a unírsele.

Isabel no podía creer que su viejo amigo Carrillo se hubiera pasado a sus enemigos. Hizo escribir a su secretario una apasionada carta llamándole. El arzobispo no contestó. La gente decía en toda Castilla: «El que tenga de su lado al arzobispo, ése ganará.»

La reina resolvió, contra la opinión de sus consejeros, dirigirse a Alcalá y requerir el apoyo del arzobispo. Envió al conde de Haro que la precediera, a fin de convenir la entrevista. Carrillo recibió al conde con engolada cortesía, y evidentemente le conmovió la apelación que el noble hacía a su generosidad y lealtad. No obstante, se mantuvo firme después de haber consultado a ciertos amigos que debían de ser emisarios de Villena y de Portugal. Manifestó entonces que si la reina entraba por una puerta de Alcalá, él saldría por la otra. «La quité de la rueca y le di un cetro; ahora le quitaré el cetro y la volveré a la rueca», dijo.

El de Haro regresó a Colmenar, donde la reina se encontraba orando en la iglesia mientras esperaba su vuelta.

No recibió a su enviado hasta que terminó la misa. Cuando escuchó su informe, dice Pulgar que se puso pálida, llevando las manos a sus cabellos como para concentrar sus pensamientos. Cerrando los ojos, permaneció en silencio hasta recobrar el dominio sobre sí misma. Entonces, mirando al cielo, dijo: «Señor mío Jesucristo, en vuestras manos pongo todos mis fechos y de vos me defienda el favor y ayuda». Luego montó a caballo y siguió su camino hacia Toledo.

Allí le dijeron que Alfonso V, con veinte mil hombres, había cruzado la frontera de Portugal, penetrado en Extremadura el 25 de mayo y marchado hacia Palencia, donde se le unieron sus aliados castellanos, y que se había casado públicamente con la Beltraneja, proclamándose él y su novia, de quince años, rey y reina de Castilla y León.

Fernando cabalgó frenéticamente al Norte reclutando un ejército. Sin duda se había hecho impopular en Castilla, después de su intento de usurpar la corona, y era evidente que cualquier llamamiento que quisiera hacerse al país debía partir de Isabel. Parecía claro que, de todos modos, Alfonso se apoderaría pronto de ella y del reino.

La reina Isabel, vistiendo coraza de acero sobre su sencillo vestido de brocado, apretaba silenciosa los labios mientras montaba a caballo y emprendía el camino del Norte.

CAPÍTULO VIII

En lugar de apresar a Isabel, Alfonso V siguió hacia Arévalo, en el corazón de Castilla, y acampó allí. Al hacerlo tenía la esperanza de que la princesa no lograra reclutar un ejército. Fracasó en sus cálculos sobre la reacción del genio de Isabel, tan extraordinario como el de Santa Juana de Arco, y le dio la única cosa que necesitaba: tiempo.

Isabel sacó de éste el mejor partido. Para ella no eran obstáculos las enfermedades, el mal tiempo ni los peligros de la región. Durante meses vivió casi siempre a caballo, de un confín a otro del reino, pronunciando discursos, celebrando conferencias, dictando cartas a sus secretarios durante toda la noche, presidiendo el tribunal toda la mañana, juzgando a algunos ladrones y asesinos merecedores de la horca, recorriendo cien o doscientas millas por los fríos pasos de las montañas para suplicar a algún noble, tibio en su lealtad, quinientos soldados. Dondequiera que fuese, inflamaba el antiguo odio de los castellanos hacia los portugueses, que habían derrotado a sus antepasados tan decisivamente en Aljubarrota, en 1385. Terminaba todas sus arengas con una apasionada oración:

«Tú, Señor, que conoces el secreto de los corazones, sabes de mí, que no por vía injusta, no por cautela ni tiranía, mas creyendo verdaderamente que por derecho me pertenecen estos reinos del rey mi padre, he procurado de los haber, porque aquello que los reyes mis progenitores ganaron con tanto derramamiento de sangre no venga en generación ajena. A ti, Señor, en cuyas manos es el derecho de los reinos, suplico humildemente, que oigas agora la oración de tu sierva, e muestres la verdad, e manifiestes tu voluntad con tus obras maravillosas; porque si no

tengo justicia, no haya lugar de pecar por ignorancia, e si la tengo, me des seso y esfuerzo para la alcanzar con el ayuda de tu brazo, porque con tu gracia pueda haber paz en estos reinos, que tantos males e destruciones fasta aquí por esta causa han padecido.»

Mientras Fernando reclutaba tropas en las provincias del Norte, Isabel reunía varios miles de hombres en Toledo y se ponía a su frente vistiendo, como Juana de Arco, su armadura, para encontrarse con su marido en Valladolid.

A fines de junio habían reunido una abigarrada multitud de cuarenta y dos mil hombres pobremente equipados y mal disciplinados, muchos de ellos labriegos y presos liberados. Repartiéndolos apresuradamente en treinta y cinco batallones, Fernando abandonó Valladolid en julio y se dirigió al Sudoeste, hacia el río Duero. Isabel, que estaba enferma, se quedó en Tordesillas para mantener la línea de comunicaciones abierta a la espera de los acontecimientos.

Alfonso marchó sobre Toro, que se le rindió. El impulsivo Fernando lo sitió, esperando derrotarlo rápidamente y marchar luego al Norte contra los franceses, que estaban invadiendo Guipúzcoa. Pero tres días después se encontró con que sus comunicaciones habían sido cortadas por el gobernador de Castronuño, que alevosamente se había pasado a los portugueses. Ante el peligro de que su ejército muriera de hambre, Fernando no tuvo otra alternativa que retirarse a Medina del Campo. Muchos de sus hombres desertaron en el camino, regresando junto a la desilusionada reina con los restos de su gran ejército.

El desastre, que habría abrumado a cualquier persona, estimuló a Isabel a mayores esfuerzos, y a partir de entonces le acompañó la suerte de tener casi constantemente a su lado, como amigo y consejero, a uno de los hombres más capaces de la época, don Pedro González de Mendoza, cardenal de España. Hijo de un distinguido poeta y soldado, el marqués de Santillana, era instruido, encantador, perspicaz, sacerdote devoto, experto soldado y profundo hombre de Estado. Fue él quien insinuó a Isabel la medida que habría de salvarla: pedir al clero que fundiera la plata

acumulada en concepto de donaciones y herencias durante siglos en varias iglesias. De esta manera se reunieron treinta millones de maravedíes. La ayuda de la Iglesia permitió a Isabel pagar a sus tropas, alistar nuevos reclutas, traer de Italia y de Alemania pólvora y pesadas bombardas y comprar alimentos y vestuario. El 1 de diciembre, menos de cinco meses después de la retirada de Toro, un nuevo ejército estaba preparado para la lucha. Constaba sólo de quince mil hombres, pero bien armados y adiestrados.

Fernando se dirigió otra vez hacia Toro. Alfonso ofreció retirarse a condición de que le entregara Toro y Zamora, el reino de Galicia y una suma de dinero. Pero Isabel respondió que jamás entregaría una sola almena de los reinos de su padre. Fernando se vio obligado a dejar su ejército frente a Toro y cabalgar hacia Burgos, en el Norte, para ayudar a sus partidarios. Entretanto, Isabel, después de establecer guardias en todos los caminos, galopó en dirección a Toledo, a ciento treinta millas al Sur, para hacer nuevas levas y traer refuerzos. Después hizo una amplia y rápida corrida hasta León, a más de doscientas millas al Norte, para rescatar la provincia de manos de un gobernador traidor.

De vuelta, envió al conde de Benavente para que llevara a cabo un ataque nocturno contra los portugueses. Alfonso y su ejército se retiraron veinte millas hasta Zamora, fuerte edificado sobre una elevada roca inaccesible excepto por un puente poderosamente fortificado sobre el Duero.

Una noche, Isabel supo que el gobernador del puente deseaba entregárselo, siempre que ella enviara tropas para que lo tomaran. Remitió entonces un mensaje a Fernando a fin de que abandonara Burgos en secreto y viniera inmediatamente. Fernando, simulando estar enfermo, abandonó sus cuarteles y cabalgó de noche sesenta millas a través de un país enemigo, llegando a Valladolid antes de amanecer. Allí le tenía preparado ya Isabel un piquete de caballería. Zamora se hallaba a cincuenta millas de distancia. A la noche siguiente llegó al puente, tomando posesión de él. Debía mantenerlo hasta que Isabel trajera refuerzos y artillería. Ella había puesto en camino sus grandes cañones antes del amanecer.

Cuando Alfonso despertó, su posición se hallaba dominada por los cañones castellanos, y hubo de retirar su ejército al campo abierto. Fernando ocupó la ciudad.

Al día siguiente, Alfonso recibió el refuerzo de veinte mil hombres de su hijo don Juan. Se hallaba ahora en condiciones de acosar a Fernando, y así lo hizo. Durante dos semanas Fernando y su ejército estuvieron copados en Zamora.

Isabel, ante la amenaza de la derrota, se entregó a una actividad sobrehumana. Como todos los grandes soldados, advirtió la conveniencia del ataque. Si las fuerzas enemigas eran superiores en número a las de ella, debían ser divididas. Envió tropas para atacar la base de Toro. Lanzó a otras contra el flanco derecho. Finalmente, descubrió que una ciudad de la retaguardia que dominaba su línea de comunicaciones, estaba débilmente defendida. Envió dos mil hombres de caballería para que la tomasen.

Alfonso se vio, a su vez, obligado a retirarse. Una noche fría, mientras sus hombres se quejaban de la falta de alimentos, levantó el campamento y partió hacia Toro a lo largo de la ribera.

Cuando Fernando descubrió que el enemigo se había esfumado, lo persiguió sin pérdida de tiempo y lo alcanzó a media tarde. El cardenal Mendoza, que se había adelantado para hacer un reconocimiento, volvió hasta donde estaba el rey, para informarle que los portugueses se encontraban desplegados en orden de batalla, justamente debajo de una pequeña elevación. Fernando dio la orden de avanzar. Lentamente las huestes castellanas subieron por el terreno montañoso y descendieron al llano. En el Oeste, el sol, muy bajo ya, brillaba lúgubremente a sus espaldas, sobre una espesa cortina de nubes, dando en los ojos de los portugueses. En ese momento una fina y fría llovizna comenzó a caer.

Se oyó un largo y estrepitoso crujido cuando las huestes chocaron trabándose en lucha... Quebrábanse las lanzas entre el chocar de las armaduras y el golpear de los caballos; los jinetes eran lanzados al suelo para quedar allí o levantarse y desnudar sus

espadas; entre ellos corrían los infantes, con dagas y hachas... Y en esta espantosa confusión, todo eran golpes y empellones. «¡Fernando!», gritaban los castellanos. «¡Alfonso!», gritaban los portugueses.

Allí donde los estandartes de los reyes rivales flameaban entre las olas de aceros, la lucha era más feroz, más fuertes los gritos y mayores el derramamiento de sangre y el amontonamiento de los heridos. A la izquierda, el cardenal de España, cuyo roquete de obispo, desgarrado y salpicado de sangre, parecía casi negro, peleaba en la batalla con la furia de un tigre, derribando a izquierda y derecha a los hombres de las filas portuguesas. A la derecha tronaba la artillería de don Juan; su eco retumbaba desde el rio hasta los peñascos, seguido del vivo estampido de la mosquetería. Los seis escuadrones de la caballería de gallegos y asturianos de Fernando fueron destrozados y puestos en fuga, perseguidos por los alaridos de los portugueses.

Mezclados en la batalla, ni Fernando ni el cardenal podían ir en ayuda del ala derecha; y para colmo, don Juan volvió atrás, después de una breve persecución de los asombrados montañeses, y cayó sobre su flanco. Se luchó desesperadamente y a muerte. Atrás y adelante, arriba y abajo, refluían en la fría lluvia crepuscular, mientras se hacían cada vez más broncos y frecuentes los gritos y lamentos de los heridos pisoteados. La oscuridad llegaba velozmente del negruzco cielo, y todavía ningún bando había obtenido la victoria. Así, durante tres horas, el triunfo de la batalla fue indeciso. Ahora luchaban jadeantes y silenciosos.

Mendoza se abrió camino entre los portugueses, en dirección a donde a duras penas podría divisar en la penumbra, levantándose y cayendo, el estandarte del rey Alfonso. El portaestandarte de Alfonso, Duarte de Almeida, hacía esfuerzos heroicos para alzarlo al viento. Herido en el brazo derecho, sostenía la bandera con el izquierdo. Cuando una flecha castellana le atravesó el brazo izquierdo, sostuvo el trapo con los dientes, hasta que cayó con el cuerpo acribillado, mientras el cardenal de España se apoderaba de la bandera portuguesa, arrancándola. El obeso Alfonso cayó al suelo luchando valientemente. Con su

bandera perdida y el rey caído, una gran incertidumbre, como una lenta niebla, comenzó a extenderse sobre la masa de los cansados portugueses, que no habían probado bocado desde que salieron de Zamora al amanecer. Unos se rindieron y otros huyeron. La oscuridad era ya completa.

De pronto, con un poderoso grito, los seis batallones de jinetes montañeses que habían huido al principio del ataque de la artillería de don Juan, pero que, avergonzados, se reagruparon lentamente junto a la montaña, cayeron sobre los desorganizados portugueses. Todo el frente comenzó a retroceder. Al mismo tiempo, el cardenal de España y el duque de Alba los empujaban desde el flanco hacia el río. En vano Alfonso y don Juan proferían sus gritos de guerra. En vano el valeroso Carrillo, ensangrentado de pies a cabeza, rota desde la espalda su capa colorada, instaba al ataque mientras luchaba como un héroe homérico en la noche opaca.

La huida se transformó en pánico. «¡Santiago!», gritaban los vencedores. «¡Castilla! ¡Castilla para el rey Fernando y la reina Isabel!» Los desgraciados portugueses se herían unos a otros por error, trepaban a las montañas, se arrojaban al río y sucumbían bajo el peso de las armaduras en las frías aguas. Muchos de ellos se precipitaban salvajemente buscando a su rey, y gritando «¡Fernando! ¡Fernando!» para evitar que los matasen.

Por la noche ordenó Fernando a sus hombres que cesara 'a matanza de los vencidos y que dejaran de hacer prisioneras. La furia de los castellanos era tal que durante varios días quisieron matar a los cautivos portugueses. Y lo habrían hecho así a no mediar la resuelta oposición del cardenal Mendoza, quien dijo: «Jamás quiera Dios se pueda decir tal cosa, o tal ejemplo de nosotros quedar en la memoria de los vivos. Esforcémonos en conquistar, y no pensemos en venganza, porque la conquista es de hombres fuertes, y la venganza, de débil u mujeres.»

Al amanecer, envió Fernando un breve y afectuoso mensaje a Isabel comunicándole su victoria. Ella recibió la noticia con gran alegría en Tordesillas. Y ordenó a todo el clero de la ciudad que se

reuniera y marchara por las calles cantando el *Te Deum*. Entre las aclamaciones del pueblo, la joven reina salió del palacio descalza, y de este modo marchó sobre las toscas piedras de las calles hasta el monasterio de San Pablo, donde silenciosamente llegó, por entre el murmullo de la multitud, al altar mayor, y postrándose con gran devoción y humildad, dio gracias al Dios de las batallas.

CAPÍTULO IX

La victoria obtenida sobre Portugal había convertido a Isabel en señora de Castilla, pero de una Castilla con hambre y epidemias y sin posibilidades económicas. «Nadie pagaba sus deudas y no quería hacerlo», escribía su secretario en sus crónicas. «El pueblo estaba acostumbrado a toda clase de desórdenes..., y los ciudadanos y los labradores honrados no eran dueños de sus propios bienes, y no tenían nadie ante quien recurrir de los robos y violencias de que eran objeto... E cada uno quisiera de buena voluntad contribuir la meitad de sus bienes por tener su persona e familia en seguridad.»

La principal tarea que afrontaron Isabel y Fernando fue el restablecimiento del respeto a la ley. Y esto lo hicieron con un rigor que sabían justificado por la anarquía dominante. En unas Cortes convocadas en Madrigal en 1476, tomaron medidas para restablecer la Santa Hermandad, policía de voluntarios organizada en el siglo XIV en defensa de los derechos locales del pueblo contra la corona y que había terminado por convertirse en un instrumento de la nobleza. Isabel procedió a trocar esta casi inservible arma de las clases privilegiadas en un instrumento de la autoridad real. Se organizó una fuerza de dos mil caballeros a las órdenes de un capitán general, el duque de Villahermosa, hermano bastardo del rey Fernando, con ocho capitanes bajo su mando. Cada cien cabezas de familia mantenían a un caballero bien armado y equipado, dispuesto en todo momento a salir en persecución de un criminal. Para cada comunidad de treinta familias había dos alcaldes, cuyos poderes eran absolutos, salvo el derecho de apelar ante el obispo de Cartagena o en última instancia ante el rey y la reina. A menos que el transgresor tuviera

buenas razones para apelar obteniendo una rápida absolución, la menor pena que podía esperar era la pérdida de una oreja o de una mano. A un ladronzuelo lo aliviaron de uno de sus pies, para tener la seguridad de que no volvería a sus andanzas. La pena más común era la de muerte. Pronunciada la sentencia, se llevaba un sacerdote al prisionero para que lo oyera en confesión y le administrara los últimos sacramentos. Atado al árbol más próximo, el condenado era ultimado a flechazos por la Hermandad. Evidentemente, los autores de las ordenanzas de la Hermandad eran escépticos con respecto a la duración de cualquier reforma moral impuesta por la necesidad a los criminales, porque ordenaban que la ejecución siguiera a la absolución «lo más ligero posible, para que el alma salga del cuerpo con la mayor seguridad de salvarse».

Para Isabel y Fernando y sus contemporáneos, esta justicia dura y rápida era cosa natural. La simpatía que Enrique el Impotente había prodigado a los asesinos la reservaban Isabel y Fernando para la víctima, su viuda y sus hijos, para la mujer violada, para la familia que había muerto quemada en medio de la noche por los bandidos o los nobles ladrones. No significaba esto que los españoles fueran más crueles que otros pueblos occidentales. El valor de la vida era increíblemente insignificante en Inglaterra, por ejemplo, en esa época. Aun un siglo después, leemos en el informe de un cronista inglés que todos los años eran colgados de trescientos a cuatrocientos bandidos, entre los que se incluían ladronzuelos, y que durante el reinado del rey Enrique VIII murieron setenta y dos mil en la horca, solamente por haber robado.

Isabel y su marido anduvieron de ciudad en ciudad, algunas veces juntos y otras separados, administrando al pueblo justicia rápida y gratuita. La joven reina oía demandas, procuraba reconciliaciones y restituciones, condenaba a muerte al culpable y cabalgaba luego hasta el próximo lugar. En poco tiempo su justicia había llenado el país de consternación. Era más terrible porque se la sabia imparcial e incorruptible.

Aunque desesperadamente necesitada de dinero, Isabel

rehusó siempre aceptar sobornos de los criminales ricos. Un poderoso noble llamado Álvar Yáñez, que había asesinado a un notario, ofreció a la reina la enorme suma de cuarenta mil ducados si le perdonaba la vida. Algunos de sus consejeros, sabiendo cuán escaso estaba el tesoro real, le aconsejaron que aceptara. Pero la reina «prefería la justicia al dinero». Hizo cortar la cabeza de Yáñez el mismo día y, para evitar la sospecha de motivos interesados, distribuyó sus bienes entre los hijos del ajusticiado, aunque muchos precedentes la autorizaban a confiscarlos.

Un día, mientras descansaba en Tordesillas después de arrojar a los portugueses que aún quedaban en Toro, se enteró de que había estallado una revuelta en Segovia y que los insurrectos estaban atacando la torre del Alcázar en la que se refugiaba su pequeña hija Isabel, protegida por un puñado de leales.

Beatriz de Bobadilla, a quien se encomendara el cuidado de la criatura, había venido a Tordesillas para conferenciar con la reina. Cabrera, el gobernador, se hallaba a la sazón ausente de la ciudad. Aprovechando estas circunstancias, algunos de sus enemigos, ocultas las armas bajo sus ropas de labradores, habían entrado al Alcázar tomando posesión del castillo después de matar a la guardia de la puerta. Los defensores de la infanta retrocedieron a la torre, donde se encontraba la niña con su niñera, resistiéndose furiosamente. Todos los hombres de la ciudad tensaron las armas, uniéndose a uno o a otro de los bandos en lucha. Pero la mayoría se unió a los rebeldes, por odio al converso Cabrera. Hasta el obispo de Segovia, don Juan Arias de Ávila, se plegó a ellos, aunque él mismo era un Converso.

La reina Isabel se encontraba en ese momento acompañada sólo por el cardenal Mendoza, su amiga Beatriz y el conde de Benavente. No había tiempo para reunir tropas, y, por lo demás, podía viajar más rápidamente sin ellas. Montó a caballo y, seguida de sus tres amigos, cabalgó enloquecidamente a Segovia, que se hallaba a sesenta millas de distancia.

El sol brillaba sobre el camino blanco, caliente como las arenas del Sahara. Un polvo de seis pulgadas de espesor se elevaba

en nubarrones alrededor de la reina y su caballo, cubriéndolos de blanco, cegándolos y secándoles los labios.

La reina perdió el camino, tratando de acortarlo a través de un bosque de pinos. Volvió sus pasos hasta el camino, dejó descansar un rato a sus caballos en Coca, y durante la noche, cuando se levantó un viento fresco, con la luna de agosto siguió a Segovia. Al amanecer divisó la torre de Alcázar levantándose sobre la cima de una roca proyectada sobre la planicie gris como la proa de una galera. Alrededor de ellos, desierta y sin árboles, se extendía la campiña de aquel país árido e inescrutable. ¿Estaría aún la princesa en la torre, o sería demasiado tarde?

Cuando la reina se acercó a la puerta de San Juan, el obispo y varios de los ciudadanos importantes se adelantaron y le pidieron que no entrara, porque muy cerca se combatía violentamente. Además el obispo le rogó que dejara fuera de las murallas a la esposa de Cabrera y a su amigo el conde de Benavente, porque el populacho iba a enfurecerse si los veía. La joven reina, con fría furia, cortó en seco sus ceremoniosas palabras diciendo: «Decid vosotros a esos caballeros y cibdadanos de Segovia que yo soy reina de Castilla, y esta cibdad es mía, e me la dejó el rey mi padre, e para entrar en lo mío no son menester leyes ni condiciones algunas de las que ellos me pusieren. Yo entraré en la cibdad por la puerta que quisiere, y entrará conmigo el conde de Benavente, e todos los otros que entendiere ser cumplidero a mi servicio. Decidles ansí mesmo, que vengan todos a mí, e fagan lo que yo les mandare, como leales súbditos, e se dejen de facer alborotos y escándalos en mi cibdad, porque dello les puede seguir daño en sus personas a bienes.»

Así diciendo, Isabel clavó sus espuelas a su cansado caballo y galopó al frente de sus tres amigos. Atravesó la puerta de San Juan por entre el populacho rugiente. Sin temor a las espadas y lanzas que al sol de la mañana relampagueaban a su alrededor, avanzó hasta el pequeño patio próximo a la torre. El obispo la siguió, tratando vanamente de aquietar al pueblo. El populacho se agitaba en torno del pequeño grupo como un oleaje.

«¡A matarlos a todos! —gritaban—. ¡Hay que acuchillar a los amigos del mayordomo! ¡Abajo Cabrera! ¡Tomad la torre y matadlos a todos!»

La reina, silenciosa, con el macilento rostro lleno de polvo, sobre su caballo blanco les hacía frente. El cardenal se le acercó. Le pidió que con toda urgencia hiciera cerrar la puerta del Alcázar para que no entrara más populacho al patio. La reina sacudió su cabeza: «abrid más las puertas —dijo— y pedid a todos que entren.»

Las puertas crujieron.

«Amigos —gritó un caballero—, la reina ordena que entren cuantos puedan.»

Un murmullo sacudió a la muchedumbre. ¡La reina! Después de un momento de duda, el mar humano avanzó desbordante en el patio. La reina esperó a que se hiciera silencio. El cardenal la contemplaba con una mezcla de admiración y temor, sin pensar en su propia salvación. Sus palabras, claras y sonoras, caían como flechas sobre las cabezas de la apretujada y descontenta muchedumbre: «Decid agora, vosotros mis vasallos e servidores, lo que queréis, porque lo que a vosotros viene bien, aquello es mi servicio o me place que se faga, porque es bien común de toda la cibdad.»

Un cabecilla de la muchedumbre pidió silencio y se adelantó en representación de todos para exponer sus quejas: «Señora —comenzó—, tenemos varias súplicas que hacer. La primera, que el mayordomo Andrés de Cabrera no continúe por más tiempo a cargo del Alcázar. La segunda...»

«Eso que queréis vosotros quiero yo —interrumpió la reina—. El mayordomo está destituido. Tomaré posesión de estas torres y muros y las confiaré a un leal caballero de los míos, que las guardará con lealtad hacia mí y honor para vosotros.»

Un rugido brotó de la multitud, un rugido de triunfo y de aprobación: «¡Viva la reina!» La gente que estaba del otro lado de la puerta coreó el grito. Era la misma multitud abigarrada y emocionada que había gritado esas palabras aquella mañana de

invierno, tres años antes, cuando ella salió de ese mismo patio para ser coronada. En un instante, los hombres que maldecían a Cabrera pedían la sangre de sus enemigos. Los jefes de los rebeldes huyeron para salvar sus vidas. Hacia mediodía, las torres y murallas quedaban libres de ellos, e Isabel se encontraba en plena posesión del Alcázar. Su primer pensamiento fue abrazar a la princesa, de la que había estado separada tanto tiempo. Después cabalgó triunfalmente, a través de las calles, al palacio próximo a la iglesia de San Martín, seguida por una multitud que la asfixiaba en su entusiasmo y admiración. Desde las gradas del palacio les dirigió un breve discurso prometiendo protegerlos contra la tiranía de Cabrera o de cualquier otro y pidiéndoles que regresaran pacíficamente a sus casas. Les prometió, además, poner remedio a sus quejas si le enviaban una delegación que le expusiera sus motivos de agravio. La multitud se disolvió. La reina entró al palacio, se tiró sobre una cama y durmió.

Posteriormente, cuando examinó las reclamaciones que le hizo la delegación y las investigó a fondo, repuso a Cabrera, por encontrarlo inocente de los cargos que se le hacían, aunque algunos de sus subordinados habían cometido pequeñas arbitrariedades, y por considerar que gran parte de la animosidad existente contra él debía atribuirse a la envidia de los que deseaban ocupar su puesto, o al fuerte prejuicio de los cristianos viejos, que le malquerían por ser un converso influyente. El otro converso, don Juan Arias, se arrepintió de su participación en el hecho, pensando que la reina tenía una larga memoria y un largo brazo. Iba a llegar el tiempo, aunque no lo sospechaba, en que él necesitaría particularmente de su amistad.

CAPÍTULO X

A fines de septiembre, cuando la reina Isabel fue a Valladolid para reunirse con su marido, que volvía de sus estados del Norte, tuvo el disgusto de enterarse de que había surgido un conflicto sobre el gran maestrazgo de la Orden de Santiago. El conde de Paredes, principal pretendiente a la distinción, había muerto, y su rival, don Alonso de Cárdenas, había marchado a la cabeza de un ejército a Uclés, donde los treces y comendadores de la Orden se reunieron a petición suya para elegirle gran maestre...

Isabel no tenía ninguna objeción personal que oponer a Cárdenas. Por el contrario, lo conoció excepcionalmente hábil militar en una contienda privada que sostuvo contra el duque de Medinasidonia y en el conflicto con los portugueses, y tenía esperanza de utilizarlo en la cruzada que proyectaba emprender contra los moros tan pronto como se restableciera la paz y la prosperidad en Castilla. Por lo demás, recordaba todavía dolorosamente las pasadas guerras civiles empeñadas por el maestrazgo de Santiago durante el reinado del rey Enrique. Pero tenía un plan propio para que la famosa Orden militar fuera útil a la corona.

Tres grandes órdenes militares se habían creado en España durante la Edad Media. La Orden de Calatrava, fundada por dos monjes cistercienses que con sus compañeros defendieron un paso estratégico entre Castilla y Andalucía y salvaron a la España cristiana de ser reconquistada par los moros. Con el tiempo, la Orden creció en número y riqueza, al extremo de comprender cincuenta y seis encomiendas, dieciséis prioratos y sesenta y cuatro villas, y gozaba de una renta anual de cincuenta mil ducados.

La Orden de Alcántara fue organizada para defender la ciudad de su nombre, importante avanzada tomada por los cristianos a los moros en 1214. En su defensa se constituyó un grupo de caballeros que llevaban sobre sus armaduras el blanco manto de los moros del Cister bordado con una cruz escarlata. Éstos también, con el tiempo, acumularon gentes y fortuna.

Pero la más importante de las tres órdenes fue la de Santiago, fundada en el siglo XII, para proteger a los peregrinos que de todas partes de Europa acudían a la tumba del apóstol Santiago, en Compostela, Galicia, donde su cuerpo, que se encontró intacto después de ocho siglos, era conservado y honrado. Pero, después que los moros se retiraron a Granada, desapareciendo la amenaza para los reinos del Norte, los caballeros, sin ocuparse del infiel, pelearon entre ellos.

La elección de un gran maestre era tan importante, que a menudo conducía a una guerra civil. Ese dignatario gobernaba sobre ochenta y tres encomiendas, dos ciudades, ciento setenta y ocho distritos y villas, doscientos prioratos, cinco hospitales, cinco conventos y un colegio en Salamanca. Virtualmente gobernaba a un reino dentro del reino y disfrutaba de más rentas que muchos reyes. En tiempos de guerra podía llevar al campo de batalla cuatrocientos caballeros y mil lanzas.

Isabel comprendió que si la corona debía ser soberana, era necesario deshacer esas poderosas organizaciones, particularmente porque no eran ya de gran utilidad en la nueva manera de hacer la guerra, debido a los descubrimientos científicos. El cañón de pólvora estaba terminando con la táctica de la caballería, simplemente porque dos o tres plebeyos con un cañón podían despedazar cualquier número de hombres vestidos de armadura, aunque fueran azul su sangre y esforzados sus corazones. Decidió, así, anexarse el poderío de las órdenes, pidiendo al papa que designara al rey Fernando en cada uno de los maestrazgos cuando el que estuviera a su cargo muriera. La muerte del conde de Paredes fue su primera oportunidad. Despachó un mensajero a Roma rogando al papa que Fernando fuera nombrado gran maestre de Santiago. Pero Cárdenas, con su usual rapidez y

audacia, hizo peligrar su plan.

Uclés, donde estaban reunidos los delegados, se encontraba a doscientas millas de distancia, a través de las montañas, y las lluvias ya habían comenzado; pero eso no fue obstáculo para Isabel. Con un pequeño séquito, montó a caballo y comenzó su peligroso viaje, en medio de una lluvia torrencial. Al finalizar el tercer día, llegó a Ocaña, distancia cincuenta millas de su destino. Se veía obligada a pasar la noche en el palacio del que había huido con Carrillo ocho años antes; pero, temiendo que la elección fuese a la mañana siguiente, continuó su marcha durante toda la noche bajo la lluvia, que caía sin cesar. Al otro día, cuando los caballeros iban a elegir el gran maestre, se asombraron de ver a la cansada y empapada reina caminando hacia el interior, en medio de ellos.

Como de costumbre, la reina Isabel fue directamente al asunto y les anunció con toda claridad por qué había venido. El maestrazgo de Santiago, dijo, era un cargo demasiado importante para que no recayera en la familia real; por lo tanto, había decidido que debía pertenecer al rey Fernando. Y les ordenó, como a sus súbditos, aplazar la elección.

La serenidad de la reina triunfó, y Cárdenas se resignó de buen talante. Después, cuando Isabel tuvo en su mano la bula papal entregando la dirección de la Orden a Fernando, designó a Cárdenas gran maestre vitalicio, bajo la condición de que la Orden entregara tres millones de maravedíes anuales para mantener los fuertes a lo largo de la frontera mora. Cuando Cárdenas murió, en 1499, Fernando asumió el maestrazgo. En la misma forma asumió, en 1487, la dirección de la Orden de Calatrava y, en 1492, la de la Orden de Alcántara. Su previsora esposa tenía resuelto aumentar las rentas reales en un millón de dólares al año.

Isabel regresó entonces a Ocaña para reunirse con Fernando, que había estado reforzando la frontera portuguesa —porque la paz no se había formalizado todavía—, y juntos siguieron a Toledo. Allí, por orden de la reina, se habían hecho grandes preparativos para festejar la victoria de Fernando en Toro. Había prometido, después de la batalla, que tan pronto como fuera posible, daría

públicas gracias a Dios y construiría una iglesia en honor de San Juan Evangelista, a quien ella había orado durante los peligrosos días de la guerra contra los portugueses. Cuando entraron, por la tarde, a la ciudad, los esperaba una magnífica procesión de prelados, canónigos y sacerdotes, nobles y ciudadanos que marchaban, precedidos por un crucifijo, en dirección a la gran catedral. Allí, en el vasto bosque de mármol y granito, los ricos colores de los últimos rayos del sol se filtraban a través de los vidrios policromos, mezclándose con las sombras, alrededor del joven rey y la espléndida reina, que se arrodillaron en silencio ante el altar mayor dando gracias a Dios.

Al día siguiente se celebró una segunda y aún más espléndida procesión a la catedral. Esta vez el rey y la reina entraron por la puerta de su antepasado San Fernando, que libertó a Andalucía del yugo de los moros capturando a Córdoba en 1235. Isabel lucía la corona de oro del santo rey, reluciente de piedras preciosas, y una larga capa de armiño caía sobre su traje de blanco brocado adornado de castillos y leones de oro, y alrededor del cuello centelleaban el famoso collar de perlas y el de rubíes balajes, el mayor de los cuales se suponía haber pertenecido al rey Salomón, que lo envió a España, la antigua Tarsis de los judíos, a cambio de su oro y su plata, su marfil, sus monos y sus pavos reales.

Después de oír misa cantada se encaminaron a la tumba de su antepasado Juan I de Castilla, vencido por los portugueses en Aljubarrota, aproximadamente cien años antes. En el lugar donde descansaban sus restos, Isabel colgó el roto y sangriento estandarte ganado a Alfonso V en Toro.

Antes de dejar Toledo, Isabel compró varias casas situadas entre las dos puertas, las hizo demoler y después ordenó que se desmontara el terreno para levantar allí el monasterio franciscano de San Juan de los Reyes, en cuya construcción iba a emplear varios años. Sus cuatro bóvedas, talladas con el delicado y variado encaje de piedra, se conservan aún como un monumento a su amor de toda la vida por Fernando. Nunca se cansó de enviar cálices de oro, alhajas, trofeos, tapicerías y pinturas a la iglesia, y en cada uno de esos objetos pueden encontrarse las armas de

Castilla y Aragón y las iniciales de Isabel y Fernando entrelazadas.

De Toledo, los soberanos siguieron a Madrid. Allí les esparaban varias noticias inquietantes. El nuevo rey de Granada, Muley Abul Hasán, se había negado a enviarles el acostumbrado tributo exigido por ellos, y se creía que estaba preparándose para la guerra. Esto hubiera agradado mucho a Isabel y Fernando más adelante, porque una de sus principales ambiciones era librar a España de la dominación árabe. Pero no había llegado todavía la hora en que podrían afrontar una lucha tan costosa. Entretanto, un nuevo ejército portugués invadía el oeste de Castilla, y se decía que Alfonso V había ido a París para obtener la ayuda de Francia y que había sido recibido con grandes honores por Luis XI. En las ciudades del Sur todavía reinaba la más salvaje anarquía.

Isabel propuso que, mientras Fernando aplastaba a los rebeldes que aún quedaban en el oeste de Castilla y Cárdenas iba a enfrentarse a los portugueses, ella se dirigiría al sur de Extremadura para pacificar el país. A esto el rey y el consejo se opusieron enérgicamente. Decían que no había ciudad o pueblo que ella pudiera usar como base de operaciones, porque todas las fortalezas estaban en manos de algún tiranuelo cuyos crímenes eran tan notorios, que no se atrevería a someterse por miedo de ser colgado. Proponían que ella permaneciera en algún lugar seguro, como Toledo, hasta que el rey y Cárdenas volvieran.

La reina escuchó su consejo, y, como de costumbre, serenamente anunció su propia decisión: «Siempre he oído decir que la sangre, como una buena ama de casa, acude a reparar la parte del cuerpo que recibe algún daño. Los reyes que quieren reinar deben trabajar, y no puede un buen rey sufrir con paciencia el oír continuamente que los portugueses combaten como enemigos y los castellanos como tiranos. Creo que mi señor debe ir a esos lugares al otro lado de las montañas y yo a Extremadura... Es cierto que hay algunos obstáculos para mi idea, como bien decís. Pero en todos los negocios humanos hay cosas ciertas y dudosas, y ambas están en las manos de Dios, que acostumbra llevar a buen fin las causas que son justas y en las que se trabaja con diligencia.»

El rey y el consejo accedieron, sabiendo bien que cuando la reina hablaba de tal manera, cualquier otro argumento era inútil. Mientras Fernando se dirigía al Oeste, Isabel vestía nuevamente su armadura y marchaba hacia el Sur, al país de sus enemigos los nobles ladrones.

CAPÍTULO XI

Al apearse en Guadalupe, la reina Isabel ordenó a uno de sus secretarios que se adelantara y exigiera las llaves de la fortaleza de Trujillo. El alcaide respondió que no entregaría las llaves sino a su amo, el joven marqués de Villena, uno de los pocos nobles que aún desafiaban a la reina. Ésta gritó duramente: «¿E yo tengo de sofrir la ley que mi súbdito presume de ponerme? ¿E dejaré yo de ir a mi cibdad? Por cierto, ningún buen rey lo fizo, ni menos lo faré yo.»

Hizo traer artillería pesada y tropas de Sevilla y Córdoba con el propósito de arrasar las murallas de Trujillo. Entretanto, se apoderó de Madrilejo, notoria madriguera de ladrones; y cuando la guarnición la abandonó, ordenó a sus artilleros tirar contra los muros y torres hasta que no quedó piedra sobre piedra. Este ejemplo asustó a los tiranuelos de la vecindad, y muchos de ellos se sometieron a la resuelta reina. Apareció entonces el joven marqués de Villena ofreciendo la entrega de Trujillo bajo ciertas condiciones.

«No puede haber discusión —dijo la reina— mientras no tenga yo las llaves de Trujillo.»

Villena ordenó luego a su alcaide que se rindiera, e Isabel entró en la ciudad triunfalmente. Luego continuó su marcha hacia Cáceres, donde puso fin a una sangrienta contienda sobre una elección, dejó guarniciones en Badajoz y otras ciudades y siguió a Sevilla.

Sevilla era una de las más importantes y bellas ciudades de Andalucía. Tomada a los moros por San Fernando, seguía siendo una ciudad mora; era un endiablado laberinto de angostas y tortuosas calles y callejuelas bordeadas de blancas casas de un solo piso y adornadas con alegres flores y patios con fuentes,

donde sus habitantes vivían la mayor parte del año. Era una ciudad sensualmente encantadora, que parecía hecha para ser una perpetua tarde de verano perfumada con el aroma de los azahares y la música de guitarras y castañuelas y el cantar y reír de hombres y mujeres. No obstante, esta ciudad, en 1447, se consumía por las guerras y la corrupción de las costumbres, y vivía sobrecogida por el odio y el temor. Dos eran las causas fundamentales de estas discordias. Una, la incapacidad del gobierno de Enrique, que había envalentonado a los nobles, los cuales hacían justicia con sus propias manos, al extremo que durante tres años, dos de los más poderosos nobles del Sur, el duque de Medinasidonia y el joven don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, habían librado batallas campales dentro y en los alrededores de la ciudad, sin tener en cuenta el daño causado a la vida y propiedades de los ciudadanos. La otra causa era racial, o, con más exactitud, religiosa. Existía en Sevilla un gran barrio judío, o judería, aunque la vieja ley que obligaba a los judíos a vivir en él no se cumplía. Mucho más numerosos, no obstante, eran los judíos que vivían como conversos entre los cristianos —a los que estaban unidos por casamiento—, y que ejercían los oficios más lucrativos y de mayor influencia, que eran dueños de las propiedades más valiosas de la ciudad y percibían grandes ingresos —como lo hacían algunos de los judíos de la Sinagoga— del préstamo de dinero o del activo mercado de esclavos en el que los moros y negros de Africa eran comprados y vendidos.

«Los judíos españoles diferían poco de la población cristiana en lo tocante a costumbres y educación —dice la *Jewish Encyclopedia*—. Eran amantes del lujo, y las mujeres llevaban costosos trajes con largas colas, y también joyas valiosas; lo cual daba ocasión a que aumentase el odio del pueblo hacia ellos. Eran pendencieros e inclinados al robo, y a menudo se acometían e insultaban unos a otros, aun en las sinagogas y casas de oración, hiriéndose frecuentemente con el espadín o la espada que acostumbraban llevar.» Lo mismo ocurría con los conversos o marranos, pero estos últimos eran aún más odiados, porque en su condición de «cristianos», dominaban actividades de las que eran

excluidos los judíos.

Parece que la reina Isabel no tenía prevenciones contra los judíos como raza. El problema, tal como ella lo planteó, fue más bien religioso que racial. Durante toda su vida colocó en cargos de confianza a ciertos judíos a quienes creía eran sinceros en su profesión de católicos cristianos. Repetidamente protegió a los judíos de la Sinagoga contra la furia del populacho. Creía, no obstante, que un número de los conversos eran en realidad judíos encubiertos que iban a misa los domingos, sólo por razones comerciales o sociales, y a la Sinagoga el sábado, mientras no perdían ocasión de blasfemar de las más agradas verdades de la religión cristiana y ridiculizarlas, socavando la fe, que era la base moral del pueblo entre el que vivían. Isabel buscó el medio de restringir las actividades de tales falsos cristianos, salvándolos al mismo tiempo de las periódicas matanzas de que los hacía objeto el populacho explotado. Era difícil habérselas con ellos, porque cuando un judío se declaraba cristiano, nadie podía decir con certeza si era sincero o no. Había, sin duda, muchos judíos sinceros católicos que debían ser protegidos contra los errores del populacho y contra los intentos de sus amigos judíos para ganarlos a la Sinagoga.

Por esa época se le sugirió a la reina que estableciera la Inquisición en Castilla. Dio traslado del asunto al venerable obispo de Cádiz, pidiéndole que investigara la situación en Sevilla y le informara al respecto. Mientras tanto, se propuso terminar su modo, con las leyes existentes, el estado de crímenes que reinaba en Sevilla. Anunció que todos los viernes, siguiendo la costumbre de sus antepasados, presidiría un tribunal público, y administraría justicia rápida y gratuita en todas las causas criminales o civiles. El relajamiento y la corrupción de los tribunales de Sevilla la obligaba a ello.

Cuando la reina entró en la ciudad, una mañana de julio de 1477, las calles estaban guarnecidas con ricos y antiguos tapices, extendidos de trecho en trecho. El cortejo real, reluciente de alhajas, púrpura y telas de oro, avanzó en una suave sombra multicolor, sobre un suelo sembrado de jazmines y rosas pro-

cedentes de los innumerables jardines. Isabel fue primero a la catedral, como era la costumbre, para dar gracias a Dios e implorar su ayuda. Luego siguió hasta el Alcázar, antiguamente palacio moro, y caminó entre jardines donde las empenachadas palmeras se cimbraban sobre granados cargados de frutos color de sangre y naranjos llenos de esferas de oro. Finalmente se sentó, pensativa y grave, en el sitial de juez de San Fernando en la sala de los embajadores. Allí resolvió devolver la paz a la risueña Sevilla. Mientras los prohombres de la ciudad iban de un lado a otro preparándolo todo para agasajarla con fiestas, banquetes y corridas de toros, ella pensaba serenamente en colgar a algunos de estos prohombres. En cuanto a las corridas de toros, que ella despreciaba tan intensamente, al punto que las prohibió por decreto real, cuando descubrió que los andaluces las amaban tanto, las permitió, pero sólo bajo la condición de que los toros tuvieran cuernos falsos, embolados, sujetos a las cabezas.

Todos los viernes, durante los dos meses siguientes, cualquiera que tuviera algún agravio se dirigía a la entrada de la sala de los Embajadores, donde la joven reina se hallaba sentada sobre un estrado tapizado de género de oro, contra un fondo de vidriadas baldosas moras llamadas azulejos. Así que cada petición era recibida por sus cuatro secretarios, la encomendaba a uno de sus consejeros, que estaban sentados a un lado, más abajo que ella, con instrucciones de que examinaran la prueba diligentemente y dieran su veredicto en el plazo de tres días. La reina personalmente se evocaba al estudio de todos los casos dudosos y de todas las apelaciones de sus jueces. Los soldados comenzaron a traer a los malhechores, grandes y pequeños, ricos y pobres, de todas partes de la ciudad y sus suburbios. Asesinos y otros muchos delincuentes fueron colgados sin mayores ceremonias, después de darles tiempo para confesar. Grandes cantidades de bienes robados fueron devueltos a sus legítimos dueños.

Cuando se dieron cuenta de que la reina era de una severidad terrible, algunos poderosos comenzaron a ofrecerle sobornos para tratar de ablandarla. Pero Isabel era inexorable, poco más tarde aun aquellos que no habían sido denunciados empezaron a huir de

sus casas por la noche. En una semana cuatro mil personas abandonaron la ciudad. Tantas familia se hallaban comprometidas, que el anciano obispo de Cádiz fu finalmente a ver a la reina, llevando con él una gran multitud de esposas, hijos, padres, hermanos y hermanas de los fugitivos. Le hizo notar que bajo un gobierno relajado como el a Enrique era natural que la naturaleza humana siguiera el camino de la menor resistencia. De ahí que en Sevilla se hallaré tal número de culpables, que difícilmente habría una casa qué no tuviera un criminal o un cómplice, en alguna forma, de crimen. Rogó a la reina misericordia, diciéndole: «Verdad es, muy excelente reina e señora, que Nuestro Señor tan bien usa de la justicia como de la piedad, pero de la justicia algunas veces e de la piedad todas veces, porque si siempre usase de la justicia según siempre usa de la piedad, como todos los mortales seamos dinos de pena, el mundo en un instante perecería... La Sacra Escriptura está llena de loores ensalzando la piedad, la mansedumbre, la misericordia y la clemencia, que son títulos e nombres de Nuestro Señor. Porque el rigor de la justicia, vecino es de la crueldad, e aquel príncipe se llama cruel, que aunque tiene causa no tiene templanza en el punir.» (Pulgar, *Crónica*, segunda parte, capítulo LXX.)

La reina escuchó pensativa el discurso del viejo prelado, y, llegando a la conclusión de que ya había alcanzado su propósito, accedió a su petición, proclamando una amnistía general de todos los crímenes, a excepción del de herejía.

Dedicó entonces su atención a la contienda entre el duque de Medinasidonia y el marqués de Cádiz, y habiendo escuchado sólo las razones del duque, montó en cólera contra el marqués, quien a estar a lo que afirmaban de él sus enemigos, era el causante de toda la anarquía de Sevilla, además de conspirar con el rey de Portugal y Villena contra sus soberanos. Isabel dio orden de que se le arrestara. En lugar de huir, el joven don Rodrigo cabalgó una tarde de agosto dirigiéndose a Sevilla, acompañado de un solo servidor, y osadamente se presentó en los departamentos de la reina. Ésta se encontró con un hombre de apenas treinta años, de mediana estatura, aunque su fuerte contextura le hacía parecer

más bajo; un hombre franco de semblante rubicundo algo marcado de viruelas; una cara enmarcada por rizado pelo rojizo y terminada en una puntiaguda barba del mismo color. Sus ojos eran francos y valientes. Fríamente soportó la mirada escrutadora de la reina.

«Vedesme aquí, reina muy poderosa, en vuestras manos —comenzó—, e si a vuestra real majestad pluguiere, mostraré mi inocencia, e aquélla vista, faga vuestra real señoría de mí aquello qué le placiere.»

Negó todas las acusaciones hechas contra él por el duque y declaró que siempre había sido un leal súbdito.

Su franqueza y valentía impresionaron tan favorablemente a la reina, que ésta prometió investigar la querella entre él y el duque y hacer justicia a ambos, bajo la condición de que los dos entregaran ciertas fortalezas que ilegalmente les había entregado Enrique IV. Comprendiendo después que no era posible reconciliar a tan orgullosos y bizarros enemigos, los confirió en sus propios estados, prohibiéndoles volver a Sevilla, bajo pena de muerte.

Fernando, que había estado ocupado en su trabajo similar en otras ciudades, se reunió, en agosto, con su esposa, en Sevilla. En octubre visitaron al duque de Medinasidonia en Sanlúcar y al marqués de Cádiz en Rota. Volvieron a Sevilla en diciembre, y el día de Navidad dieron el primer decreto real que se conoce sobre la imprenta, exceptuando de impuestos al famoso Dierck Maertens, de Lovaina, como impresor de libros, y prohibiendo que cualquiera entorpeciera su trabajo. El primer libro impreso en España había sido una colección de cantos en honor de Nuestra Señora, publicada en 1474, seguida de una edición de Salustio y una traducción de la Biblia al castellano, en 1478.

Hubo gran alegría en la ciudad y mucho repique de campanas y disparos de cañón, cuando la reina Isabel dio a luz un hijo la mañana del 30 de junio. El pequeño príncipe Juan fue llevado el 9 de julio a la catedral, cuyos grandes pilares de mármol y granito habían sido tapizados de brocados y seda de muchos colores. El real infante fue conducido hacia el interior sobre una almohada de brocado rojo al frente de una espléndida procesión, en la que

tomaron parte la corte, los embajadores extranjeros, las autoridades de Sevilla y los grandes prelados y nobles del Sur. A la cabeza iba el cardenal Mendoza, seguido por los distinguidos padrinos, el legado papal, el embajador de Venecia, el condestable de Castilla y el conde de Benavente, con acompañamiento de música de cuernos de muchísimas clases, desde el más agudo hasta el bajo más profundo. Luego se realizó una gran fiesta, durante la cual la madrina del niño, la duquesa de Medinasidonia, dio su tabardo a Alegre, el enano favorito de Fernando.

Un mes después, Isabel fue a misa para presentar el príncipe a Dios, como el niño Jesús había sido presentado por su madre en Jerusalén. Montó sobre un caballito blanco con deslumbrante silla de montar y gualdrapas de oro y plata. Su vestido de seda estaba bordado con perlas. El rey cabalgaba delante de ella, en un pequeño tordillo con jaeces de oro y terciopelo negro, y tocado de un sombrero bordado con oro.

Tres semanas más tarde hubo un eclipse total de Sol. La gente dio rienda suelta a toda clase de conjeturas sobre las causas del fenómeno. Algunos temían que presagiara daño para el pequeño príncipe Juan.

En esta época, el obispo de Cádiz entregó su informe sobre la investigación que había hecho acerca de las actividades de los conversos en Sevilla. Se confirmaban las sospechas de la reina en el sentido de que la mayoría de ellos eran judíos encubiertos que constantemente ganaban a los cristianos a las prácticas judías y llegaban «hasta predicar la ley de Moisés» desde los púlpitos católicos. El obispo veía que los tribunales ordinarios del Estado no podían distinguir entre los hipócritas conversos, que estaban minando la Iglesia y el Estado, y los judíos sinceros cristianos. Siendo tan graves los efectos de estos crímenes contra la fe en sus consecuencias para la moral pública y privada, eran tan ocultos, que se hacía difícil probarlos. Un juez común no siempre estaba en condiciones de dictar un fallo justo sobre el acusado desde el punto de vista religioso. Era necesario un tribunal compuesto de hombres instruidos en teología para juzgar sobre su ortodoxia, antes de que el Estado pudiera proceder contra él. El obispo aconsejaba que se

estableciera en Castilla la Inquisición, que había servido en una crisis parecida, tiempo atrás, en el sur de Francia.

Para comprender el rencor de los cristianos españoles contra los judíos encubiertos, que se hacían pasar por cristianos, es necesario recordar que España sostuvo una guerra contra los moros durante cientos de años, y que a los judíos, que habían incitado a los mahometanos a entrar en el país, se los había considerado siempre como enemigos internos, aliados y auxiliares constantes de los odiados moros. Y está fuera de cuestión que los judíos y los mahometanos compartían un odio común a Cristo y a su Iglesia. Dondequiera se inflamara nuevamente la guerra mora, los judíos se transformaban al punto en especial objeto de sospechas, lo mismo que los simpatizantes con los alemanes en los Estados Unidos durante la guerra mundial eran objeto de sospecha y a menudo perseguidos. Y, desgraciadamente para los judíos, era demasiado evidente que Isabel y Fernando estaban en vísperas de otro largo y peligroso conflicto con el gobierno moro de Granada.

Muley Abul Hasán acababa de negarse a pagar tributo: «Los reyes de Granada que pagaron tributo han muerto, y así están los reyes que lo recibieron.»

Isabel y Fernando, careciendo de dinero y de hombres para compelerlo a pagar, se vieron obligados a concertar con él una tregua de tres años. Apenas se había secado la tinta del tratado, cuando Muley irrumpió con cuatro mil hombres de caballería y cinco mil infantes en la Murcia cristiana, destruyó las cosechas, se apoderó de los ganados y, tomando la ciudad cristiana de Cieza después de un sitio, pasó a cuchillo a todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños.

Isabel y Fernando tuvieron que sufrir pacientemente estas atrocidades. Pero solemnemente renovaron la promesa que habían contraído cuando se casaron, nueve años antes, de no descansar mientras los moros mantuvieran algún poder en España, y estaban resueltos, si era posible, a comenzar en 1481, cuando expirara el término del tratado, la guerra a muerte por la reconquista de la

España cristiana.

Era evidente que cuando comenzara la guerra las dos bases más importantes de las operaciones serían Sevilla y Córdoba. En ambos lugares los conversos eran tan numerosos, ricos y poderosos, que se sabía que su influencia sería desastrosa para la cruzada. Isabel, por lo tanto, pensó que antes de emprende la guerra era necesario hallar algún medio que asegurara la lealtad de los judíos encubiertos. Se propuso esforzarse en ser aún más justa y misericordiosa. Cuando el cardenal Mendoza le sugirió que muchos de los conversos carecían de la oportunidad de ser debidamente instruidos en la doctrina cristiana, le autorizó a escribir un catecismo que él hizo leer y explicar en todas las iglesias de Sevilla y lugares inmediatos, en la esperanza de atraer nuevamente a la fe a los conversos que habían vuelto al judaísmo. Esta tarea tuvo ocupado a su eminencia durante dos años.

Entretanto, la reina solicitó secretamente del papa Sixto autorización para establecer en Sevilla un tribunal inquisitorial, con inquisidores nombrados por la corona, que sería conveniente tener para el caso de que ella resolviera establecer la Inquisición.

CAPÍTULO XII

Isabel era una mujer humana y caritativa. Madre de cinco hijos, aborrecía todo derramamiento innecesario de sangre humana, al extremo de no tolerar las corridas de toros, que constituían el deporte favorito de su propio pueblo. ¿Cómo podía, entonces, tal mujer establecer la Inquisición, en cuyas llamas iban a perecer, solamente en su reinado, dos mil personas descendientes de judíos/ Las observaciones comunes sobre la complejidad del carácter humano, difícilmente bastarán para explicar esta paradoja; ni va a explicarla la repetida insinuación de que estaba «dominada por el clero», especialmente si se tiene en cuenta que su confesor, en ese tiempo, descendía de judíos y no era partidario de la Inquisición. Para impulsar a mujer de esta índole a dar un paso tan radical, debió de existir algo excepcional en el conjunto de las circunstancias que la rodeaban. Porque no tenía hacia la Inquisición más afecto que el que tiene un juez o un gobernador de nuestros días hacia la silla eléctrica. Pero, como la mayor parte de la gente sensata de su tiempo, pensaba que la Inquisición era el menor de dos males. Se trataba de una prolongación de los poderes de policía del Estado para hacer frente a necesidades de tiempo de guerra. Estaba en juego la propia existencia del Estado, y el Estado tenía el deber y el derecho de protegerse. Preferiríamos no juzgarla. Pero antes de hacerlo, es preciso advertir que no se la puede juzgar con el criterio correspondiente a otros lugares o épocas, sino ver su época tal como ella la vio.

Casi todos sus biógrafos han puesto de relieve lo que ella y su gente hicieron a los judíos. Pero si la enérgica reina se hallara en condiciones de hacer su propia defensa, honradamente podría

sostener que como gobernante de un país cristiano estaba obligada también a tener en cuenta lo que los judíos habían hecho y estaban haciendo a su pueblo. No podría creer que la versión judía de la historia de una civilización que ellos odiaban fuera aceptada como expresión imparcial y definitiva. En cuanto cristiana, repudiaba la persecución, pero en cuanto monarca, debía hacerlo por sus súbditos, para protegerlo de todos sus enemigos internos o externos. Y entre estos enemigos contaba a los judíos. La misma ceguera espiritual que los había llevado a negar y crucificar al Mesías, los había impulsado después, en su aberración, a hacer lo posible por destruir la Iglesia que Él había fundado y llevar a la ruina y a la esclavitud a toda sociedad que se basara en sus enseñanzas. Fueran donde fueran, estos infelices, como sentenciados a repetir los mismos errores hasta que reconocieran a Jesús como el Cristo, probaban la verdad de las profecías: «No vine a traeros la paz, sino la espada... Aquel que no está conmigo, está contra mí.» Adondequiera que fueron, en todos los tiempos, cumplieron el mismo ciclo de experiencia: tolerancia, prosperidad, persecución. Siempre hicieron causa común con los enemigos de la Iglesia católica y de la paz y el orden cristianos. Intentaron dar muerte a los primeros cristianos, que eran judíos. Apedrearon a San Esteban hasta matarlo, clamaron por la sangre de San Pablo y pidieron la cabeza de Santiago. A causa de las violencias que emplearon contra los primeros cristianos de Roma, el emperador Claudio los expulsó de la ciudad ([1]). Asesinaron a noventa mil cristianos cuando los persas tomaron Jerusalén, y fueron la causa

[1] La primera persecución de cristianos bajo el Imperio romano fue seguramente instigada por los judíos. Hasta hace pocos años, los historiadores aceptaban afirmaciones de Tácito, en el sentido de que Nerón arrojaba a los discípulos de Cristo a los leones para desviar las sospeche que recaían sobre él, después de haber incendiado a Roma. Pero la erudición moderna, sirviéndose de otras fuentes (Suetonio. Clemente di Roma. Tertuliano). ha demostrado que la persecución nada tenía que ver con el Incendio. Se sabe que Popea, la mujer de Nerón, protegía a los judíos, y que probablemente era judía. Varios historiadores recientes, dignos de crédito, sostienen que los judíos de Roma, valiéndose de ella y de otros de su misma religión en la norte imperial, dirigieron la atención de Nerón hacia los cristianos. y lo persuadieron de que eran culpables de diversos crímenes. Véase: León Hardy Canfield. *The Early Persecution of the Christians*. Nueva York. 1913; J. F. Bacchus. *The Neronian Persecution*, en *Dublin Review*, 1908, págs. 287 y sigs.; Allard, *Histoire des persécutions pendant les deux premières siècles*, París. 1903, págs. 42 y sigs.; E. Tb. Klette, *Die Christenkatastrophe unter Nero*, Tubinga, 1907, pág. 18; y las otras referencias dadas por Canfield en su interesante y erudito estudio. Los eruditos judíos admiten la animosidad de los judíos contra los cristianos y la extraordinaria preferencia de Popea hacia los primeros: por ejemplo: Véase Ismar Elbogen, *History of the Jews*, Berlín, traducción inglesa, Cincinnati, 1926.

de que otros treinta y cinco mil fueran arrastrados a la esclavitud. Y en todos los países —hecho del que los escritores judíos todavía se jactan— fomentaban entre los cristianos estas divisiones llamadas herejías. Fue entre los judíos de la Meca y Medina donde Mahoma desarrolló la nueva secta que iba a ser el azote de la cristiandad durante mil años. Y fueron los judíos de España, como lo hace constar la *Jewish Encyclopedia*, quienes instaron a los mahometanos a introducirse en la Península y apoderarse de las propiedades y vidas de los cristianos. «Bajo la dominación tolerante de los mahometanos —escribe Lewis Browne, judío de nuestra época— los judíos comenzaron a prosperar. Los que durante siglos habían sido ultrajados mendigos, fueron luego mercaderes ricos y poderosos, e iban por todas partes, de Inglaterra a la India, de Bohemia a Egipto. La mercancía que con más frecuencia explotaban en esos días eran los esclavos. En las grandes vías, en los grandes ríos y en el mar se veía siempre a los mercaderes judíos llevando convoyes de prisioneros engrillados.»

Pero, como es natural, para los judíos nunca debió existir una Inquisición. La herejía albigense, cuyo propósito de destruir la Iglesia católica, en el caso de haber tenido éxito, habría corrompido y demolido toda la estructura social de Europa, había surgido en la parte sur de Francia, que se llamó *segunda Judea* porque su población judía era sumamente numerosa e influyente. «Si se conociese bien la verdad —dice Lewis Browne—, probablemente se sabría que los instruidos judíos de Provenza eran en gran parte responsables de la existencia de esta secta de librepensadores. Las doctrinas que los judíos habían estado esparciendo por el país durante años, no podían menos de minar el poder de la Iglesia. Fue para hacer frente a las cuestiones promovidas por los albigenses o cátaros para lo que se estableció en un principio la Inquisición.»

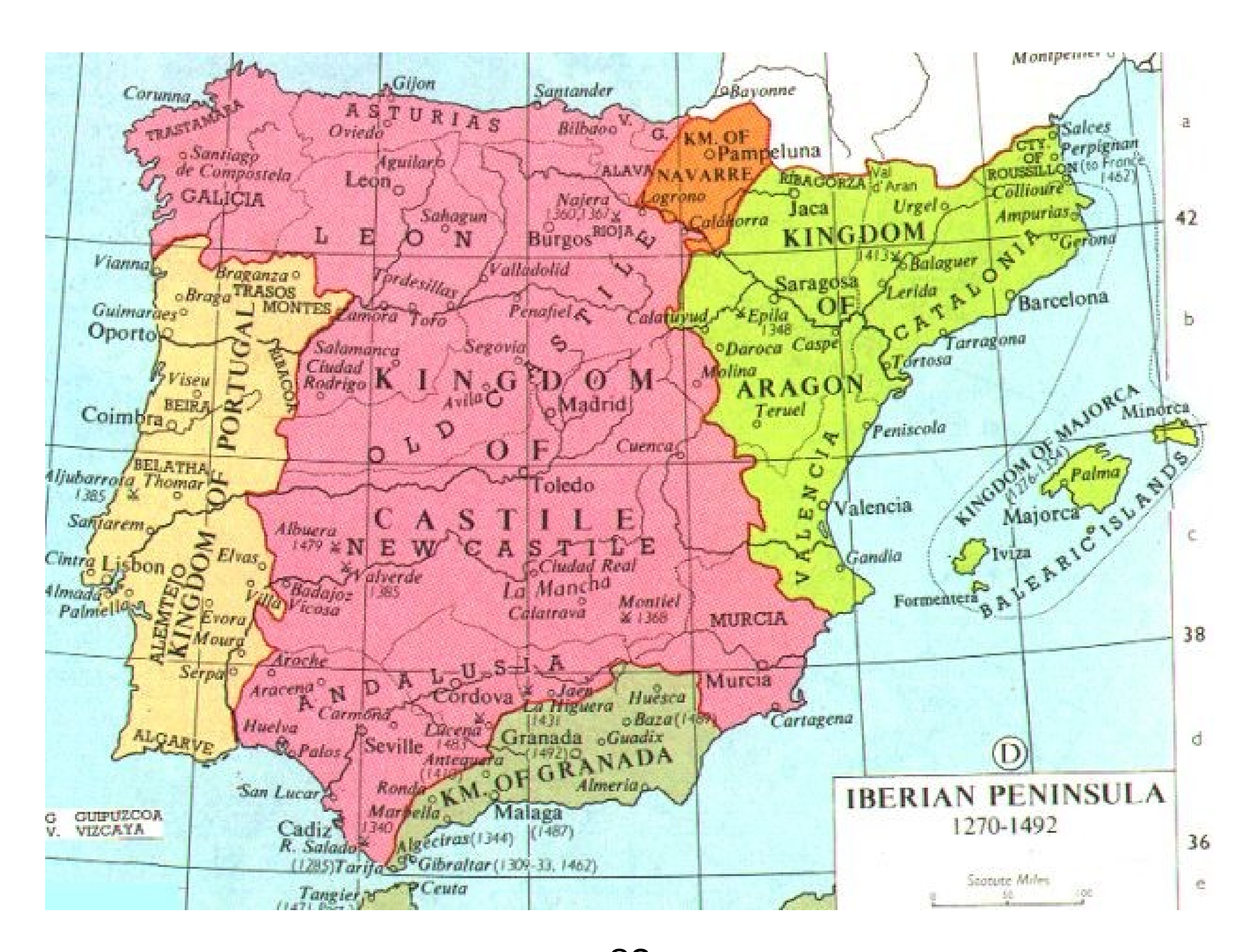
Estos sectarios eran maniqueos pesimistas que enseñaban que la vida era una cosa diabólica, siendo una creación del diablo y no de Dios; que el matrimonio, por lo tanto, era una cosa endemoniada, ya que propagaba la vida, y que una mujer embarazada estaba poseída por el demonio. Enseñando y practicando el suicidio como dogma, frecuentemente se ahogaban o se

dejaban morir de hambre, llegando al extremo de matar criaturas. Tales ideas y prácticas suponían una seria amenaza para la Iglesia y el Estado. Y como los tribunales ordinarios del Estado no podían poner término al peligro, el papa Gregorio IX, uno de los estadistas más grandes de todos los tiempos, permitió el establecimiento de los tribunales de la Inquisición, en los cuales los dominicos, bien versados en teología, resolvían si las opiniones de los acusados eran o no contrarias a las enseñanzas de Cristo y su Iglesia y si pertenecían al peculiarmente siniestro y antisocial grupo de los cátaros. En cuanto a los judíos, que habían fomentado la formación de la secta, se mantenían alejados de ella, y así escapaban al castigo de la Inquisición, pero no a la cruel venganza del populacho enfurecido, que de tiempo en tiempo caía sobre ellos.

La Inquisición propiamente dicha nunca condenó a nadie a muerte. Cuando los inquisidores iban a alguna ciudad, conminaban a todos los herejes a confesar dentro de un plazo fijado, comúnmente de treinta días. Todos aquellos que se presentaban y abjuraban de sus creencias y prácticas antisociales, eran tratados benignamente. Se necesitaban dos testigos para declararlos culpables de herejía. El acusado no tenía testigos de descargo, porque nadie se atrevía a declarar en favor de un sospechoso de herejía, por temor a que sospecharan también de él. El acusado estaba autorizado a denunciar a todos sus enemigos, y si entre los nombres de sus acusadores estaba alguno de aquéllos, su testimonio era rechazado. El detenido declarado culpable que rehusaba abjurar, era entregado por los inquisidores al Estado, que procedía entonces con él como si se tratara de un traidor. En la práctica, de cada cien acusados eran condenados a muerte dos personas. A otros se les daban penitencias. Algunos eran encarcelados. Otros salían en libertad. La tortura era usada como último recurso —el estrapado o el potro, ambos crueles tormentos —, pero se hicieron esfuerzos para restringir su uso. Eymeric, uno de los más famosos inquisidores, decía que la tortura era un procedimiento inseguro e ineficaz para descubrir la verdad, y recomendaba que fuera usada con extrema prudencia y sólo después de cuidadosas consideraciones. Los tribunales de la

Inquisición eran generalmente más humanos que los tribunales civiles, todos los cuales empleaban la tortura. Evidentemente, en algunos casos, personas inocentes fueron obligadas a confesar por medio de la tortura. Y hombres crueles y fanáticos, sin lugar a dudas, cometieron algunas atrocidades. Pero, en general, los jueces de la Inquisición eran elegidos con gran cuidado y probablemente resultaban ser más inteligentes y escrupulosos que los jueces de los tribunales del Estado.

Isabel se preguntaba si la Inquisición tendría éxito en Castilla, donde tantos judíos, haciéndose pasar por católicos, trataban, en forma más o menos secreta, de minar y destruir la fe católica. Daba vueltas en su cabeza al problema, mientras andaba a lo largo del río, entre Sevilla y Córdoba.



CAPÍTULO XIII

Con las mismas medidas drásticas que habían dado tan buen resultado en Sevilla, la reina puso fin a la anarquía dominante en Córdoba, y luego dedicó su atención a otros asuntos. Se la informó que Carrillo estaba incitando a Alfonso V para que llevara a cabo una segunda invasión de Castilla. Isabel, en represalia, embargó sus rentas y manifestó que pensaba pedir al papa que lo destituyera. Carrillo, traicionado por sus amigos, se vio obligado a pedir perdón a la reina, quien una vez más lo perdonó, permitiéndole que se retirara a sus estados.

Alfonso V ya no era una seria amenaza para Castilla. Habla ido a Francia con la esperanza de obtener la ayuda de Luis XI, pero el Rey Araña había sido ya ganado a la causa de Fernando e Isabel, cediendo a las proposiciones que le había formulado aquel hábil hombre de Estado que era el cardenal Mendoza, y en 1479 terminó un tratado de paz en San Juan de Luz. Cuando Alfonso se enteró de que Luis lo había traicionado, escribió a Portugal abdicando el trono y declarando que iba a ingresar en un monasterio. Cambió de parecer y llegó a su país a tiempo de ver a su pueblo celebrando la coronación de su hijo. Pero don Juan, respetuosamente, permitió a su padre que ascendiera nuevamente al trono.

El orgullo de Alfonso habría prolongado la lucha con Castilla indefinidamente de no haber sido persuadido por su cuñada, doña Beatriz, de que debía entrar a negociar la paz. Alentada en su proyecto por el papa Sixto, doña Beatriz escribió secretamente a Isabel, pidiéndole una entrevista, en la que tal vez «con la ayuda de Dios y de la gloriosa Virgen su madre, encontrarían un medio para restablecer la paz y la concordia» para los dos reinos. Isabel,

aunque tenía un hijo de ocho meses de edad y esperaba un tercer hijo en noviembre, y a pesar de que las tropas de Alfonso invadían nuevamente su territorio matando a sus súbditos, fue a Alcántara para entrevistarse con su tía. Después de varios días de conversaciones, las dos inteligentes mujeres redactaron un tratado en el que se establecía que Alfonso abandonaba sus pretensiones sobre Castilla, renunciando para siempre a casarse con la Beltraneja, quien debía consentir en casarse con el príncipe Juan cuando éste tuviera edad suficiente, o entrar en un convento. El príncipe Alfonso, el menor de los hijos del rey de Portugal, casaría con la princesa Isabel, entonces de nueve años de edad. Doña Beatriz necesitó nueve meses para persuadir a Alfonso a que aceptara tan humillante documento, lo que pudo hacer con la ayuda de don Juan, quien llanamente dijo a su padre que la guerra contra Castilla había sido injusta y que todas sus desgracias eran un castigo de Dios. La paz fue concluida, al fin, e Isabel no tuvo más que temer del lado del Oeste.

Aún constituían un motivo de preocupación para ella sus enemigos del Sur y la situación general de Europa. Era perfectamente evidente que los mahometanos estaban resueltos a llevar a cabo su intento de conquistar toda Europa. En 1479, Mohamed II, el Gran Turco, atacó desde el mar la isla de Rodas, desolándola. Nadie sabía sobre qué punto llevaría a cabo su próximo ataque. Y cuando la tregua con Granada expiró, en 1481, los moros de ella probablemente habrían de unirse a la general ofensiva contra la cristiandad. Isabel comprendió que no había tiempo que perder. Después del nacimiento de su tercera hija, la desventurada Juana la Loca, en noviembre de 1479, se dirigió a Toledo, y allí, en unas Cortes que se reunieron en la primavera de 1480, concentró en sus propias manos los últimos hilos del poder e hizo todopoderosa a la corona. Reorganizó el Consejo Real, introduciendo letrados y otros representantes de la clase media para restringir el poder de los grandes nobles. Dividió su gobierno en cinco departamentos, que mantenían contacto con funcionarios locales, unificando la administración en todas partes. Además, hizo compilar un nuevo y más completo cuerpo de leyes, que significó

un gran adelanto con relación a los promulgados por sus antepasados.

Luego se propuso llevar a cabo la tarea más impopular: la de recobrar las últimas tierras y beneficios ilegalmente otorgados a los nobles por el rey Enrique. Confió esta desagradable tarea a fray Hernando de Talavera, quien procedió en forma tan imparcial, que incluso gravó con pesados impuestos a los parientes del rey Fernando, enriqueciendo así el tesoro real en cerca de treinta millones de maravedíes. Cinco años atrás, una medida de esa naturaleza habría sido la señal para una revolución, pero Fernando e Isabel se habían convertido en monarcas absolutos.

En su vida privada, Isabel era humilde y devota. Siguiendo el consejo del cardenal Mendoza, eligió confesor a Talavera. Era éste el prior del convento de Santa Maria, un hombre santo e ilustrado, cuyos abuelos habían sido judíos conversos. Cuando por primera vez fue a confesarse con él, éste se sentó en una silla e indicó a la reina que se arrodillara a su lado. Esto era algo nuevo para Isabel, cuyos confesores, en prueba de respeto, se habían siempre arrodillado al lado de ella, y dijo sorprendida: «Reverendo padre, es costumbre que ambos nos arrodillemos.»

«Hija mía —replicó fray Hernando—, el confesonario es el tribunal de Dios, en el que no hay reyes o reinas, sino hombres pecadores; y yo, aunque indigno, soy su ministro. Es justo, por lo tanto, que yo esté sentado y vos arrodillada.»

La reina se arrodilló y confesó sus pecados. Luego dijo: «Éste es el confesor que yo buscaba.» Y durante muchos años fue Talavera su director espiritual.

No obstante, en su actuación pública, insistía sobre el respeto a que era acreedora la corona, tanto para ella como para el rey Fernando. Una noche en que se había retirado temprano, mientras el rey, en la habitación contigua jugaba una larga partida de ajedrez con su tío el almirante don Fadrique, la reina oyó exclamar al hidalgo: «¡Ajá!, he ganado a mi sobrino.»

Echándose rápidamente un manto sobre sí y desde detrás de los tapices de la puerta, Isabel dijo fríamente: «Don Fadrique, mi

señor el rey no tiene ni parientes ni amigos, sino simplemente siervos y vasallos.»

Y cuando el hijo del almirante, que llevaba su mismo nombre, tuvo una disputa en el palacio de la reina con el joven Ramiro Núñez de Guzmán, fue tan severa con él como si no hubiera estado emparentado con la familia real, ordenándole que permaneciera en casa de su padre y no saliera de ella sin su permiso. Mientras tanto, daba a don Ramiro un salvoconducto. Pocos días después, don Ramiro fue atacado por hombres enmascarados y rudamente golpeado. Convencida la reina de la culpabilidad del joven don Fadrique, montó a caballo, a pesar de la copiosa lluvia, y anduvo veinte millas hasta Simancas, donde exigió al almirante la entrega del reo. Cuando éste le explicó que su hijo no se encontraba allí, la enfadada reina le sacó las llaves de su propio castillo y volvió a Valladolid. Al día siguiente, la reina se sintió tan mal, que no pudo levantarse de la cama, pero persistió en la búsqueda de don Fadrique, y cuando fue encontrado, lo hizo conducir por las calles y encerrarlo incomunicado, como a un vulgar criminal. La única concesión que hizo al rey Fernando, quien intercedió en favor de su pariente, fue la de desterrar a don Fadrique a Sicilia.

Isabel y Fernando terminaron exactamente a punto la organización de su gobierno, pues, luego de expulsado de Rodas, en 1480, Mohamed II, gracias al valor de los caballeros de San Juan, aquél consternó a toda Europa desembarcando en las costas de Italia y asolando sus huestes las costas de Apulia, hasta tomar por asalto, el 11 de agosto, a la ciudad de Otranto, en el reino de Nápoles. De sus veintidós mil habitantes, se apoderaron de doce mil, a los que, después de amarrarlos con sogas, los asesinaron, así indefensos, en medio de terribles torturas. Mataron a todos los sacerdotes de la ciudad. Cortaron en dos al viejo arzobispo de Otranto, a quien encontraron rezando frente al altar. En una colina de las afueras de la ciudad, hoy conocida con el nombre de Colina del Martirio, hicieron una carnicería de muchos cautivos que rehusaron convertirse a la religión mahometana, arrojando sus cadáveres a los perros.

El papa Sixto hizo un llamamiento a los príncipes italianos en estos solemnes términos:

«Si los creyentes, especialmente los italianos, quieren preservar sus tierras, sus casas, sus mujeres, sus hijos, su libertad y sus vidas; si desean conservar la fe en la que hemos sido bautizados y por la que somos salvados, dejadlos por lo menos creer en nuestra palabra, dejadlos tomar sus armas y luchar.» La apatía de los príncipes italianos era increíble. El rey Fernando de Nápoles estaba en guerra con Florencia, y su hijo Alfonso, duque de Calalesia, se hallaba a ciento cincuenta leguas de distancia, luchando en la guerra de Toscana. Alfonso se arrojó frenéticamente a la defensa de sus dominios, y casi sin ayuda, excepto la del papa Sixto, que había fundido sus vasos sagrados a fin de obtener dinero para la cruzada, sitió a los turcos en Otranto y reconquistó la ciudad.

Enterada Isabel de las atrocidades de Italia, inmediatamente envió toda la flota de Castilla, compuesta de veintidós barcos, a las aguas italianas para colaborar en la reconquista de Otranto y proteger el reino de Sicilia, perteneciente al rey Fernando. Después envió comisionados reales a las ciudades del Norte, con el objeto de crear una flota suficientemente poderosa para expulsar a los turcos de los mares.

El pánico comenzó a propagarse por los reinos españoles. La gente se preguntaba qué sucedería si los turcos venían del Este y los moros de Granada tomaban la ofensiva en el Sur contra Andalucía. Evidentemente, Castilla estaba en vísperas de la guerra. Iba a ser una guerra en la que se haría necesario recurrir a todas sus energías. Y todavía había enemigos secretos dentro de sus puertas, que se habían enriquecido a costa de su abundancia y demostrado en el pasado su simpatía hacia los odiados y temidos mahometanos. Isabel comprendía que había llegado el momento de establecer aquella unidad que toda nación en estado de guerra considera indispensable. El desembarco de los turcos en Italia había sellado la suerte de los conversos de Castilla, que constituían una nación dentro de otra nación. No habían transcurrido aún seis semanas desde la caída de Otranto, cuando

la reina Isabel decidió valerse del permiso que le había otorgado el papa Sixto, dos años antes, para establecer la Inquisición, y el 26 de septiembre de 1480, ella y Fernando dieron un decreto haciéndola efectiva. La doble signatura. «Yo, el rey, yo, la reina», marcó el comienzo del último capítulo de la lenta resurrección de la España cristiana, y de uno nuevo y triste en los desgraciados anales de los hijos de Israel.

CAPÍTULO XIV

Quien pueda conocer la historia de los judíos, comenzará quizá a comprender la historia del mundo. Esta extraordinaria raza, dotada de inteligencia, voluntad y notable solidaridad, que generalmente resiste a todos los intentos de asimilación, ha repetido su extraña aventura en todos los países y en todas las épocas. Cada cierto tiempo, estos vagabundos, que parecen haber sido milagrosamente preservados como testigos, a pesar de ellos, de la Crucifixión, se han introducido en un país, pobres y desgraciados, donde han sido recibidos bondadosamente, obteniendo riquezas y poder sobre sus vecinos, con rapidez asombrosa, y finalmente, cuando han estado a punto de construir una nueva Jerusalén sobre las ruinas de la civilización en cuyo corazón penetraron, han sido expulsados por los más numerosos, los *goym*, viéndose despojados de sus privilegios, a menudo con la mayor barbarie y crueldad. Esto ocurrió en el reino mahometano de Fez, y también en la ciudad mahometana de Granada, que en un tiempo fue llamada *la ciudad de los judíos*, hasta que los moros se levantaron contra ellos, el 30 de diciembre de 1066, y asesinaron a cuatro mil, mientras uno de los califas expulsaba a todos los judíos de Granada.

Algo muy similar ocurría en la España cristiana medieval. Se discute si los judíos llegaron por primera vez a España luego de la destrucción de Jerusalén, profetizada por Cristo, o si ya estaban allí antes de la Crucifixión. Seguramente había ya un gran número de ellos al comienzo de la era cristiana, bajo el dominio de los visigodos arios, que eran cristianos, pero no católicos. Después que se comprobó que estaban conspirando para introducir a los árabes de Africa a fin de terminar con el reino godo, fueron

condenados a la esclavitud, y aun luego de liberados fueron reprimidos con crueles disposiciones por el código visigodo. A pesar de todo esto, prosperaron, y al comenzar el siglo VIII eran tan ricos y poderosos en todas las principales ciudades, que cuando en 709 los sarracenos llegaron, finalmente, incitados por ellos, de África, los judíos españoles abrieron sus puertas a los conquistadores y fueron recompensados con el cargo de gobernadores en Granada, Sevilla y Córdoba. En el nuevo Estado musulmán alcanzaron un alto grado de prosperidad y cultura. La gradual reconquista de la Península por los cristianos, que desde tiempo atrás habían vuelto al redil católico con la desaparición de la vieja herejía arriana, no molestaba a los judíos. Cuando San Fernando reconquistó Sevilla en 1224, les entregó cuatro mezquitas moras para que las convirtieran en sinagogas, autorizándolos a establecerse en los mejores lugares y exigiéndoles sólo que se abstuvieran de insultar a la religión cristiana y de propagar su culto entre los cristianos. Los judíos no cumplieron ninguna de esas condiciones; más aún: varios de los últimos reyes, especialmente aquellos de fe tibia o los necesitados de dinero, se mostraron con ellos muy condescendientes, y Alfonso VIII nombró a uno de ellos su tesorero.

Al final del siglo XIII, los judíos eran tan poderosos en los reinos cristianos, que casi habían paralizado la Reconquista. Su número era importante respecto a la población total anterior a 1348: cerca de cincuenta mil en la Corona de Aragón, de un millón de habitantes, y unos doscientos mil en Castilla, de cinco a seis millones de almas. Tan grande era su influencia, que las leyes contra los blasfemos no podían hacerse efectivas contra ellos. Era tan notorio que se encontraban por encima de la ley, que algunos de los albigenses, llegados del sur de Francia a España, se hacían circuncidar para predicar libremente como judíos la herejía por la cual habían sido castigados como cristianos.

En una Europa donde se repudiaba la usura como un pecado, porque como tal la Iglesia católica la había considerado siempre, los judíos eran los únicos banqueros y prestamistas, y poco a poco el capital y el comercio del país pasó a sus manos. Generalmente

cobraban el 20 por 100 en Aragón y el 33 % por 100 en Castilla, y durante el hambre de 1326 exigieron el 40 por 100 de interés en un préstamo de dinero concedido a la ciudad de Cuenca para comprar trigo. Los ciudadanos que debían pagar impuestos, los agricultores que carecían de dinero para comprar semilla para sus siembras, y los ciudadanos presos por la avaricia de un noble, caían desesperados en manos de prestamistas judíos, transformándose en sus esclavos económicamente. Los judíos llegaron también a mediatizar el gobierno, prestando dinero a los reyes. El pueblo los odiaba, porque a menudo compraban a los reyes el privilegio de cobrar los impuestos y despojaban a los ciudadanos de todo lo que podían. De cuando en cuando ocurría una matanza. Para evitar esos males, la Iglesia trataba de impedir el empleo de judíos en las oficinas públicas, pero a menudo era en vano, porque ciertos reyes encontraban más conveniente pedir prestado a los judíos que escuchar al pueblo o a la Iglesia. Durante el reinado de Pedro *el Cruel* de Castilla, denunciado por el papa Urbano I como amigo de judíos y moros y asesino de cristianos, los judíos tenían en sus manos la intervención de cuentas del gobierno, que conservaron hasta que Pedro fue muerto por Enrique de Trastámara, tatarabuelo de la reina Isabel.

Cuando la peste negra diezmó en dos años la mitad de la población de Europa, los judíos sufrieron más que el resto, porque el populacho, enloquecido, los acusó de haber ocasionado la peste envenenando los pozos, y comenzó en toda Europa a darles muerte. El papa Clemente VI denunció como calumniosas las acusaciones contra los judíos, destacando el hecho de que la plaga había sido igualmente mortal donde no vivía ningún judío, y severamente amenazó con la excomunión a los fanáticos. Pero las turbas continuaron la matanza de judíos.

En Castilla, en 1391, varios miles de judíos fueron asesinados. Como consecuencia, muchos se convirtieron al cristianismo, llamándoseles conversos o marranos. Treinta y cinco mil fueron convertidos por la maravillosa elocuencia de San Vicente Ferrer, que viajó a través de España predicando. Después de uno de sus sermones, cuatro mil fueron bautizados en Toledo en un solo día.

De ese modo se transformaron en una nueva clase de judíos cristianas, alguno de los cuales fueron sinceros, pero gran número de ellos, aunque oían misa el domingo, secretamente continuaban yendo a las sinagogas y comiendo carne al uso judío.

Como cristianos profesos, los judíos encubiertos se hallaban ahora libres de las restricciones impuestas a sus hermanos de la Sinagoga y podían contraer matrimonio con las familias principales de España. Además, se les abría un nuevo y muy importante campo, porque como «cristianos» podían hacerse sacerdotes o consagrar sus hijos a la Iglesia para probar su lealtad a su nueva religión, con el resultado de que en la época de Isabel, dominaban y explotaban la Iglesia católica de España en grado asombroso. Muchos de los obispos eran descendientes de judíos. Había en España muchos sacerdotes católicos que secretamente eran judíos y que hacían mofa de la misa y de los sacramentos que pretendían administrar. Uno de esos sacerdotes no daba jamás la absolución cuando confesaba. Naturalmente, los católicos se indignaban frente a estos sacrilegios, y algunos culpaban exclusivamente a los judíos de la corrupción que sufría la Iglesia, ignorando otros factores, como la muerte negra y el exilio de los papas en Aviñón.

Por cruel ironía, los conversos eran ahora los jefes de la persecución de los pobres y desgraciados judíos que vivían sometidos a la ley de Moisés con peligro de sus vidas. Las más crueles y duras leyes fueron obra de los legisladores dominados por estos nuevos cristianos. Los conversos eran todavía más odiados por los cristianos viejos que los propios judíos de la Sinagoga. Ellos ofendían a sus vecinos, conservando varias costumbres judías, como cocinar la carne en aceite en vez de grasa. Muchos hacían mofa de los sacramentos, y cuando, obligados por la opinión pública, iban a confesar, mentían generalmente al confesor. «Y comúnmente, por la mayor parte eran gentes logreras, e de muchas artes y engaños —escribe Bernáldez —, porque todos vivían de oficios holgados, y en comprar y vender no tenían conciencia para con los cristianos. Nunca quisieron tomar oficios de arar ni cavar, ni andar por los campos criando ganados, ni lo enseñaron a sus fijos, salvo oficios de poblados, y de estar

asentados ganando de comer con poco trabajo. Muchos de ellos, en estos reinos, en pocos tiempos allegaron muy grandes caudales e haciendas, porque de logros e usuras no hacían conciencia, diciendo que lo ganaban con sus enemigos, atándose al dicho que Dios mandó en la salida del pueblo de Israel, robar a Egipto. La reina Isabel, previendo una larga y peligrosa guerra con Granada, sintió que había llegado el momento de destruir el poder de los judíos encubiertos, que constituían un reino dentro de otro reino. El catecismo del cardenal Mendoza no había logrado las conversiones esperadas; sólo había incitado a los conversos a nuevas burlas y nuevas blasfemias. Por último, un frío día de septiembre, la reina abrió uno de los hábilmente tallados cofres de madera donde guardaba sus papeles de Estado, y sacó de él un documento que reservaba allí en profundo secreto desde los últimos días de 1478. Era un rollo de pergamino con un sello de plomo que colgaba de unas cintas de colores, y llevaba la firma del papa Sixto IV.

Tomaba nota de la intención del rey y la reina de completar la liberación de España de los moros. Observaba que muchos judíos que voluntariamente se habían hecho cristianos habían vuelto a los «principios y ritos de la superstición y falsedad judía», y «no contentos con su propia ceguera, infectaban a otros en los mismos errores», de manera que, a causa de sus crímenes, España había sido llevada a un estado cercano a la anarquía. El papa, por lo tanto, autorizaba al rey y a la reina a designar dos o tres obispos u otros hombres bien instruidos y de buena reputación en cada ciudad o diócesis, para inquirir las opiniones de los judíos cristianos, con el fin de llevar a la verdadera fe a aquellos que habían reincidido en el judaísmo. Se deducía del texto de la carta del papa que su intención era la de que la Inquisición sirviera a España de protección temporaria durante la cruzada contra los moros, sin que contuviera la idea de que ella pudiera convertirse en instrumento de la supremacía real durante tres siglos. El papa Sixto se quejó más tarde de que el embajador de España en Roma le hubiera engañado para obtener de él la bula falseando la situación de Castilla. Si hubiese sabido hasta dónde iban a llegar Isabel y

Fernando, probablemente jamás les hubiera autorizado a nombrar los inquisidores y a gobernar sus actividades.

Pero Isabel y Fernando estaban tan resueltos a lograr el completo dominio de sus reinos, que dieron un decreto nombrando dos inquisidores, fray Juan de San Martín, bachiller en teología, y fray Miguel de Morillo, doctor en teología, insinuándose que eran responsables ante la real corona y no ante el papa. La Inquisición, tal como la planearon, era religiosa sólo en su forma. Sus jueces debían ser monjes dominicos, pero estos monjes debían servir al Estado y no a la Iglesia.

Así, la reina Isabel, aunque toda su vida fue una devota católica, se vio llevada por la fuerza de los acontecimientos hacia un peligroso banco de arena, en el que muchos reyes habían hallado su ruina. Acaso su proceder para con los judíos fue inevitable. Era, después de todo, la hija de aquella inescrupulosa reina portuguesa que persiguió a Luna, el amigo de judíos y conversos, hasta precipitarlo en la desgracia. Era la niña que había rechazado con disgusto las inmoralidades de la corte de Enrique, donde medraban los conversos; que se había estremecido de terror ante la sola idea de verse abrazada por aquel lascivo converso don Pedro Girón; que no había podido disimular su repugnancia al oír acusar a otro converso, Villena, de envenenar a su hermano Alfonso. Y, como sus antepasados Guillermo el Conquistador y Enrique II, estaba dotada de una voluntad de hierro, al punto que una vez fijado su objetivo, no era fácil torcerla. Ella, que había ordenado la ejecución de tantos ladrones y asesinos en la judaizada ciudad de Sevilla, difícilmente vacilaría en matar a algunos de los que socavaban la existencia del Estado en las mismas vísperas de una lucha a vida o muerte por la independencia. No había olvidado que después de las matanzas de 1473, los conversos de Córdoba intentaron arrebatar Gibraltar al rey Enrique, con la intención, generalmente aceptada, de usarlo como base para traer nuevas hordas de moros de África y reconquistar toda España. Creía también que persiguiendo a los conversos reemplazaba con un procedimiento legal las crueles matanzas con que el populacho periódicamente los castigaba, y protegía así a los cristianos sinceros de injustas

sospechas y persecuciones.

Faltaba ver si la reina tenía suficiente poder para imponer su voluntad. Su corte estaba llena de poderosos conversos. Su mejor amiga, Beatriz, se había casado con uno de ellos. Su confesor era descendiente de judíos. Casi todos sus consejeros privados y secretarios tenían antepasados judíos, por un lado o por otro, y en la corte de Fernando, en Aragón, los judíos encubiertos dominaban aún más. De hecho, su gobierno, como lo había heredado de su padre, estaba en manos de los conversos, tales como el millonario abogado Luis de Santángel, descendiente del rabino Azarías Zinello. Habría de resultar extraño que estos astutos y poderosos políticos no pusieran todo su empeño en disuadir a los reyes del paso que pensaban dar, y poner secretamente en su camino todos los obstáculos posibles.

CAPÍTULO XV

Cuando Morillo y San Martín llegaron a Sevilla a fines de octubre, los ricos conversos de la ciudad pusieron tantas dificultades en su camino, que el 27 de diciembre se vieron obligados Fernando e Isabel a expedir una severa orden en virtud de la cual todos los funcionarios debían prestar a sus inquisidores la máxima ayuda posible. Entretanto, habían obtenido muchas pruebas secretas y comenzado a practicar arrestos. Los conversos, por fin, seriamente alarmados, empezaron a huir de Sevilla, como lo hicieran algunos de ellos, en 1477, de las «audiencias» de Isabel. Muchos se refugiaron en los estados de los grandes señores, a quienes compraban protección. Pero los dos inquisidores lanzaron una proclama, el 2 de enero de 1481, ordenando a todos los grandes señores, aun al poderoso marqués de Cádiz, que entregaran a cualquier desconocido que se encontrase en sus tierras, bajo pena de las más graves sanciones. La nobleza se apresuró a obedecer. Los tiempos habían cambiado, sin duda, desde los días de Enrique. Al otro lado del río de Sevilla, la fortaleza de Triana albergaba en sus lóbregas mazmorras, situadas bajo el nivel del río, a algunos de los más ricos y poderosos hombres y mujeres de la bella ciudad. En seguida comenzaron los juicios.

Como no cabía duda alguna sobre las intenciones de la reina, varios de los más poderosos conversos se reunieron en la iglesia de San Salvador, de Sevilla, para convenir la forma en que debían protegerse. Sacerdotes, frailes, magistrados, oficiales del gobierno —todos ellos descendientes de judíos y secretos enemigos de la Iglesia católica—, estaban presentes. Diego de Susan, un rabí cuya fortuna se estimaba en diez millones de maravedíes, proponía, en

un ardiente discurso, que se resistiera a la Inquisición con la fuerza: «Nosotros, ¿no somos los principales desta cibdad en tener, e bienquistos del pueblo? Fagamos gente; e si nos viniesen a prender, con la gente e con el pueblo meteremos a bollicio las cosas; casi los mataremos e nos vengaremos de nuestros enemigos.»

Todos aplaudieron, y se formaron comisiones para juntar dinero, comprar armas y alistar soldados.

Susan era padre de una hija, una de las mujeres más hermosas de Sevilla, que tenía un amante cristiano. Le confió a éste el secreto, y él lo comunicó a los inquisidores. Los jefes de la conspiración fueron apresados. En la casa de uno de ellos, el mayordomo de la catedral, se encontraron escondidas armas suficientes para equipar a cien hombres. Susan y sus ricos cómplices fueron condenados por un tribunal de letrados. A varios de ellos, que confesaron, se les aplicaron penitencias de acuerdo con la gravedad del delito. Seis hombres y mujeres cabecillas fueron declarados impenitentes herejes y entregados por los inquisidores a los funcionarios seculares de la corona. En Castilla el primer auto de fe se efectuó el 6 de febrero de 1481. El tiempo era húmedo y sólo un grupo rezagado seguía la procesión porque la peste había reaparecido y la gente temía el contagio. De dos en dos marchaban los funcionarios civiles y los frailes, seguidos por los conspiradores, custodiados por soldados. Cruzaron el Guadalquivir sobre el puente hasta la plaza de Sevilla, y, después de oír misa en la catedral, los judaizantes recibieron sus penitencias, reconciliándose con la Iglesia. La asamblea dejó la catedral, y el auto de fe se dio por terminado.

Luego los seis impenitentes conspiradores fueron llevados por los funcionarios seculares al campo de Tablada, fuera de las murallas, y quemados allí amarrados a las estacas. Susan fue ejecutado tres días después; se dice que se reconcilió con la Iglesia exactamente antes de su muerte. Su propiedad fue confiscada por la corona, junto con la de varios conspiradores. Al parecer, Isabel y su astuto marido usaban de sus nuevos poderes para quitar a los judíos encubiertos el dinero que habían ganado,

en parte al menos, por la explotación y la usura a expensas de los cristianos, empleándolo en la preparación de la última cruzada cristiana. Pero si el final de Susan y sus amigos parece bárbaro, debe recordarse que en otros países donde no existía la Inquisición, cualquiera conspiración para resistir la autoridad real hubiera sido reprimida con una cruel ejecución.

Miles de conversos huían, presas del pánico, en todas direcciones; algunos a Portugal, otros a Italia, donde los judíos, en tiempo de persecución, jamás habían dejado de encontrar la protección del papa. Muchos de ellos fueron capturados al abandonar Sevilla, pero setecientos que confesaron y se reconciliaron con la Iglesia marcharon como penitentes en una gran procesión.

La epidemia atacaba ahora con violencia, aunque quizá de una manera menos virulenta que la muerte negra. En cierto modo, la enfermedad se asemejaba a lo que nosotros conocemos por peste bubónica. El primer síntoma era un furúnculo morado debajo de las axilas o en la palma de la mano, seguido de dolor de cabeza, vértigos, sorderas, dolores y convulsiones, inflamación de las glándulas, formación de bubones y expectoraciones de sangre. Generalmente la víctima moría al cabo de diez días. A las primeras señales del terrible mal, todo el que podía hacerlo huía de la ciudad. Los que tenían que quedarse levantaban grandes hogueras en las plazas públicas y otros lugares abiertos, para purificar el aire, porque suponían que así impedían la propagación de la enfermedad. La gente celebraba procesiones en las ciudades, haciendo pública penitencia de sus pecados. Los muertos eran enterrados por monjes o miembros de sociedades de entierro organizadas por piadosos católicos seglares, pues ningún otro se hubiera atrevido a tocar los cadáveres, y hasta los más próximos parientes huían con terror de los negros despojos de las víctimas.

En ese verano, sólo en Sevilla murieron quince mil personas a consecuencia de la plaga. Hasta la Inquisición debió de parecer, en tales circunstancias, poco más que un incidente. Desde las blancas casas de un solo piso llegaban los gemidos de los desgraciados; ninguna mujer reía en sus balcones, las alegres flores se

marchitaban sin que nadie las cortara, las naranjas se perdían en los árboles. Todos los días, silenciosas y tristes procesiones de penitentes tocados de capuchas negras, con paso majestuoso llevaban sobre literas los cadáveres, a través de las sinuosas calles.

Los conversos suplicaron a Diego de Merlo, uno de los miembros de la Inquisición, les permitiera abandonar la ciudad hasta que la peste disminuyera. Caritativamente accedió éste a la petición, y ocho mil conversos huyeron. Los inquisidores se trasladaron entonces a Aracena, donde veintitrés herejes fueron, poco después, entregados al brazo secular y quemados por la corona. Cuando volvieron a Sevilla, concedieron un término de gracia de dos meses, durante el cual todo hereje que voluntariamente confesara sería perdonado, imponiéndosele una benigna penitencia si denunciaba cuanto sabía de otros judaizantes o apóstatas. Centenares de conversos se apresuraban a confesar. Algunos, atemorizados, traicionaban a sus amigos y parientes, y hasta a sus madres, padres, hermanos, hermanas, hijos e hijas. En un solo auto de fe se reconciliaron con la Iglesia nada menos que mil quinientos. Cada uno llevaba una vestidura amarilla con una cruz escarlata.

Los propios inquisidores quedaron asombrados del gran número de conversos comprometidos en la tarea de socavar la religión cristiana, que exteriormente profesaban, y sugirieron a los reyes la extensión de la Inquisición a otras ciudades dondequiera que la influencia judía fuera poderosa. Cuatro inquisidores comenzaron sus investigaciones en Córdoba, en 1482. El primer auto de fe se celebró allí en 1483, y en febrero del siguiente año el tesorero de la catedral fue quemado en la hoguera porque sus sirvientes habían dado muerte a un oficial de la Inquisición en el momento de ser arrestado. A finas de 1484 se habían establecido cuatro tribunales de la Inquisición. Más tarde se estableció un tribunal en Segovia, a pesar de las vigorosas protestas del obispo Juan Arias de Ávila, el mismo que condenara a dieciséis judíos a morir quemados algunos años antes y había esperado a la reina Isabel a las puertas de la ciudad en aquel memorable día de 1476.

Uno de los primeros actos de los inquisidores fue condenar a los padres del obispo, ya muertos, como judíos encubiertos y herejes. El obispo expulsó de su diócesis a los inquisidores y envió una acerba queja a la reina Isabel. Cuando ella se negó a intervenir, el obispo, temiendo que los restos de sus antepasados pudieran ser quemados públicamente, los desenterró, escondiéndolos. Después huyó a Roma, poniéndose bajo la protección del papa Sixto, a quien, según parece, manifestó que el principal propósito de la reina al establecer la Inquisición había sido el de obtener dinero, porque ella escribió a sus embajadores es Roma negando este cargo e instruyéndoles sobre lo que debían decir a Su Santidad para neutralizar las quejas del obispo.

Escritores enemigos de España y de la Iglesia católica han hecho circular, durante los cuatro últimos siglos, exagerado relatos acerca del salvajismo de la Inquisición española. La verdad es que durante todo el reinado de Isabel, en España entera, fueron quemadas aproximadamente dos mil personas, contando no sólo a los judíos encubiertos, sino también a los bígamos, blasfemos, ladrones de iglesias, falsos místicos y otros delincuentes, y mil quinientos aceptaron penitencias y se reconciliaron con la Iglesia. En Andalucía, desde 1481 hasta el final de 1488, fueron quemados setecientos, incluyendo tres sacerdotes, tres o cuatro frailes y un doctor en teología, que era judío encubierto e implacable enemigo de la Iglesia a la que había prometido servir.

Se recolectaron considerables sumas en concepto de multas y confiscaciones. Fernando e Isabel ordenaron que este dinero se destinara exclusivamente a la próxima guerra contra los moros.

Indudablemente, la opinión pública aprobaba la Inquisición. Los cronistas de la época la tenían como cosa natural, dándole poca importancia y dedicándole pocas páginas. La reina misma creía que era un instrumento necesario para la salvación de su país, y, lejos de avergonzarse, se refería siempre a ella con orgullo. Grande sería su asombro si hubiera vislumbrado que en épocas futuras la gente llegaría a acusarla de haber provocado la decadencia intelectual de España. Esta acusación la habría ofendido, y no sin alguna razón. Porque la vida intelectual de

España nunca fue más esplendorosa que durante el siglo que siguió a la instalación del Santo Oficio. Fue el período de sus tres grandes poetas: Cervantes, Lope de Vega y Calderón: el siglo de oro de su literatura. Fue el periodo en que se establecieron sus mejores colegios y universidades, mientras los estudiantes extranjeros iban a España y eran bien recibidos, y la medicina y otras ciencias realizaron sus más notables adelantos; nunca fueron más prósperos los comercios y las industrias de la Península, nunca se mantuvo mejor el orden en el interior del país y el prestigio en el extranjero. Durante el siglo XVI España constituyó la cabeza de un nuevo imperio que ensombreció a toda Europa y a las Américas. Sería ridículo atribuir todos estos resultados a la Inquisición. Pero la Inquisición no evitó que se realizaran, e hizo posible la unidad política que permitió a la nueva nación sacar partido de las oportunidades de aquel mundo que se transformaba. La reina Isabel trató, en cierto momento, de convencer al rey de Inglaterra, Enrique VII, de que extendiera el Santo Oficio a su país, y Enrique prometió que lo haría. No cumplió, sin embargo, su promesa, y la Inquisición fue así una institución enteramente española.

CAPÍTULO XVI

Mientras Morillo y San Martín establecían el Santo Oficio en Andalucía, Isabel y Fernando estaban en Aragón, adonde habían ido para hacer reconocer como heredero por las Cortes al príncipe Juan y para despachar una flota de cincuenta barcos del puerto de Laredo contra los moros de Italia. Afortunadamente para la cristiandad, el Gran Turco Mohamed II había muerto y la ofensiva mahometana estaba paralizada por aquel tiempo. La comitiva real volvió a Castilla.

En el espacio de diez meses, la reina Isabel había recorrido a caballo cerca de dos mil millas y asistido a tres cortes, sin desatender sus tareas habituales de gobierno. Y esperaba el nacimiento de su cuarto hijo para el verano de 1482.

Llegó a Medina del Campo a principios de enero de 1482. Allí se encontró con que la esperaban una serie de quejas contra sus dos inquisidores, que habían cumplido las órdenes reales demasiado al pie de la letra, actuando con un celo que, a juicio de algunos cristianos, era más vengativo que judicial. Cualquiera que recuerde cómo algunos alemanes fueron objeto de sospecha y odio en los Estados Unidos durante la guerra mundial, comprenderá la posición de los conversos en España en vísperas de la última lucha contra los moros. Los judíos declarados, por supuesto, no eran molestados por la Inquisición. Pero si cualquier cristiano descendiente de judíos compraba la carne a un rabino, o lavaba la sangre a la usanza judía, o daba a sus hijos nombres judíos, o usaba sus mejores trajes los sábados en lugar de los domingos, era muy probable que fuese denunciado por sus vecinos y llevado a los inquisidores para ser interrogado con toda suerte de preguntas. Algunos de los acusados eran herejes, pero otros, sin

lugar a duda, eran cristianos sinceros y leales súbditos de la reina, a pesar de seguir ciertas costumbres de sus antepasados. No obstante, eran objeto de sospecha e injustamente castigados.

Parecía que también a Roma había llegado una gran tormenta de protestas, llevada hasta allí por los fugitivos conversos, porque un mes o dos después de su regreso, la reina Isabel recibió una carta del papa Sixto IV, fechada el 29 de enero de 1482, en la que éste protestaba contra los abusos de Morillo y San Martín, diciendo:

«Las acusaciones nos dicen que su acción apresurada y la no observancia de los procedimientos legales, han traído la injusta prisión y las torturas severas de muchas personas inocentes que han sido condenadas como herejes injustamente, despojadas de sus posesiones y condenadas a graves penas...»

Muchos de los cardenales, decía, eran de opinión de que debía destituirse a Morillo y a San Martín, y el Padre Santo estaba decidido a hacerlo, a menos que Fernando e Isabel prometieran obligarlos a actuar con legalidad y justicia, cumpliendo en lo sucesivo con los deseos del papa, «como debían hacerlo reyes católicos», de tal manera que «fueran dignos de ser alabados ante Dios y los hombres».

La reina Isabel sintió profundamente el indignado reproche del papa Sixto, pero antes de que la alcanzara se encontró envuelta en una corriente de acontecimientos dramáticos que hicieron pasar a segundo plano el problema de la Inquisición. La largamente esperada guerra con Granada había, por fin, empezado. En el día de Navidad, cuando una pesada lluvia caía sobre los campos de Andalucía y una tempestad furiosa se desencadenaba sobre las montañas que separaban la España cristiana de Granada, Muley Abul Hasán tomó por asalto la ciudad de Zahara, situada a quince millas al sudeste de Sevilla. Esta poderosa avanzada de la cristiandad era considerada inexpugnable. El amurallado castillo se elevaba sobre la cima de una montaña rocosa, tan alta que ni los pájaros volaban sobre ella, y las nubes flotaban por debajo, ocultando los profundos acantilados. Tenía una sola puerta, al

Oeste, rodeada de macizos baluartes y torres, y el único medio de llegar a ella era un estrecho y empinado sendero, tan escarpado que parecía una escalera cortada en el granito. Empero, protegidos por la tormenta, los moros treparon por las húmedas murallas con escalas de sitio, entraron en la ciudad, mataron a sus defensores y arrastraron a Granada a las mujeres y niños como esclavos, matando a los que caían agotados en el camino. Un contemporáneo afirma que los moros dieron muerte a todas las mujeres y niños.

Isabel y Fernando, que se hallaban a trescientas millas de distancia al Norte, recibieron las atroces noticias, días más tarde, mientras oían misa. La reina Isabel, cuyos reinos estaban más cerca de Granada que los de Fernando, afrontó una de las más grandes crisis de su vida. Mientras ordenaba a los gobernadores de los castillos de las fronteras que reforzaran sus guarniciones y extremaran la vigilancia, se entregó a una tarea que sabía difícil y larga. Se propuso conquistar un rico y fértil reino de unos tres millones de moros, en cuyo centro, a más de media milla sobre el nivel del mar, se levantaba la amurallada ciudad de Granada en la escarpada cuesta de la Sierra Nevada. Estaba casi completamente protegida por altas montañas guarnecidas de poderosas ciudades fortificadas, muchas de ellas consideradas inconquistables. Nadie podía poner sitio a Granada sin antes destruir una línea de amuralladas fortalezas. Era indudable que la guerra requeriría meses y tal vez años de esfuerzos heroicos.

No obstante, Isabel estaba resuelta a terminar con la dominación árabe en el Sur, sin tener en cuenta el tiempo que ello demandaría. Lo que todos los buenos reyes de Castilla soñaron hacer, la empresa en que su padre había fracasado y que los reyes débiles, como su medio hermano, habían descuidado, se proponía ella llevarla a cabo con la ayuda de Dios y de Fernando. El rey, al frente del ejército cristiano, dirigiría la cruzada, y ella, en su madura y magnífica belleza de los treinta años, sería simultáneamente agente de reclutamiento, comisaria, proveedora de municiones, enfermera de campaña, proveedora de los hospitales y agente de propaganda. Sus trabajos en la guerra de Portugal le servirían de

experiencia para llevar a cabo la tarea que tenía delante.

CAPÍTULO XVII

Mientras la reina Isabel se hallaba con su esposo en Medina, haciendo planes para la guerra que parecía inminente, tuvo conocimiento de que el marqués de Cádiz, el mismo barbudo joven pelirrojo que con tanta franqueza le pidiera perdón en Sevilla, en 1477, había precipitado el conflicto con una brillante proeza.

Don Rodrigo Ponce de León descendía de una larga estirpe de cruzados y, viviendo en Andalucía, en la frontera mora, se había preparado, casi desde la cuna, para la guerra santa. Mató moros a la edad de catorce años, mucho antes del saqueo de la ciudad de Sevilla, que llevó a cabo para vengarse del duque de Medinasidonia. Ahora era el héroe popular del Sur. Un cronista de la época dijo de él que era casto, sobrio, amante de la justicia, y «el enemigo de todos los aduladores, embusteros, traidores y poltrones». Oía misa todas las mañanas, arrodillado desde el principio hasta el fin. Hasta las mujeres moras que caían en sus manos eran tratadas con caballerosa cortesía y respeto. Se enteró con profunda tristeza de la conquista de Zahara, y cuando escuchó de labios de un espía que Alhama, rica y exuberante ciudad situada en lo alto de una roca fortificada, era una ciudad descuidadamente guarnecida por los moros y que podía tomarse por sorpresa, se decidió a hacerlo, sin preocuparle el hecho de que se encontraba veinte millas más allá de las avanzadas de Granada.

Un hábil trepador que escaló las murallas, una noche oscura, informó que aunque la ciudad estaba bien guarnecida, el castillo que emergía, un poco más abajo, sobre una sólida roca, carecía de centinelas. El marqués envió un mensajero a Medina para solicitar la autorización del rey y la reina a fin de intentar el asalto de esta importante plaza.

Cuando le llegó el permiso, reunió una fuerza de dos mil cuatrocientos hombres de caballería ligera y tres mil infantes, marchando sólo de noche y llegando a un valle situado a milla y media de Alhama. Treinta voluntarios escalaron los riscos y las altísimas murallas, mataron a los guardias y abrieron una puerta para permitir la entrada del marqués y un puñado de sus hombres.

Luchando desesperadamente durante muchas horas de calle en calle y de casa en casa, los cruzados se apoderaron por fin de la ciudad, matando a ochocientos moros, apoderándose de tres mil y libertando a numerosos cristianos cautivos que encontraron en las mazmorras cargados de cadenas. Eran ahora dueños de un rico botín de oro y plata, sedas preciosas y paños, granos, aceite y miel, caballos y asnos de la mejor sangre. Permanecieron en Alhama cinco días celebrando la victoria; en realidad se quedaron demasiado tiempo, porque una mañana se hallaron rodeados por un ejército de cincuenta y tres mil hombres que Muley Abul Hasán había traído de Granada para recobrar su fortaleza. Muley intentó el asalto de Alhama, pero, sin artillería, fracasó, y fue obligado a comenzar un lento asedio.

Sabiendo que no había pozos ni fuentes en la ciudad, se resolvió a desviar el canal del río lejos de donde se proveían de agua sus pobladores, para hacer así morir de sed a los cruzados.

El marqués y sus caballeros descendieron a través de un estrecho túnel, y de pie en la fría corriente, con el agua hasta las rodillas, lucharon mano a mano con los musulmanes, hasta que el lecho del río quedó obstruido con los cuerpos de los moros y cristianos y las aguas se tornaron rojas. Los sobrevivientes cristianos se retiraron entonces lentamente, ante el número abrumador. Los sarracenos desviaron todo el río, a excepción de un fino hilo que se escurría por el lecho seco.

En adelante, para conseguir un vaso de agua, don Rodrigo y sus hombres tenían que pasar bajo el tiro de la ballestería de los moros y abrirse camino paso a paso hasta el pequeñísimo arroyuelo, de modo que cada gota de agua se pagaba con una gota de preciosa sangre. Parecían condenados a una muerte

segura, a no ser que llegara ayuda antes de pocos días.

Cuando Isabel y Fernando tuvieron noticias de la desesperada situación de don Rodrigo a trescientas millas de distancia, el rey montó a caballo y galopó día y noche para ponerse al frente del ejército cristiano que estaba reclutando en Andalucía. Pero fue la esposa de don Rodrigo quien envió las primeras fuerzas en ayuda de Alhama. En su desesperación, apeló al mortal enemigo de su esposo, el duque de Medinasidonia, que se hallaba en el estado vecino, y el duque, caballerosamente, dejó a un lado su viejo rencor, reunió cinco mil caballeros y partió con increíble rapidez en socorro de Alhama.

Muley emprendió un decisivo ataque, pero, viendo que el duque de Medinasidonia se acercaba por el otro lado, se retiró durante la noche; porque los moros no luchaban en campo abierto. Al día siguiente, el duque entró en Alhama con un gran estrépito de trompetas, mientras don Rodrigo, con lágrimas en los ojos, avanzaba para abrazar al hombre a quien una vez había jurado matar. Desde ese momento, el marqués y el duque fueron amigos y hermanos de armas, y durante los diez años que duró la guerra fueron dos de los más eficaces generales del ejército cristiano. Otros grandes señores que habían luchado unos contra otros durante el reinado del rey Enrique, sumaban ahora sus energías en la causa común de Castilla y de la cristiandad, y la reina Isabel no tenía por qué deplorar su tacto y cordura en el trato con tales gallardos caballeros.

Isabel, a la cabeza de las tropas de Castilla la Vieja, llegó a Córdoba, a fines de marzo. Se celebró un consejo de guerra para resolver si Alhama, situada en un lugar tan peligroso, debía conservarse o ser abandonada después de destruida. Aunque los viejas guerreros de las fronteras dijeron que no debía conservarse, la reina declaró que nunca había soñado entregar la primera plaza que conquistara, y que si costaba trabajo, dinero y sangre conservarla, era lo único que podía esperarse en época de guerra. En lugar de abandonar Alhama, debían extender ahora sus conquistas al corazón del país enemigo. Prevaleció el consejo de la reina y se decidió que el rey lanzarla un ejército contra Loja, la

ciudad mora de importancia más cercana a Alhama.

Mientras tanto, como durante la guerra portuguesa, Isabel pidió a todas las ciudades de sus reinos, tropas, dinero y víveres y ordenó a la flota vuelta de Italia que fuera al estrecho de Gibraltar para evitar que llegaran refuerzos a Granada desde las costas de los bárbaros. No estaba en condiciones de andar de campamento en campamento a caballo o en mula, pero continuó ocupándose de una gran cantidad de asuntos oficiales en el palacio de Córdoba hasta el mismo día del nacimiento de su cuarta hija, María.

El rey Fernando estaba destinado, en el curso de la guerra mora, a transformarse en el más grande y más capaz rey de su tiempo, tanto en el campo de batalla como en los consejos de Estado. Pero durante este período se inclinaba a ser tan impetuoso como en la guerra portuguesa. Contra el consejo de don Rodrigo y de otros, avanzó demasiado lejos en un campo cortado, donde se vio obligado a desparramar sus tropas en diferentes elevaciones separadas por hondonadas, sin espacio para que pudiera actuar la caballería o la artillería. Para colmo, los moros mantenían en su poder una altura desde la cual podían dominar el campo cristiano. El marqués de Cádiz se apoderó de esta elevación, emplazando allí veinte cañones. Los moros se apoderaron de ella, pero don Rodrigo la reconquistó, luchando cuesta arriba, con terrible pérdida de vidas.

El rey Fernando reconoció entonces que el marqués había tenido razón, y consintió en retirarse de Loja. Cuando los cristianos comenzaban a retirarse, los moros salieron apresuradamente de la ciudad para atacarlos, y sólo los más heroicos esfuerzos de Fernando, de don Rodrigo y de otros caballeros, luchando cuerpo a cuerpo en lo más arduo del encuentro, evitaron un completo desastre. Fue una derrota para el cabizbajo Fernando, que condujo el resto de su ejército de regreso a Córdoba. A pesar de la gloria alcanzada por don Rodrigo en Alhama, el primer año de guerra fue desastroso.

Isabel y Fernando veían ya claramente que no les sería fácil apoderarse de Granada y que no sería suficiente contar con

guerreros cristianos dueños de fornidos brazos y valientes corazones. Necesitarían artillería pesada, que debía traerse de Francia, Alemania e Italia. Las municiones y otros pertrechos de guerra exigían dinero. Pero para la Inquisición y sus fines, la no prosecución de la guerra habría significado un fracaso. Aquel invierno, mientras esperaba la llegada de los grandes cañones, la reina Isabel comenzó a estudiar latín para poder entenderse sin intérpretes con los diplomáticos extranjeros. Fiel a su idiosincrasia, llegó en un año a hablarlo y escribirlo correctamente, aunque sin elegancia. Después de Navidad fue a Madrid, para cazar lobos y jabalíes en los bosques de los alrededores. En la primavera volvió a Córdoba, restablecida su salud, para ayudar al rey en el segundo año de la campaña. Pero, antes de que Fernando pudiera reunir todo su ejército, otro desastre imprevisto puso fin a las esperanzas cristianas de ese año.

Al comenzar la primavera, el marqués de Cádiz y otros de los grandes señores del Sur decidieron hacer una incursión en la Ajarquía de Málaga, un sinuoso valle rico en ganados y viñedos. Creían poder adueñarse de un enorme botín en el valle y después tomar por asalto la rica ciudad de Málaga. Emprendieron la campaña contando con el entusiasmo de la flor de la caballería andaluza. Pero los moros, que habían tenido noticias de sus propósitos, les prepararon una emboscada aprovechando la oscuridad de la noche, y dieron muerte a casi todos, al punto de que sólo don Rodrigo y un puñado de hombres lograron abrirse camino, volviendo a Córdoba para informar de la tragedia a la afligida y agobiada reina. «Toda Andalucía —escribe Bernáldez— estaba en gran tristeza, y no había ojo que no llorara, así como en gran parte de Castilla.» La reina Isabel se fue a su capilla y allí permaneció en silencio orando largo rato.


CORONA
DE
CASTILLA
Córdoba
Guadalquivir
Sevilla
Úbeda
Baeza
Jaén
Huelma (1348)
Huéscar (1434)
Vélez - Blanco
Xiquena 1433)
Lorca
Segura
Aguilar
Acalá la Real (1341)
Priego (1341)
Genil
Estepa
Iznalloz
Baza (1489)
Almanzora
Albox
Purchena
Vera (1488)
Iznájar
Moclín
CORA
DE
ELVIRA
Loja
Guadix (1489)
Granada (1492)
GRANADA
CORA
DE
BAYYANA
Guadalhorce
Archidona (1462)
Olvera (1327)
Antequera (1410)
Ardales (1330)
Alhama
Zahara (1407)
Álora
Vélez-Málaga
Órgiva
Al - Busarra
Berja
Arcos de la Frontera
Ronda (1485)
CORA DE
TAKURUNNA
REINO
DE
Medina Sidonia
Casares

CAPÍTULO XVIII

La reina Isabel era una devota cristiana. En cada una de sus situaciones críticas ponía humildemente sus dificultades a los pies de Dios; pero, luego de apelar a Él con toda confianza, hacía lo que estaba de su parte con una energía sin igual en la historia. Nada tenía su actitud del quietismo propio del fatalismo oriental. Creía que la voluntad humana, sometida a Dios, era el factor más importante de la existencia. Sus hazañas nos hacen recordar el hecho, algunas veces olvidado, de que las mujeres de talento gozaron de gran independencia en la Edad Media. Doña Lucía de Medrano fue una destacada profesora de griego y latín en la Universidad de Salamanca; doña Francisca de Lebrija sucedió a su padre como profesora de retórica en la Universidad de Alcalá; Santa Catalina de Siena, por sus propios esfuerzos, puso fin al exilio del papado en Aviñón. Comúnmente las mujeres administraban extensos estados y gobernaban ciudades y aun provincias, mientras sus maridos, ausentes, luchaban en las cruzadas.

La cultura mahometana, contra la cual Isabel había comenzado una lucha a muerte por el dominio de España, no otorgaba a la mujer la posición privilegiada que siempre ocupó en la civilización cristiana. El Corán apenas si la consideraba como ser humano; dividía a la humanidad en doce órdenes, de los cuales el undécimo comprendía a los ladrones, brujos, piratas y borrachos, y el más bajo, el duodécimo, a las mujeres. La práctica de la poligamia, propugnada por Mahoma, rebajaba la mujer a la condición de esclava y la convertía en pertenencia de los hombres.

Las mujeres de los harenes, a pesar de todo, llegaron algunas veces a ejercer una considerable influencia sobre los negocios de

los hombres, y así ocurrió con Muley Abul Hasán, rey de Granada. Para desgracia suya, dos de sus favoritas tuvieron más seso y ambiciones de los que se suponía en las mujeres. Durante muchos años, su esposa favorita fue una cristiana cautiva, Isabel de Solís, una rubia de belleza tan sorprendente que los moros la llamaban Zoraya (Estrella del Amanecer); y su hijo Boabdil fue el heredero reconocido al trono de Granada. Pero su padre, Muley, tomó ya viejo una nueva esposa, llamada Ayesca, con el resultado que había de esperarse de los celos de Zoraya, quien, temiendo que su hijo fuera desposeído de su herencia, provocó una guerra civil. Mientras Muley se retiraba de Alhama, el pueblo de Granada le cerraba las puertas, y proclamó rey a su hijo.

El joven Boabdil se resolvió entonces a distinguirse militarmente, organizando una expedición contra la ciudad cristiana de Lucena. El conde de Cabra le salió al paso con fuerzas muy inferiores, y en una batalla librada en medio de la niebla por la posesión del río, derrotó a los moros, apoderándose de Boabdil.

La prisión de Boabdil dio al rey Fernando, uno de los más hábiles y astutos diplomáticos de su época, una excelente oportunidad para dividir a sus enemigos mahometanos.

Consintió en reconocer al príncipe moro como rey de Granada si Boabdil accedía a mantener su trono como vasallo de Castilla, pagando rescate y un tributo anual. Conservando al hijo de Boabdil como rehén, el astuto Fernando envió al moro de largos cabellos y mejillas hundidas y ojos tristes de vuelta a Granada, para socavar el poder de su propio padre. A su llegada se encontró con que aquél había recobrado el dominio de la ciudad. Después de una sangrienta batalla entre las dos facciones, el príncipe huyó a Almería.

Muley reclutó un ejército de diecinueve mil hombres, enviándolo contra Utrera. En el camino se encontraron con un ejército de caballeros cristianos, que les infligió una sangrienta derrota a orillas del Lopera, el 17 de septiembre, recobrando allí algunos de los caballos y delicadas piezas de armadura tomadas por los moros en su victoria cerca de Málaga.

Isabel y Fernando se encontraron en Vitoria cuando recibieron la noticia de este triunfo. Ordenaron que se cantara el *Te Deum* en las iglesias y se celebraran procesiones y fiestas en acción de gracias, y a su regreso a Córdoba, ofrecieron una recepción magnífica en honor del conde de Cabra, quien había capturado a Boabdil y se había distinguido también e otras ocasiones. Cuando el conde llegó a las puertas de la ciudad, le esperaba el cardenal Mendoza con purpuradas vestiduras y el hermano del rey, el duque de Villahermosa, que lo condujeron al palacio, donde el rey y la reina lo esperaban sentados en un elevado sitial recubierto con telas de oro. El rey se levantó, adelantándose cinco pasos para salir al encuentro del conde, quien se arrodilló y besó su mano. La reina Isabel dio dos pasos hacia adelante y dio su mano al conde para que la besase.

Se trajeron almohadones, y el conde fue invitado a sentarse —raro privilegio en presencia de los reyes de Castilla—, mientras sus altezas ocupaban nuevamente sus lugares en el trono. Música de instrumentos nunca oídos sonaban en la sala, y veinte doncellas de la reina, con magníficos vestidos de variados colores, comenzaron una majestuosa contradanza con veinte caballeros. Después del baile, el rey y la reina se retiraron a comer, mientras el conde, despedido amablemente, se marchaba al palacio del cardenal de España, donde se servía en su honor un gran banquete. Una semana después, el rey y la reina lo invitaban a cenar, y en esa ocasión la reina Isabel bailó con el rey Fernando, y el conde lo hizo con la infanta Isabel.

Isabel, aunque sencilla en sus gustos y en su vida privada, sabía bien que muchos de los castellanos, tal vez como consecuencia del largo contacto con los moros, amaban el esplendor de la corte y las ceremonias majestuosas. Resuelta a hacer respetar el trono por todas las clases, ella llevaba los más magníficos vestidos en las funciones públicas y no ahorraba esfuerzos por deslumbrar al pueblo. Su política consistía en conceder los grandes honores con parsimonia, pero cuando lo hacía, sus gratificaciones eran verdaderamente espléndidas, como de mujer a quien no agradaban los términos medios. Jamás se cansaba de prodigar honores y

riquezas a hombres que, como el conde de Cabra, habían realizado hazañas que los distinguían.

El tercer año de la guerra terminaba en forma mucho más brillante que los dos primeros. A fines de octubre, el marqués de Cádiz reconquistó Zahara mediante un golpe de sorpresa en pleno día, sin perder un solo hombre. La reina Isabel, que había comenzado a recibir gran cantidad de artillería pesada desde el extranjero, veía llena de esperanzas las perspectivas futuras de hacer la guerra en forma más efectiva, una moderna guerra de sitio, para 1485.

Por entonces murió el rey Luis XI de Francia, dejando el trono a su débil hijo Carlos VIII, un afable joven algo megalómano, completamente dominado por su tía, la regente Ana de Beaujeu. El rey Fernando entrevió allí una oportunidad para recobrar las provincias de su padre, el Rosellón y Cerdaña, que durante tiempo había retenido Luis ilegalmente. Con este fin propuso suspender por un año la guerra contra los moros, empleando las tropas y artillería en extender su reino hacia el Norte.

Cuando la reina Isabel se opuso, él le contestó que su guerra contra Francia era eminentemente justa.

«Señor —dijo Isabel—, es muy cierto que vuestra guerra es justa, pero mi guerra no sólo es justa, sino que es una guerra santa.» Ella recordó a su señor el rey, como le llamaba, que en su contrato de casamiento él había prometido proseguir la cruzada contra los moros y que ella rehusaba resueltamente modificar su propósito.

Fernando sintió que la razón estaba de su lado. Si alguna vez iba a luchar por sus provincias perdidas, debía hacerlo ahora, mientras Carlos VIII era un niño. Cuando Carlos fuera mayor, sería demasiado tarde. Resolvió entonces luchar contra Francia sin la ayuda de Isabel.

La reina, en consecuencia, con el cardenal Mendoza y otros nobles castellanos, dejó Tarragona y se dirigió a Córdoba, a cuatrocientas millas de distancia, y luego de pasar la pascua en Toledo, recorrió rápidamente Andalucía, reclutando gente. En abril

tenía reunido en Antequera un ejército de seis mil hombres de caballería y doce mil infantes, bien equipados, con artillería y municiones, bajo la dirección de maestros cañoneros e ingenieros de Alemania y Francia. Tenía médicos para cuidar de los enfermos y heridos, y, tres siglos antes de la Cruz Roja, estableció el primer hospital militar de la historia, que consistía en seis grandes tiendas equipadas con camas y medicamentos y otros objetos hospitalarios, conocido por el admirado ejército con el nombre de *hospital de la reina*. Montada sobre un caballo de guerra, observaba el desfile de su ejército hacia las llanuras, al mando de don Alfonso de Aguilar, el marqués de Cádiz, el gran maestre de Santiago, Cárdenas, y Gonzalo de Córdoba, quien en esta ocasión tenía uno de los principales mandos: además del duque de Medinasidonia y el conde de Cabra. Las fuerzas marcharon hacia la costa, cerca de Málaga, derrotaron a los moros que salieron a su encuentro, quemaron aldeas, destruyeron cosechas y volvieron después de haber asolado a Antequera. No sitiaron a Málaga. Quizá la reina Isabel quería que nadie, salvo su señor el rey, tuviese esta gloria.

Fernando se había quedado en Aragón reclamando en vano de los testarudos catalanes el dinero necesario para costear la guerra contra Francia. Su negativa no le dejó otra alternativa que volver a Castilla y colocarse a la cabeza del ejército de Isabel, que, por supuesto, era exactamente lo que ella deseaba.

Marchando sobre Mora, se abrió paso hasta allí en nueve días, saqueando la comarca hasta las puertas de Granada, y volvió a Córdoba. En una segunda campaña, llegó ese mismo verano hasta la poderosa fortaleza de Setenil, causando grandes destrozos. La nueva artillería de la reina justificaba ampliamente su decisión de obtenerla, al tiempo que su marido estaba justificando la fe que ella había depositado en él como general. Cuando volvió victorioso a Córdoba, tuvieron una afectuosa reconciliación y juntos fueron a Sevilla a pasar el invierno.

Ningún historiador nos ha dicho si Fernando admitió que se había equivocado o si Isabel alguna vez le dijo: «Yo os lo había ya dicho.» Sin embargo, en una carta sin fecha, escrita de puño y letra

del monarca, y que debió de escribirla durante la tormentosa primavera, cuando Isabel marchó a Toledo a continuar la cruzada, le decía: «Mi señora: Ahora se ve claramente quién de nosotros ama más. Juzgando por lo que habéis ordenado se me escriba, veo que podéis ser feliz, mientras yo no puedo conciliar el sueño, porque vienen mensajeros y mensajeros y no me traen letra de vos. La razón por la que no me escribís no es que no tengáis a mano papel, ni que no sepáis hacerlo, sino que no me amáis y sois orgullosa. Vivís en Toledo y yo en pequeñas aldeas. ¡Bien! Un día volveréis a vuestro antiguo afecto. Si no, yo moriría y vos seríais la culpable. Escribidme y hacedme saber cómo estáis. No tengo nada que deciros sobre los asuntos que me retienen aquí, excepto lo que Silva os comunicará y lo que Fernando del Pulgar os ha dicho. Te ruego des fe a Silva. Escribidme. No olvidéis darme noticias de la princesa. Por el amor de Dios, recuérdala, lo mismo que a su padre, quien besa vuestras manos y es vuestro siervo. El rey.»

CAPÍTULO XIX

Durante todo este tiempo, el papa Sixto IV había observado el desarrollo de los acontecimientos en España con suma ansiedad, y aunque veía con gran satisfacción que los ejércitos cristianos comenzaban a progresar contra los mahometanos, no estaba del todo conforme con las noticias que le llegaban concernientes a las actividades de los inquisidores nombrados por Isabel y Fernando. Después de su intento de removerlos en enero de 1482, los soberanos habían sin duda justificado las crueldades de Morillo y San Martín informando al papa que los casos de herejía eran demasiado numerosos para que sólo dos hombres pudieran atenderlos debidamente; porque en febrero de ese año nombró Sixto ocho nuevos inquisidores para Castilla y León, explicando que le habían sido recomendados «por su pureza de vida, amor y celo de la religión, gentileza de costumbres, gran saber y otras virtudes». El séptimo de los nombrados en el breve papal era Tomás de Torquemada, prior del convento dominico de Santa Cruz de Segovia. Surge así a la luz de la historia, por primera vez, el nombre de un hombre que habrá de ser considerado durante siglos por la opinión inglesa como un monstruo de crueldad e intolerancia.

El hecho de que el mismo Sixto designara a los inquisidores en esta ocasión, en lugar de permitir que lo hicieran el rey y la reina, demuestra cuánto había comenzado a desconfiar del nuevo instrumento del absolutismo real en España. Dos meses después, permitió a Fernando que extendiera la Inquisición a Aragón, pero en octubre suspendió el permiso, sin duda por haber recibido nuevas y más fuertes quejas de los conversos, que en multitudes acudían a Roma. La reina Isabel escribió al papa, de su puño y letra, asegurándole su filial obediencia y devoción, y protestando

que los judíos encubiertos huidos a Roma le habían engañado, con su acostumbrada duplicidad, en lo tocante a su propia conducta y a la situación dominante en Castilla. El papa había estado recibiendo apelaciones de los fallos de la Inquisición y otorgando perdones y remisiones muy liberalmente. La reina, entonces, sugirió la conveniencia de que el tribunal de apelaciones tuviera su asiento en España y no en Roma, para que los jueces estuvieran en contacto con la peculiar situación local.

El papa Sixto respondió en términos afectuosos, manifestando cuánto le complacía tener la seguridad de que la reina cumplía sus deseos de ser justa y misericordiosa con los conversos y que en modo alguno había sido engañado por sus enemigos en Roma. Prometía discutir con los cardenales su petición acerca de la instalación de un tribunal en España, y seguir, además, sus consejos. Entretanto, aunque no culpaba al rey ni a la reina, personalmente, de las irregularidades de la Inquisición, estaba lejos de creer que todas las quejas de los nuevos cristianos fueran infundadas. Agregaba que sus funcionarios, «habiendo dejado a un lado todo temor de Dios, no vacilaban en emplear la guadaña en una cosecha indigna, menospreciando nuestras instrucciones y los mandatos apostólicos... sin detenerse ni retroceder por temor a nuestras censuras», y que esto importaba una gran ofensa para él. «Por eso os recomendamos vivamente y requerimos que evitéis cuidadosamente censuras de esta clase, que deben temer los fieles, ni que sufráis que se inflijan ofensas a Nos y a la Santa Sede... Para esto, el Señor, en cuyas manos está el poder de los reyes, dirigirá vuestros deseos y os ayudará en favor de la Sede Apostólica. Él hará que vuestra posteridad y vuestros asuntos prosperen, y que todo suceda con bien a vuestra alteza, siguiendo el camino recto, de acuerdo con vuestro deseo.»

Después de consultar a los cardenales, el papa permitió el establecimiento de un tribunal de apelación en España, dependiente del arzobispo de Sevilla, y al mismo tiempo removió del cargo al inquisidor Gálvez.

El nuevo tribunal no tuvo éxito. Los fugitivos de Sevilla continuaron dirigiéndose a Roma para mendigar misericordia al papa.

Sixto pasaba por momentos difíciles, porque los venecianos estaban tratando de introducir nuevamente a los turcos en Italia.

A pesar de todo, parece que continuó observando con vivo interés el curso de los asuntos en España, y finalmente, el 2 de agosto de 1489, dio una extensa bula, dirigida, no a los soberanos españoles, sino a la posteridad, condenando el nuevo tribunal de Sevilla y censurando en ciertos aspectos a la Inquisición española. Declaraba que algunos funcionarios de la corona negaban a las personas acusadas el acceso al tribunal de apelación, y que las cartas de perdón otorgadas por el papa eran menospreciadas en España. Ordenaba que en el futuro debía garantizarse la completa libertad de apelación a todas las personas acusadas, y que todos los penitentes, fueran herejes o judaizantes, debían ser perdonados, permitiéndoseles que cumplieran las penas secretamente y en forma circunspecta. Los conversos cuyas apelaciones estaban pendientes de resolución en la curia romana, habían de ser tratados y considerados como verdaderos católicos.

«Es solamente la misericordia lo que nos hace semejantes a Dios», escribía el papa Sixto. «Por eso pedimos y exhortamos a los dichos reyes, en el corazón de Nuestro Señor Jesucristo, para que, imitándole a Él, que siempre está dispuesto a la misericordia y al perdón, perdonen a los ciudadanos de Sevilla y a los naturales de aquella diócesis que reconozcan su error e imploren misericordia; así que si ellos —los penitentes— quieren vivir, según lo prometen, de acuerdo con la verdadera fe ortodoxa, deben obtener de sus altezas indulgencias como ellas la reciben de Dios... y quedar libres, con sus bienes y familias, viviendo sanos y salvos tan libremente como antes de que fueran acusados de los crímenes de herejía y apostasía.»

En conclusión, Sixto amenazaba con la ira de Dios y las penas de la Iglesia a los que se opusieran a sus deseos. Aunque el papa suspendió la aplicación de esta bula durante diez días para considerar ciertas objeciones que se le habían hecho, sabemos que fue recibida y publicada por el obispo de Évora en Portugal, cinco meses después, y que el mismo Sixto y los dos papas que le sucedieron aplicaron su letra y espíritu en sus relaciones con la

Inquisición española.

La controversia entre la Santa Sede y la corona española había llegado a una situación crítica. Sixto creía que, con la información que obraba en su poder, había seguido, como jefe de la Iglesia, el único camino posible. Pero Isabel y Fernando pensaban aún que Su Santidad no comprendía bien la gravedad del problema judío en España. Se sugirió la conveniencia de llegar a un arreglo, y la reina Isabel propuso, parece que insinuado por el cardenal Mendoza, que el papa nombrara inquisidor general a uno de los ocho inquisidores por él designados, hombre cuyas dotes habían quedado bien patentes durante año y medio de actuación, y que se había revelado como poseedor de todas las condiciones de un juez bueno y recto. Sixto consintió, y en agosto de 1483 nombró a fray Tomás de Torquemada inquisidor general de Castilla y León, y pocos días después, de Aragón, Cataluña y Valencia.

Torquemada jamás había deseado ser inquisidor. Era un hombre de sesenta y tres años, que durante veinte había dirigido silenciosamente un devoto monasterio, dando a sus frailes el ejemplo de una vida bondadosa, desinteresada y consagrada al estudio. Insistía en la disciplina, pero era aún más estricto con él mismo que con los otros; nunca comía carne, dormía sobre una tabla desnuda, y no usaba prendas de lino sobre sus carnes. Era valiente e incorruptible, de manera que los judíos encubiertos no podían tener esperanzas de amedrentarlo o sobornarlo para que dejara de cumplir con su deber. Anteriormente se le había ofrecido un obispado, que rechazó, porque no ambicionaba honores ni gloria. Cualquier dinero que recibía en calidad de donación, lo gastaba en los pobres y en organizaciones religiosas y de caridad, y fue él quien construyó el monasterio de Santo Tomás de Aquino en Ávila y quien amplió el de Santa Cruz de Segovia. Parece que Torquemada aceptó el cargo de inquisidor como un penoso deber, porque estaba convencido de que sólo la Inquisición podía evitar que los judíos encubiertos destruyeran la religión cristiana y su civilización en España. No había olvidado que el Cristo que bendijo los lirios del campo y a los pequeñuelos, perdonado a la mujer adúltera y predicado el sermón de la montaña, era el mismo Cristo

que anunció con ardientes palabras la destrucción de Jerusalén y el castigo de los judíos por negarle, y quien, al expulsar a los mercaderes del templo, recordó a los judíos que «la piedra desechada por los que edificaron, iba a ser la clave de la bóveda», agregando: «Por eso os digo que el reino de Dios os será quitado y será dado a una nación que produzca en adelante frutos más abundantes. Y quien tropezare con esta piedra, se romperá, y contra quien ella caiga, será reducido a polvo.»

Para un hombre que había vivido tanto tiempo en Segovia, donde los judíos y conversos se mofaban abiertamente y blasfemaban del Cristo crucificado, tratando por todos los medios posibles de destruir su obra, era natural que se formara una idea bien clara del problema de la cristiandad frente a esa raza cuyos antepasados gritaron el día de la Crucifixión: «Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos.» Quizá Torquemada, la reina Isabel y el rey Fernando cometían el mismo error que cometió San Pedro cuando cortó con su espada la oreja del siervo del sumo sacerdote, en el huerto de Getsemaní, para ser después censurado por su Maestro. Es muy posible que al fin España pagara con la pérdida de su imperio la Inquisición y la seguridad que ésta le dio, pero, sea como fuere, debemos recordar que Torquemada y sus reales señores eran tan sinceros como San Pedro, y como éste, lo que hicieron, bien o mal, lo hicieron por amor.

Todos los cronistas de la época que mencionan a Torquemada, rinden tributo a su extraordinario carácter, a su eficiencia administrativa y a la confianza que inspiraba a los reyes. Dos papas, Sixto IV y Alejandro VI, ponderaron su celo y sabiduría. Se inició en sus funciones con enérgica serenidad, afrontando la reforma y reorganización de la Inquisición. Relevó inquisidores injustos o incapaces, designando a otros de su confianza. Hizo que, en general, los tribunales procedieran en forma más indulgente, y parece que se esforzó, por todos los medios a su alcance, para evitar los horrores y abusos de los primitivos inquisidores franceses. Se preocupó por que las prisiones fueran limpias y bien ventiladas, las que, por lo demás, eran mucho mejores que las mantenidas por las autoridades civiles de toda

Europa. Ordenó que se hicieran todos los esfuerzos necesarios a fin de poner a salvo los derechos del acusado, a quien se le autorizaba a nombrar un defensor y cuyos enemigos eran eliminados de la lista de testigos. Se hacía uso de la tortura sólo cuando todos los otros medios fracasaban, para obtener la confesión del acusado contra quien existían pruebas fidedignas. Si recordamos que el delito de herejía era considerado como el de la alta traición, y que la alta traición era castigada en toda Europa, no sólo con la muerte más cruel, sino con la confiscación de los bienes del condenado, la actuación de Isabel y Fernando y su Inquisición parece, por contraste, moderada. Si se comparan los juicios de Torquemada con algunos de los juicios seguidos por alta traición en Inglaterra durante el reinado de Enrique VII, Enrique VIII y la reina Isabel, la ventaja está toda del lado de la Inquisición. Y si debemos juzgar una institución, como dice De Maistre, no sólo por los daños que ocasionó, sino también por los que evitó, debemos admitir que, en ciertos aspectos, la Inquisición fue una bendición para España, porque durante su larga existencia salvó más vidas que las que destruyó. No solamente se salvó España de las terribles guerras de religión, que costaron cientos de miles de vidas en las regiones donde imperó el protestantismo, sino que se vio casi por completo libre de los horrores de la quema de brujos, que causó cien mil víctimas en Alemania y treinta mil en Inglaterra. Cuando la fiebre por cazar brujos estalló en la Europa protestante, España no se vio libre del terrible impulso de persecución, pero los inquisidores hicieron valer su jurisdicción sobre los casos de brujería, y después de una prolija investigación declararon que todo ello no pasaba de ser una simple fantasía. Algún incurso en la magia negra fue de cuando en cuando azotado u obligado a hacer penitencia, pero pocas fueron las vidas que se perdieron por esa causa, si es que se perdió alguna.

Durante los últimos veintitrés años del reinado de Isabel, cien mil personas fueron sometidas a juicio, de las cuales aproximadamente el dos por ciento, o sea dos mil personas, fueron condenadas a muerte, y esto, no sólo incluyendo a los herejes, sino a los bígamos, blasfemos, ladrones de iglesias, sacerdotes que se

casaban engañando a las mujeres sobre su verdadero estado, usureros, empleados de la Inquisición que violaban a las mujeres prisioneras, y otros delincuentes.

Después que Torquemada reformó la Inquisición en Castilla, procedió a hacerlo en Aragón, y en este último reino designó inquisidores al dominico fray Gaspar Juglar y al maestre Pedro Arbúes, de Épila, miembro de la orden de canónigos regulares agregados a la iglesia metropolitana de Zaragoza. En el primer auto de fe, cuatro mil personas se reconciliaron recibiendo penitencias. No hubo ejecuciones. Los penitentes fueron multados, no obstante; y los conversos, advirtiendo que el rey y la reina se proponían hacer una importante recaudación a sus expensas para la prosecución de la guerra mora, comenzaron a organizarse, como en Castilla, para evitar las temidas confiscaciones. La mayor parte de los miembros de las Cortes, de los jueces y de los abogados eran judíos encubiertos, como lo era asimismo el gobernador de Aragón.

Cuando sus protestas no consiguieron conmover a Fernando e Isabel, intentaron sobornarlos. Y cuando los soberanos rehusaron aceptar el dinero, los judíos millonarios que aparentemente profesaban el cristianismo resolvieron usar de la fuerza. Gran número de ellos se reunieron en la casa de Luis de Santángel para recolectar dinero y alquilar una banda de asesinos a fin de dar muerte a los inquisidores. Se dice que Juglar fue envenenado con unas rosquillas que le dieron algunos de los judíos encubiertos.

Se realizaron varios intentos para asesinar al otro inquisidor, Pedro Arbués. Todas las referencias coinciden en que era un hombre virtuoso e instruido, amigo de la soledad, que había aceptado el oficio de inquisidor, por mandato real, con el mayor disgusto. Era elocuente predicador, y se dice que tenía también el don de la profecía. Sus actividades como inquisidor consistieron, según se cree, meramente en la obtención de pruebas.

En la noche del 14 de septiembre de 1485, los asesinos se escondieron en la iglesia en que Pedro Arbués acostumbraba orar.

A medianoche entró éste en la iglesia, y, arrodillándose ante el

Santo Sacramento, pronto quedó arrobado en su oración. Los asesinos se deslizaron lentamente hacia él. Durango, un judío francés, lo hirió en la nuca, mientras otro rufián le atravesó con una espada dos veces el cuerpo. Pedro Andrés Arbués lanzó un grito: «¡Loado sea Jesucristo, que yo muero por su santa fe!», y cayó, mientras los asesinos huían.

Antes de amanecer, las calles estaban llenas de hombres enfurecidos que clamaban por la sangre de los conversos, y sin duda habría ocurrido una de las tradicionales matanzas a no ser por el joven arzobispo de Zaragoza, hijo bastardo del rey Fernando, que, cabalgando entre la muchedumbre, aseguró que se haría justicia.

Pedro Arbués murió a la medianoche del día siguiente. Durante las veinticuatro horas transcurridas desde el atentado, no dijo una sola palabra contra sus asesinos, «pero siempre glorificó a Nuestro Señor hasta que su alma le dejó». Cuando el sábado siguiente fue enterrado en presencia de una gran multitud, testigos oculares declararon que parte de su sangre caída en los escalones, y que allí se había secado, se licuó de pronto y comenzó a burbujear. Fue venerado como un mártir, y pocos años después, Fernando e Isabel hicieron levantar una estatua suya sobre su tumba. El papa Pío IX lo canonizó en 1867.

Lejos de producir el efecto que los judíos esperaban, el asesinato de Pedro Arbúes dio a los inquisidores libertad de acción en Aragón. Los jefes de la conspiración fueron aprehendidos y cruelmente ejecutados. Y en una serie de inexorables juicios, durante los cuales todos los intentos de soborno y corrupción fracasaron, Torquemada procedió a quebrantar el poder de la gran plutocracia de Aragón y volcó los beneficios en el tesoro de guerra de la cruzada.

CAPÍTULO XX

Cuando Isabel vio partir a su marido a caballo, de Córdoba, el 5 de abril de 1485, con veintinueve mil hombres, incluyendo nueve mil de caballería, sintió que por fin Castilla tenía un ejército que probaría ser invencible. Durante el invierno, el ejército había sido reorganizado completamente, para estar a tono con las nuevas condiciones de guerra, creadas por el uso cada vez más frecuente de los cañones de pólvora. Casi habían terminado los tiempos de la caballería, en los que los caballeros se hacían frente en combates singulares, triunfando el mejor. Comenzaba una nueva era en la historia de las guerras. Durante la Edad Media eran los hombres de las clases privilegiadas los que luchaban y los que principalmente se beneficiaban con ellas, ya que ocupaban los lugares de mayor peligro en los puestos avanzados, mientras los labradores y artesanos permanecían trabajando en sus casas, o servían, por un tiempo limitado, realizando en el ejército las tareas inferiores. Pero en la nueva guerra moderna, la gente del pueblo disfrutaría del privilegio de arriesgar sus vidas.

Como todo ejército moderno, el de Isabel fue bien provisto de artillería pesada, la mejor de Europa. Algunos de sus cañones italianos, llamados bombardas, podían arrojar balas de mármol que pesaban alrededor de ciento sesenta y cinco libras. Mientras Fernando y sus huestes partían al encuentro del enemigo, la reina Isabel se quedó en Córdoba orando por la victoria. Algunas veces oía misa en la catedral, que era como un bosque de pórfido, jaspe y lapislázuli entre exquisitas tracerías y mosaicos. El esplendor de la vieja iglesia era casi bárbaro; a la verdad, había sido en otro tiempo mezquita mora, construida por Abderramán y después transformada en iglesia cristiana. El santuario estaba recamado de

plata. El púlpito era de marfil, con incrustaciones de oro y piedras preciosas. Por todas partes colgaban millares de linternas trabajadas en filigranas de encaje.

Como norma, la reina prefería oír misa en su capilla privada, que a pesar de su riqueza, era de una gran sencillez. Sus ornamentos eran todos de oro y plata, y sus vestiduras ce sedas escogidas o de raso. El altar estaba recubierto de brocado y de raso bordado con piedras preciosas y perlas de gran valor, y ante él, sobre las multicolores alfombras de seda que cubrían el suelo, se alzaban macizos candelabros de plata primorosamente trabajados. La reina Isabel escuchaba con tanta atención, que si cualquiera de los sacerdotes o corista que cantaban la hermosa liturgia de la Iglesia llegaba a pronunciar mal una palabra latina u omitía una sola sílaba, notaba nota de ello y después corregía e instruía al culpable.

Isabel tenía entonces treinta y cuatro años. Era serena y de semblante pensativo, todavía bien parecida, como en el de su coronación. Se vestía a la moda. Una dama de calidad llevaba largos trajes de graciosas líneas. El vestido, con un apretado corsé y un cinturón enlazado al frente, caía obre los tobillos hasta el suelo, dejando ver solamente las puntas cuadradas de los zapatos. Sobre él se usaba un manto cruzado sobre la figura desde la izquierda y recogido bajo el brazo derecho, cayendo a los lados grandes pliegues. Era costumbre usar un velo y sobre éste una cofia que se sujetaba bajo la barbilla y que formaba sobre el pecho pequeños pliegue horizontales. La reina lucía muy pocas joyas, excepto en los actos oficiales.

Cuando el rey Fernando se encontraba allí, la reina desayunaba generalmente con él después de misa, mientras ambos abrían su correspondencia y montaban luego a caballo atravesando la ciudad para dirigirse a inspeccionar el campamento. Ahora que él se hallaba en el campo de batalla, ella quedaba sola para rezar y enviar abastecimientos al ejército. Al principio todas las noticias que llegaban de la frontera mora eran favorables. El rey había tomado por asalto tres plazas de gran importancia y destruido setenta ciudades moras de menor renombre. Luego

probó su nueva artillería contra los anchos muros de Ronda, que era llamada la *ciudad judía*. El pueblo se rindió, y los que prefirieron marcharse al África o a cualquier otro lugar, fueron autorizados a abandonar la ciudad, mientras a los que permanecieron el rey les asignó tierra, permitiéndoles practicar libremente su culto, fueran moros o judíos. Cientos de prisioneros cristianos liberados de las mazmorras de Ronda fueron enviados a Córdoba. Allí los recibió la reina Isabel en las escaleras de la catedral y ordenó que fueran alimentados y vestidos, como asimismo se proveyera de dinero a los hambrientos y casi desnudos infieles que, con sus enmarañadas barbas y cabelleras, caían de rodillas llorando a sus pies.

La reina estaba enferma y nerviosa y esperaba su quinto hijo. Sabía que el rey Fernando y el conde de Cabra estaban realizando una difícil maniobra para tomar la ciudad de Moclín, plaza fuerte que dominaba, por el Norte, la entrada a Granada; y deseando estar cerca de la escena, fue a Baena con el cardenal Mendoza y el pequeño príncipe Juan. Allí se instaló en la torre del castillo y esperó noticias de la victoria.

Un día oyó los sollozos de las mujeres que subían desde las calles, y se enteró de que habían llegado correos portadores de malas noticias. El conde de Cabra, que conducía una gran parte del ejército del rey para sitiar a Moclín, había caído en una emboscada tendida por el Zagal, hermano de Muley, siendo derrotado tras terrible mortandad.

Por primera vez en su vida, Isabel se sintió tentada por la desesperación. Comenzó a apoderarse de ella una silenciosa melancolía, algo semejante a la de su madre. Durante unas horas le pareció que todos los trabajos de su vida habían sido hechos en vano; y como si la derrota del conde no fuera suficiente, la situación de Castilla no era muy tranquilizadora. En junio de ese mismo año, los judíos y conversos de Toledo se propusieron apoderarse de las puertas de la ciudad mientras se realizaba una procesión con motivo de la festividad de Corpus Christi, asesinando a todos los principales cristianos para apoderarse del gobierno. Afortunadamente, la conspiración fue descubierta y reprimida por la

Inquisición, pero la reina no dejaba de pensar que lo que había ocurrido en Toledo podía ocurrir en cualquier otra parte con mejor éxito. Pasó muchas horas tristes, que empeoraron su estado físico. Pero Mendoza, el gran cardenal de España, la consoló y reanimó, hasta que se repuso y abandonó sus tristes pensamientos, adquiriendo nuevos bríos para un renovado esfuerzo.

Isabel reunió un consejo de guerra.

Cartas del rey decían que mientras éste se encontraba camino hacia Moclín, para atacarla desde el otro lado, se enteró de la derrota del conde, y dudaba entre retirarse o atacar a Moclín y arriesgarlo todo en un ataque desesperado. Durante la discusión, el obispo de Jaén, uno de los consejeros de la reina, dijo que sería más conveniente que el rey se apodera de los castillos de Cambil y Alhabar antes de atacar a Moclín pues de no hacerlo quedarían a sus espaldas esas dos plazas enemigas. La reina y el cardenal consideraron excelente el plan y se envió un correo al rey, quien lo puso en práctica. Mientras Fernando avanzaba contra los castillos, Isabel y su corte se trasladaron a Jaén para esperar los acontecimientos.

Todo marchó bien hasta que el rey, una vez que instaló su campamento en las alturas situadas entre Cambil y Alhabar, hizo el alarmante descubrimiento de que no era posible llevar sus pesados cañones a través del sinuoso sendero que conducía a las alturas donde se había asentado.

El nuevo peligro obligó a la reina a emplear hasta sus últimas energías en forma tal, que hacía recordar a sus lugartenientes a la invencible señora doña Isabel de la guerra contra Portugal. Pidió un caballo y se dirigió a las montañas para inspeccionar el terreno. Comprobó que una montaña se interponía en el camino de sus nuevos cañones. Entonces pensó que había que quitar la montaña.

Bajo la dirección de la reina y del obispo de Jaén, seis zapadores y hombres con palas comenzaron a cavar y volar un nuevo camino en la falda de la montaña, tan alto y empinado que «un pájaro se podía mantener allí con dificultad». Día y noche trabajaron rellenando valles, rompiendo rocas, cortando árboles, en

una palabra, nivelando toda una montaña. Cuando se acabaron los fondos reales, el cardenal pagó a los trabajadores. Nueve millas de camino fueron construidas en doce días, y los moros, que tanto habían reído ante la contrariedad de los cristianos, vieron asomar una mañana los negros hocicos de las pesadas bombardas que avanzaban lentamente, arrastradas por grandes bueyes, por la falda de la montaña.

La artillería de Fernando comenzó entonces a batir las torres y murallas de los dos castillos, que pronto se rindieron, autorizándose a los moros a recogerse en Granada. Era el mes de septiembre, y la corte volvió a Córdoba.

Ese año llovió casi continuamente desde el 11 de noviembre hasta la Navidad. Córdoba y Sevilla se vieron amenazadas por el peligro de las inundaciones, y la reina, aceptando la invitación del cardenal Mendoza, fue con su familia a pasar el invierno en su palacio de Alcalá de Henares.

Revisando su correspondencia, justamente antes de su partida, la reina encontró una carta de Rota con el sello del duque de Medinaceli, en la que éste le recomendaba a un individuo llamado Cristóbal Colón, llegado de Portugal en viaje hacia Francia para pedir al rey francés tres o cuatro naves a fin de navegar a través del océano oeste y encontrar ciertas islas. El duque entendía que si había algunas islas que descubrir, la gloria debía pertenecer a Castilla y no a Francia, y estaba reteniendo a Colón hasta tener noticias de la reina.

Isabel no disponía de dinero para barcos mientras la guerra contra los moros se hallara en una etapa tan incierta, pero ella no quería que el mérito de cualquier descubrimiento fuera para Francia o para un rico caballero como el duque de Medinaceli. Por lo tanto, ordenó al duque que enviara a Colón a Córdoba, prometiéndole escucharle a su vuelta.

Ella siguió hacia Alcalá, donde, en el palacio que había pertenecido en una época al arzobispo Carrillo, trajo al mundo, el 15 de diciembre, su quinto y último hijo. Fue una niña que se llamó Catalina, destinada a ser conocida en la historia como Catalina de

Aragón, la primera mujer de Enrique VIII.

CAPÍTULO XXI

Un hombre de casi treinta años, con cabello prematura mente gris, que sumaba un aire de nobleza a su continente solemne y algo áspero, trasponía, caballero en una mula, la puerta occidental de Córdoba en un caluroso día de junio de 1486. El sol brillaba después de largas lluvias y el aire estaba perfumado por nuevas flores. Las casas blanqueadas y las doradas torres resplandecían como en una ciudad de alabastro y oro. Pero el hombre montado en la mula seguía su camino sin mirar a derecha ni a izquierda; pasó la gran catedral de las diecinueve puertas de bronce pulido, hasta llegar al Alcázar. Allí se apeó, y, entrando en el palacio, entregó una carta del duque de Medinaceli a sus altezas el rey y la reina de Castilla.

Isabel y Fernando no volvieron del Norte hasta el 28 de abril, y Cristóbal Colón se vio obligado a esperar por espacio de tres meses, como huésped del tesorero real don Alonso de Quintanilla. Colón era hombre violento e impaciente; la demora le irritaba. Pero mientras esperaba a sus altezas era tratado con gran amabilidad por gente tan conspicua como el cardenal Mendoza, fray Hernando de Talavera, confesor de la reina; fray Diego de Deza, tutor del príncipe Juan y más tarde arzobispo de Sevilla, sucediendo a Torquemada como inquisidor general; Beatriz de Bobadilla, la amiga de toda la vida de la reina Isabel, y algunos de los grandes conversos, como Gabriel Sánchez, tesorero real de Aragón; el secretario del rey, Juan de Coloma; el rico banquero abogado Luis de Santángel, en cuya casa se había planeado el asesinato del inquisidor Pedro Arbués. A pesar de sus propias quejas y de la falsa leyenda a la que ellas darían nacimiento, parece que Colón fue ayudado desde un principio por los más destacados hombres y

mujeres de España.

Sus primeros años han quedado ocultos en el misterio, y hay historias contradictorias acerca de ellos, pero de sus documentos y de los de su hijo resulta que era italiano, nacido en una de las pequeñas villas de las afueras de Génova, probablemente hacia 1451, año del nacimiento de la reina Isabel. Su padre era un cardador de lana, y Cristóbal fue probablemente tejedor en Savona, donde nació su padre y vivió él hasta 1472, fecha en que se dedicó a la navegación, realizando un viaje a Quíos y más tarde otros a Inglaterra, Islandia y Guinea. Se casó en Portugal, y allí nació su hijo Diego en 1480. Poco después concibió Colón la idea de navegar hacia el Oeste para llegar a las Indias y a las tierras descritas por Marco Polo y Juan Mandeville. Como todos los hombres instruidos e informados de aquella época, tenía que saber que la Tierra era redonda, porque había leído la opinión de Aristóteles en el *Imago Mundi* del cardenal Pedro de Ailly. En su misma época, el notable erudito que más tarde fue el papa Pío II, escribió: «Casi todos están de acuerdo en que la Tierra es redonda.» Se creía, sin embargo, que la Tierra era mayor de lo que es.

Colón solicitó el apoyo de don Juan, rey de Portugal, quien designó una comisión de dos obispos y dos doctores para estudiar el caso, informando éstos al rey que Colón era sólo un visionario. Colón atribuyó después la negativa a «ese judío José», el médico y astrólogo Vecinho. En Castilla, no obstante, tenía razón para estar agradecido a muchos judíos, y uno de ellos iba a contribuir en forma decisiva a su éxito.

Desahuciado en Portugal, Colón se embarcó para España con la intención de seguir desde allí a Francia, pero una tormenta hizo embarrancar a la carabela en Palos, donde pidió alimento y albergue, para él y el pequeño Diego, en el monasterio franciscano de La Rábida. Expuso sus proyectos a fray Antonio Marchena, hombre instruido en astronomía y cosmografía, y fray Juan Pérez, prior del monasterio, que había sido en un tiempo confesor de la reina. Ambos eran súbditos de Castilla y rogaron a Colón que ofreciera a la reina Isabel la oportunidad de recoger la gloria de sus

descubrimientos. Es probable que fueran ellos quienes le sugirieron que viera al duque de Medinaceli.

Cuando Isabel y Fernando regresaron a Córdoba, recibieron a Colón en el gran salón del Alcázar, y escucharon el desarrollo de su plan. Parece que les causó una impresión favorable desde el comienzo. Tenía una cara alargada que enrojecía fácilmente cuando hablaba. Sus pequeños ojos grises brillaban como los de un hombre que tiene una visión. Su nariz aguileña reflejaba una naturaleza inquisitiva y dominante. El padre Bernáldez, el sacerdote historiador de quien fuera huésped unos años más tarde, lo definía como «hombre de muy alto ingenio, pero sin instrucción». Con todo, por mucho que interesaran al rey y a la reina el ligur y sus planes, dudaban si sería prudente gastar dos millones de maravedíes —cerca de siete mil libras de nuestra moneda— en una expedición hacia tierras que podían no existir, cuando se encontraban empeñados en una larga y costosa guerra y necesitaban dinero para cañones y municiones, y barcos para bloquear las ciudades moras del Mediterráneo. Creyeron conveniente retener a Colón en la corte hasta que terminara la guerra. El rey Fernando, con el consentimiento de la reina, designó una comisión presidida por fray Hernando para que dictaminara sobre los proyectos de Colón. Entretanto, asignaron al navegante una pensión de tres mil maravedíes mensuales. Después de esto se olvidaron de él durante un tiempo.

En ese año era cuando movilizaban hasta el último recurso para precipitar el final de la guerra. Su heroico esfuerzo reclamaba la colaboración de los hombres de Europa entera, y habían llegado soldados de todas las naciones cristianas para luchar bajo el plateado estandarte de la Santa Cruz, que el papa Sixto IV les enviara con su especial bendición. Había hasta ingleses e irlandeses en la hueste de cincuenta y dos mil hombres que el rey Fernando lanzó ese verano contra los moros. El soberano marchó sobre Loja, donde sufrió su primera humillación en la guerra, y, después de muchos días de larga y sangrienta lucha, echó abajo las murallas y entró en la ciudad triunfalmente, mientras todo el ejército gritaba: «¡Castilla! ¡Castilla!» y, arrodillado, cantaba el *Te*

Deum. Fernando envió la buena nueva a Isabel, que se encontraba en Córdoba, rogándole que visitara el campamento, porque su presencia surtía sobre las tropas un efecto notable. Así lo hizo, y los cincuenta mil guerreros cristianos desfilaron ante ella, que los revistó. Cada batallón inclinaba sus estandartes, en homenaje, al pasar frente a ella. Montaba una mula zaina, con magnífica silla recamada de incrustaciones de plata. Cuando el rey se adelantó para recibirla, ella le hizo tres reverencias, y él le contestó con otras tres. Entonces ella se quitó el sombrero, luciendo sobre el pelo castaño una malla de seda o chal que dejaba las mejillas al descubierto. El rey Fernando la abrazó y la besó en la mejilla. Después abrazó a la princesa Isabel, la besó en la boca y le dio su bendición.

Uno de los nobles extranjeros que llegaron a presentar sus saludos a la reina fue lord Scales, conde de Rivers, cuñado del rey Enrique VII, quien trajo cien arqueros ingleses y doscientos hacendados para luchar en la cruzada. En el sitio de Loja, una gran piedra arrojada por un moro le había destrozado los dientes. La reina Isabel expresó su pesar por la pérdida.

«Es cosa pequeña —dijo el inglés— perder unos pocos dientes en el servicio de Aquel que me los dio todos. Nuestro Santísimo Señor, que ha construido toda esta casa, sólo ha abierto una ventana en ella, para ver más fácilmente lo que pasa dentro.»

La reina quedó tan encantada con este caballero, que le envió al día siguiente, de, regalo, doce magníficos caballos andaluces, dos camas con cobertores de brocado de oro, alguna ropa blanca fina y soberbias tiendas de campaña para sus hombres.

Fernando tomó por asalto a Moclín. Cuando él e Isabel entraron triunfantes a la cabeza de una larga procesión, con el coro de la real capilla cantando el *Te Deum* oyeron débilmente, como si' llegara de bajo tierra, un coro de voces que cantaba estáticamente: «Benedictus qui venit in nomine Domini». Las voces venían de las mazmorras donde se guardaba a los cristianos cautivos. Los pobres desgraciados fueron llevados a su presencia, medio desnudos y medio muertos de hambre, pero todavía cantando

histéricamente y sollozando.

La reina siguió a su victorioso ejército casi hasta las murallas de Granada, y luego volvió a Córdoba. Había sido un año de grandes éxitos. Pero nuevos y tal vez más graves peligros se vislumbraban en el Mediterráneo, pues Granada era sólo un pequeño segmento del largo campo de batalla del islam, cuyo inquebrantable imperio se extendía desde Gibraltar hasta la China. Alarmados por el éxito de Fernando e Isabel, el sultán de Egipto y el emperador de Turquía, Bayaceto II, olvidando sus diferencias, habían resuelto iniciar una nueva ofensiva contra la Europa cristiana. Y convinieron que mientras Bayaceto lanzaría una gran flota contra el reino siciliano de Fernando, el sultán enviaría un fuerte ejército desde África a España, para reforzar a los moros en Granada.

Fue la crisis más grave de la cristiandad desde la calda de Otranto en 1480. El papa Inocencio VIII, hombre amable y caritativo, de cincuenta y cuatro años de edad, con vista débil y salud enfermiza, dio una bula llamando a todas las naciones cristianas a la cruzada de los soberanos españoles, pero en general el llamamiento cayó en oídos que el egoísmo había hecho sordos.


Huéscar
1488
Vélez-Blanco
1488
Lorca
Baza
1489
Vélez-Rubio
1488
Lucena
Alcalá la Real
Moclín
1486
Antequera
1404
Montefrío
Guadix
1489
Huércal
1488
Santa Fe
GRANADA
Setenil
Vera
1488
Zahara
Cártama
1485
Vélez-Málaga
1487
Mojácar
1488
Ronda
1485
Coín
Málaga
1487
Almería
1489
Almuñécar
1489
Salobreña
Castel de Ferro
1487
Conquistas hasta 1489
Conquistas hasta 1492
1404 Fecha de la conquista

CAPÍTULO XXII

El rey Fernando tenía valor e inteligencia; su esposa tenía genio. Cuando ésta se enteró del nuevo plan de los mahometanos para conquistar a España, sugirió a aquél que abandonara su idea de apoderarse de Baza y en su lugar descendiera a la costa del Mediterráneo, atacando los tres puertos fortificados: Vélez-Málaga, Málaga y Almería. Éstos eran los puntos avanzados de Granada en el Sur, y su conquista iba a separar de Africa al reino moro. El más importante de estos puertos era Málaga, por el cual pasaban constantemente de la costa bárbara a Granada reservas de hombres, alimentos y municiones. Fernando, que valoraba altamente los consejos de la reina, dejó Córdoba el domingo de Ramos de 1487, llevando setenta mil hombres precedidos de cuatro mil peones para allanarles el camino a través de las montañas cubiertas de nieve. Acosados por los montañeses, los cruzados se abrieron ruta por ventosos pasos de mula.

Más adelante, después de luchar sobre vertiginosos precipicios, divisaron el cálido valle de Vélez-Málaga y el azul del Mediterráneo.

Fernando estableció su campamento en la ladera que dominaba la ciudad, y esperó a que su artillería llegara. Los moros sorprendieron el campamento, y en la violenta batalla que libraron, el rey hubiera perecido de no mediar la providencial ayuda del marqués de Cádiz.

El Zagal cruzó entonces de noche las montañas, para liberar Vélez, y acampó encima del campamento de Fernando, quien se encontró así en una posición peligrosa, entre dos enemigos, y envió un urgente correo a la reina Isabel pidiéndote refuerzos.

Isabel no contaba con tropas para enviarle ni con dinero para

contratarlas. Tenía entonces treinta y seis años y comenzaban a patentizarse en ella los efectos del trabajo y las privaciones. Pero en el desafío de lo imposible, una vez más despertaban sus energías para realizarlas heroicamente.

Cabalgaba día y noche, haciendo rápido reclutamiento en las ciudades y castillos, y llamando a las armas a todos los hombres de Andalucía menores de setenta años. Bajo la fascinación de su voz y sus palabras, viejos veteranos de la guerra, olvidando su reumatismo, descolgaron sus espadas y lanzas de las paredes y se dirigieron a Córdoba, donde la reina y su fiel amigo el cardenal Mendoza, que en edad avanzada y a pesar de su enfermedad, había acudido a su llamamiento, les adiestraron y organizaron rápidamente en regimientos. El canoso cardenal pagó a los hombres con los restos de su fortuna privada, y poniéndose a la cabeza de ellos, se dirigió al campo de batalla para rescatar a Fernando.

Antes de que llegara el destacamento de socorro, el Zagal había atacado a los cristianos, pero la ayuda que había esperado de Málaga le falló, y fue rechazado por Fernando, quien le infligió una gran mortandad.

Cuando la artillería y la expedición de la reina llegaron a las montañas, Vélez se rindió, y los victoriosos cruzados marcharon sobre Málaga.

Esta rica y hermosa ciudad se extendía entre dos poderosos fuertes, en una curva del tranquilo mar. Las grandes murallas se elevaban desde las aguas hasta los poderosos castillos y enormes torres, entre los cuales florecían jardines colgantes como los de Babilonia, con majestuosos cedros y palmeras que daban sombra a las fuentes y patios, y arboledas de naranjos y de granados. La guarnición se componía de gomares bravos y expertos guerreros de Berbería, a cuyo frente se hallaba el temido caudillo el Zegrí.

La artillería de los cristianos tronó contra los muros, pero los árabes se iban acostumbrando a las bombardas, y aprendiendo cómo reparar las brechas. Entretanto, una epidemia que había atacado a las aldeas vecinas, prendió en el campamento cristiano,

ocasionando más muertes que los mismos enemigos. Además, las provisiones disminuían y se corría el peligro de sufrir hambre. El rey Fernando, como de costumbre, recurrió a la reina, quien se dirigió en seguida al campamento, acompañada del cardenal Mendoza y la princesa Isabel. Poco después de su llegada fue capturado un moro, que dijo ser un profeta a quien Alá había revelado cuándo y cómo Málaga sería tomada; pero que él no confiaría su secreto más que al rey Fernando y a la reina Isabel. El marqués de Cádiz envió al hombre a la tienda real, pensando que podría tener interés su información. El rey se encontraba durmiendo la siesta, e Isabel decidió esperar a que despertara, para interrogar juntos al prisionero. Mientras, el moro fue llevado a una tienda cercana, donde la amiga de la reina, doña Beatriz de Bobadilla, jugaba al ajedrez con el príncipe portugués don Alvaro. El moro creyó que aquellos eran el rey y la reina. Pidió un vaso de agua para beber, y mientras sus guardias se dirigían a buscarlo sacó una cimitarra que tenia oculta bajo su albornoz y se arrojó sobre los inocentes jugadores. Don Alvaro cayó sin sentido con una herida en la cabeza, y el derviche hubiera muerto a doña Beatriz a no ser por los guardias, que ya habían regresado. Los soldados despedazaron pronto al asesino y sus restos fueron arrojados por medio de una catapulta contra las murallas de Málaga. Isabel ofreció devotas oraciones en acción de gracias por la salvación de su marido.

Su presencia, según ocurría siempre, levantó el espíritu en el campamento. Los españoles tenían casi la supersticiosa convicción de que adondequiera ella fuera, la victoria la acompañaba, y hasta los mismos moros empezaron a inquietarse con esta creencia. La reina montó en su cabalgadura e inspeccionó las tiendas utilizadas como hospitales, consolando a los enfermos y vendando con sus propias manos a los heridos. Bajo su influencia, un nuevo y saludable espíritu reinaba en el campamento. Mientras permaneció allí, no se oyeron maldiciones ni alborotos. Sacerdotes celebraban misa todas las mañanas como en una gran ciudad y predicaban «tanto a los que estaban sanos como también a los enfermos», y los cantores de la capilla de la reina cantaban diariamente las

vísperas y marchaban, cantando, en solemnes procesiones. Sobre la dilatada ciudad de seda y lino brillaba la cruz de plata del papa Sixto, y cuarenta grandes campanas de plata de variable tono daban armoniosamente las horas del día y de la noche. Los moros, cuyo Corán prohíbe el uso de campanas, odiaba el sonido, y acostumbraban gritar sobre las murallas: «¿Cómo no tienes las vacas y traes los cencerros?»

Celebrando la llegada de la reina, Fernando ordenó que cesara el fuego y ofreció a los habitantes de Málaga respetar sus vidas, libertad y propiedades si se rendían, pero ellos, bajo el mando del fanático el Zegrí, rehusaron aceptar. Cuando, al fin, se vieron obligados a rendirse, Fernando e Isabel entraron en la ciudad como conquistadores, después de un sitio de tres meses y once días, y libertaron a seiscientos cristianos de las mazmorras, muchos de ellos nobles castellanos que habían permanecido enterrados vivos por espacio de quince o veinte años. El rey Fernando procedió a tratar duramente a aquellos que le habían costado tanto dinero y sangre. Ordenó que todos fueren vendidos como esclavos, excepto los que pudieran pagar un rescate de treinta doblas de oro. Les concedió ocho meses para juntar el dinero, y pasado ese tiempo, once mil de ellos, que no pudieron cumplir sus condiciones, fueron vendidos.

Cuatrocientos cincuenta moros judíos que vivían mi Málaga fueron rescatados por Abrahán Senior, jefe de los rabinos de Castilla, un millonario que había prestado dinero a Isabel y Fernando y a quien habían enajenado algunos de sus impuestos a fin de obtener dinero para la cruzada.

El rey y la reina se marcharon a Aragón a pasar el invierno, volviendo al Sur en primavera.

El año 1488 fue desgraciado, principalmente porque Fernando cometió el error de enviar tropas en ayuda del duque de Bretaña, sublevado contra la corona de Francia.

La reina Isabel dio probablemente al rey su consentimiento en aquella ocasión, quizá en un momento de gratitud por sus éxitos y la casi milagrosa forma en que se salvó de la muerte. Los

resultados confirmaron sus recelos. Los franceses rebeldes fueron derrotados y más de mil españoles fueron muertos. Esto le restó hombres a Fernando en el año en que la ofensiva tanto tiempo preparada por los mahometanos cayó sobre Europa.

Una flota turca de cincuenta y cinco galeras se hizo a la mar, llevando un ejército de cien mil hombres, para atacar el reino de Sicilia de Fernando, con la intención de usarlo como base para traer fuerzas y abastecimientos de África, conquistar Italia y desde allí lanzarse sobre Europa.

Afortunadamente, el propósito fracasó, porque el papa Inocencio VIII reunió suficientes fuerzas para defender Malta de los turcos, no pudiendo éstos tomar a Sicilia sin tomar antes a Malta.

Pero Fernando disponía solamente de diecinueve mil hombres y muy pocos recursos para seguir la cruzada, y cuando atacó a Almería no pudo tomarla, viéndose obligado a retirarse. Dejando su ejército, se encaminó a la famosa cruz de Caravaca, en las montañas de Murcia, y allí, corno el rey David, se arrodilló en el polvo para hacer penitencia por sus pecados y para pedir a Dios que le diera mejor suerte.

Los moros, animados por la retirada de Fernando, emprendieron la ofensiva a todo lo largo de la frontera, se apoderaron de ciudades cristianas y de rebaños de ganados y se llevaron hombres, mujeres y niños que redujeron a la esclavitud. Llevaron el hierro y fuego hasta Murcia, en el Este: y en el frente del Oeste muchas ciudades moras tomadas por Fernando volvieron al yugo musulmán, comenzando la matanza de cristianos.

Como si Dios y la naturaleza se hubieran vuelto contra don Fernando por haber dejado la cruzada por una guerra privada, el año terminó con inundaciones, tormentas y pestes. A lo largo de las costas de España se veían esparcidos los restos de los buques náufragos; los tejados eran arrancados de las casas por los vientos; torres de piedra se derrumbaron; el Guadalquivir rodeó a Sevilla con un abrazo enfurecido, rompiendo contra las casas bajas sus barrosas aguas amarillas, al extremo que los habitantes temieron su total destrucción. En Córdoba, ese año murió de peste

más gente que en 1481.

El rey y la reina pasaron el invierno reclutando un nuevo ejército, y tras enérgicos esfuerzos reunieron cincuenta y tres mil hombres, que Fernando lanzó contra Baza. Ésta era una plaza extraordinariamente poderosa, protegida en la parte posterior por una montaña y en el frente por murallas macizas y torres.

Parecía evidente, apenas acampó Fernando junto a la muralla, que el precio de su conquista iba a ser tremendo. Muchos de los capitanees del rey, incluyendo al marqués de Cádiz, aconsejaron que se abandonara el sitio hasta el año próximo. Una vez más, Fernando requirió el consejo de Isabel. Su respuesta fue característica. Baza debía ser tomada a cualquier precio. Otra retirada sería fatal para el espíritu del pueblo y para la cruzada. Si el rey y su ejército continuaban el sitio, ella prometía por su parte, con la ayuda de Dios, enviarles alimentos, municiones y dinero para pagar a las tropas.

Con el objeto de obtener fondos para cumplir su promesa, empeñó su oro y su plata, valiosa herencia de sus antepasados y envió todas sus alhajas con veloces mensajeros a Valencia y Barcelona para empeñarlas a los judíos prestamistas; su collar de perlas, sus rubíes, hasta la engarzada corona de San Fernando. El dinero obtenido de este modo salvó la cruzada en su momento más crítico.

CAPÍTULO XXIII

Cuando Isabel llegó al lugar del sitio de Baza, hasta los moros se apiñaban en las murallas y torres para ver a la poderosa reina a cuya belleza, bondad y sentido de la justicia aun sus propios trovadores rendían culto. Su llegada infundió nuevos bríos al ejército cristiano y llenó de desesperación al enemigo. Al día siguiente los musulmanes pidieron condiciones de paz, y el 4 de diciembre se rindieron.

Mientras el rey y la reina estaban en Baza fueron visitados par dos frailes franciscanos, enviados desde Jerusalén por el sultán de Egipto para advertirles que si no cesaban la guerra contra Granada, mataría a todos los cristianos en Palestina, destruiría todas las iglesias y la del Santo Sepulcro de Jerusalén. Isabel recibió a los monjes con gran amabilidad, les concedió un donativo anual de mil ducados para su convento y les encargó que llevaran un rico bordado, trabajado por sus propias manos para ser colgado en la iglesia del Santo Sepulcro. Harían saber al sultán que más adelante ella enviaría un embajador para tratar detalladamente las cuestiones que él planteaba. De ese modo la reina ganaba tiempo, y finalmente despachó a Pedro Mártir, erudito italiano, para hacer la paz con él.

Un tercer hombre, vestido de hábito marrón, tenía por entonces concedida una audiencia con el rey y la reina. Era Cristóbal Colón, quien todavía abrigaba la esperanza de obtener tres barcos para navegar a las Indias. Como todo hombre dominado por una idea, consideraba secundario o fútil cualquier otro problema; no podía entender o tolerar la menor oposición, y su sensibilidad frente a toda crítica llegaba a ser como una manía persecutoria. Estaba dispuesto a culpar a cualquiera menos a sí mismo de su

desgracia. En un momento de amargura escribió que todos en Castilla se habían puesto contra él. En cambio, había sido tratado con gran cariño. La pensión que Isabel le otorgó era casi equivalente al salario de uno de los más importantes profesores de la Universidad de Alcalá, y cuando, careciendo de dinero, se vio obligada la reina a suspender su pensión, en 1489, ordenó a todos los dueños de mesones y hoteles que alimentaran y vistieran a él y a sus dos hijos.

Es cierto que fray Hernando de Talavera y la otra comisión de sabios y marinos nombrados por el rey Fernando para estudiar la propuesta de Colón en 1486 informaron desfavorablemente su proyecto. Pero fue el propio Colón el culpable de este hecho, porque no explicó íntegramente su plan, temiendo que pudieran robarle sus documentos y hacer uso secreto de ellos, como creía que lo habían hecho los portugueses. Su actitud suspicaz y su falta de franqueza debió, así, producir una desfavorable impresión en el ánimo de los comisionados.

Inmediatamente después de esta repulsa, Colón recibió, no obstante, una cordial invitación de los monjes dominicos —que eran profesores de la Universidad de Salamanca— para que lo visitara y discutiera con ellos sus planes. Esta muestra de atención se debía principalmente a fray Diego de Deza —un converso—, confesor antes de la reina y preceptor del príncipe Juan y ahora obispo de Salamanca y profesor de teología en la Universidad.

Colón permaneció varios meses en calidad de huésped en el Colegio Dominicano de San Esteban de Salamanca. Por aquel entonces, la Universidad contaba con seis mil estudiantes. La mayor parte de los grandes nobles enviaban allí a sus hijos A los muchachos pobres, si revelaban méritos para ello, se les enseñaba gratuitamente. Fue allí donde Colón defendió vigorosamente su proyecto. Repetía textos de las profecías de Isaías y otros pasajes de la Biblia y declaraba que Dios le había elegido expresamente para «abrir las puertas de los mares del Oeste». Éste no podía ser un argumento muy convincente para monjes que eran también hombres de ciencia y que, piadosos como debían serlo, no admitían que se basara una discusión científica en citas de los

padres de la Iglesia. Pero, con todo, pensaban que los proyectos del italiano eran dignos de consideración, y de ahí que fueran sus más adictos defensores ante el rey y la reina.

No era la intención de Isabel abandonar la ambición principal de su vida enviando a un poético aventurero, como aparecía ante muchos, a través del Atlántico. Una vez más lo despidió con cariñosas palabras, y él salió de Baza sin que se tuvieran noticias suyas durante los dos años siguientes.

Fernando se dirigió el 7 de diciembre hacia Almería, en la Costa sur.

Isabel siguió con la retaguardia. El invierno había llegado ya sobre las agrestes montañas, cuando emprendió su arriesgado viaje por la más desolada y salvaje región de la extensa sierra. Rodeada de escalofriantes caballeros cubiertos con mantos, escaló a caballo los picos helados que emergían de entre las nubes, y descendió a los valles donde nunca penetraba el sol. Le había costado veinte mil vidas la conquista de Baza. Centenares más murieron en el camino al Mediterráneo.

Almería se rindió sin lucha, y la corte pasó la Navidad muy alegremente en las playas con olor de sal, cazando jabalíes a lo largo de los vecinos bosques montañosos. Ahora se tenía la seguridad de que la guerra contra Granada se ganaría. Con un suspiro de alivio, volverían Isabel y Fernando de batallas y sitios a ocuparse de la educación de sus hijos y a proyectar sus casamientos. Buscaron una alianza con el emperador alemán Maximiliano, o, como se le llamaba, el *rey de los romanos*, negociando el casamiento del príncipe Juan con su hija Margarita y el de la estrafalaria princesa Juana con su hijo Felipe el Hermoso. Para asegurar contra Francia una alianza con Inglaterra, habían accedido recientemente a que su hija menor, Catalina, se casara con el príncipe Arturo de Gales tan pronto como ambos tuvieran la edad suficiente.

En ocasión de firmarse el tratado con Inglaterra, se celebraron torneos y fiestas en Medina del Campo. Fernando vestía «un gran hábito de tela de oro, bordado por completo de oro, guarnecido con

costosa orla de cibellina», e Isabel lucia un «rico traje de la misma tela de oro y sobre él una capita de terciopelo negro con grandes calados». Y «cruzado hábilmente sobre su lado izquierdo, llevaba un corto manta de fino satén carmesí, forrado de armiño». Su collar era de oro y en su pecho ostentaba una cinta adornada con diamantes, perlas y rubíes. Un inglés escribió a su país que la bolsa de su ceñidor de cuero tenía «un gran rubí balaje del tamaño de una pelota de tenis entre cinco magníficos brillantes y otras piedras del tamaño de una habichuela». Esto sucedía en marzo de 1489, antes del sitio de Baza. Las joyas estaban ahora en los cofres de los prestamistas de Valencia y Barcelona.

Para arreglar las condiciones con Enrique VII, Isabel y Fernando enviaron a Inglaterra al doctor Puebla, de quien se dice era cojo, tacaño, de mal genio, vanidoso y falso, y que, según parece, víctima de las adulaciones del astuto rey Enrique, traicionó a sus mandantes. Escribió que había visto al pequeño príncipe Arturo durmiendo y que lo encontró «grueso y rubio, pero pequeño para su edad» de veinte meses.

En 1479, Isabel y Fernando consintieron en los esponsales de la princesa Isabel con don Alfonso, heredero del trono de Portugal. En 1486 los vemos ofreciendo a la princesa al joven Carlos VIII de Francia, pero la regente Ana de Beaujeu rehusó el ofrecimiento. Fernando e Isabel parecen haber sido algunas veces poco escrupulosos en los tratados con los inescrupulosos monarcas de aquellos tiempos. De todos modos, mantuvieron su compromiso con Portugal, y la princesa se casó por poder el domingo de Resurrección de 1490, siendo la novia enviada a Portugal en noviembre. Tenía setenta damas de honor y cien pajes, y las fiestas y torneos que se realizaron con motivo de su casamiento duraron dos semanas.

El particular orgullo del corazón de la reina Isabel por el pequeño príncipe rubio hacía que le llamara «mi ángel». A causa de que éste parecía destinado a gobernar sobre toda España, prestaba ella la mayor atención a su salud, porque era delicado, como también a su educación. La reina escogió diez niños para que fuerais sus compañeros, cinco de su misma edad y cinco

mayores, con quienes estaba obligado a competir de igual a igual en sus estudios y deportes; todos vivían en un pequeño palacio exclusivamente destinado para ellos, como si fuera, un rey con sus cortesanos, para que el príncipe se ejercitara anticipadamente en sus futuras tareas.

Fue un día memorable para el príncipe Juan aquel en que se le permitió montar a caballo, armado de pies a cabeza, al lado de su padre, cuando el rey salió a luchar con un ejército de veinticinco mil hombres en 1490. Marcharon a través de territorios moros, quemando las huertas y los campos, hasta que llegaron a la vista de las rojas torres de Granada, y allí el rey armó caballero al príncipe Juan, quien tuvo por padrinos al marqués de Cádiz y al duque de Medinasidonia, dos viejos enemigos, ahora amigos.

Los soberanos se propusieron, si era posible, dar término a la guerra en 1490, y mediante un gran esfuerzo pusieron en acción un ejército de cincuenta mil hombres, que marchó hacia Los Ojos de Huécar, a cuatro millas de Granada, donde instalaron y fortificaron un gran campamento rectangular. Cuando Isabel y las infantas llegaron, el marqués de Cádiz ofreció a la reina su propia tienda, en la que ella se instaló.

Una noche de julio, mientras la reina dormía, su tienda se incendió con la llama vacilante de una candela. El fuego se propagó de tienda en tienda hasta que el campamento de seda y brocado se convirtió en una hoguera. Despertada la reina por los gritos de los soldados, se precipitó a la tienda contigua, donde dormía profundamente el rey, y lo despertó. Salvaron al príncipe y a las infantas, que dormían en tiendas vecinas, y luego, escasamente vestidos, cruzaron a caballo el campamento en llamas, tratando de tranquilizar a sus hombres y detener el pánico. El fuego había llegado ya a las barracas de madera, y en muy poco tiempo todo el campamento quedó reducido a cenizas.

Cuando se supo que el guardarropa de la reina había sido destruido por el fuego, el apuesto caballero Gonzalo de Córdoba, conocido como el príncipe de la juventud, le ofreció el de su esposa. Isabel, agradeciéndoselo, le dijo: «Vuestra casa ha perdido

más en el desastre que la mía», a lo que el caballero respondió: «No es un desastre el que a mi esposa y a mí concede el privilegio de servir a vuestra alteza».

Fernando ordenó a sus tropas que atacaran las murallas de Granada para mantener su moral y evitar que los moros sacaran ventaja de la desgracia. Isabel, por su parte, en lugar de descorazonarse, ordenó al ejército que trabajara en la reconstrucción del campamento, pero no en madera y seda, sino en piedra. Se trajeron piedras de las montañas cercanas, y día tras día fueron alzándose las nuevas construcciones ante la mirada de los asombrados árabes. En tres meses, el ejército levantó una ciudad completa en medio de la llanura. Tenía torres y murallas almenadas, y sus dos principales calles formaban una gran cruz. Los caballeros quisieron llamarla con el nombre de la reina, pero ella insistió en llamarla Santa Fe.

Un día de agosto, en circunstancias en que la reina se había alejado con sus hijas y el marqués de Cádiz, a caballo, seguida de una gran escolta de tropas, para ver a Granada desde una montaña, los moros los atacaron, e Isabel tuvo la oportunidad de observar a sus hombres en acción desde poca distancia. Ella se arrodilló para orar, mientras el marqués y sus caballeros espoleaban sus caballos, lanzándose a la lucha. Después de la batalla, en la que las tropas cristianas capturaron dos mil moros a costa de algunos hombres, ordenó que se levantara en el lugar un monasterio en honor de San Francisco, a cuya intercesión atribuía la victoria. Los moros rindieron la plaza, al fin, cuando llegó el otoño. Fernando e Isabel les otorgaron condiciones magnánimas, permitiéndoles que practicaran su propia religión y que conservaran sus mezquitas, sus leyes, su idioma, sus costumbres y sus propiedades, con la exención de pagar impuestos durante tres años. Boabdil se adelantó para rendirse el 2 de enero de 1492, entregando las llaves de Granada al rey Fernando, quien a su vez las entregó a la reina, y ésta lo hizo al príncipe Juan.

Poco después, sobre la torre más alta de la ciudad apareció la cruz de plata de la cruzada y al lado el estandarte de Santiago. El rey y la reina con todo el ejército se arrodillaron, dando gracias a

Dios por la victoria; y los cruzados gritaron: «¡Santiago! ¡Santiago! ¡Castilla! ¡Castilla por los invencibles monarcas don Fernando y doña Isabel!»

Cuatro días después, en la fiesta de la Epifanía, los monarcas entraron en la ciudad, y después de dar gracias a Dios otra vez y oír misa solemne, fueron a la Alhambra y se sentaron en los sitiales de los emires. Era la primera vez, después de setecientos setenta y siete años, que los cristianos volvían a ejercer su autoridad en aquel lugar.

Entre los hombres más destacados que presenciaban el triunfo se encontraban: fray Hernando de Talavera, que iba a ser arzobispo de Granada; el invariable amigo de la reina, cardenal Mendoza; el inquisidor general, fray Tomás de Torquemada; Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán; el marqués de Cádiz y Cristóbal Colón. Fue ése uno de los días más felices de la vida de la reina Isabel.

CAPÍTULO XXIV

La carta del rey Fernando anunciando la caída de Granada llegó a Roma en la noche del 1 de febrero, un mes después del acontecimiento, y el papa Inocencio VIII y todos los cardenales fueron en solemne procesión a la mañana siguiente, desde el Vaticano hasta la iglesia española de Santiago, para ofrecer una misa en acción de gracias por la gloriosa terminación de la épica batalla librada durante ocho siglos entre los cristianos españoles y el enemigo extranjero.

Cuando las noticias arribaron a Inglaterra, el rey Enrique VII ordenó a los nobles y prelados que se encontraban en la corte que fueran en procesión con el lord mayor y los regidores de Londres a la iglesia de San Pablo, donde el lord canciller usó de la palabra ensalzando a Isabel y a Fernando y recordando que todos los cristianos debían regocijarse de su victoria. La procesión atravesó luego la ciudad cantando el *Te Deum, laudamus*. En realidad, toda Europa celebró el glorioso final de la guerra que durante diez años había sostenido Isabel. Las campanas de las iglesias se echaron a vuelo y se encendieron fogatas desde el Mediterráneo hasta el mar del Norte.

Entretanto, la fatigada reina descansaba en el hermoso palacio de la Alhambra. Todo a su alrededor eran salones sostenidos por columnas de incomparables mosaicos; estanques y surtidores; arcadas y arcos de verde follaje; brillantes colores y delicados perfumes y cantos de pájaros tropicales en el más exuberante jardín del mundo. La reina descansaba contemplando su obra. Su gobierno de dieciocho años y su genio habían transformado un país en bancarrota y anegado en sangre, en una pacífica y próspera España, que ahora era una de las naciones rectoras de

Europa. Es verdad que España no era una nación en el verdadero sentido de la palabra, porque Isabel gobernaba a Castilla y Fernando a Aragón. Pero prácticamente los reinos españoles actuaban como uno solo, y no pasaría mucho tiempo antes de que se unieran definitivamente.

La reina podía dedicar ahora su atención al proyecto de Cristóbal Colón. Lo recibió en audiencia y quedó evidentemente impresionada por sus palabras, pero el rey no lo estuvo tanto, probablemente porque el tesoro real se encontraba exhausto después del largo esfuerzo de la guerra. El resultado fue que sometió el asunto a una nueva comisión, que probablemente informarla en contra del mismo. Los informes escritos se han extraviado, pues Colón abandonó la corte triste y enojado, resuelto a dirigirse a Francia. Una vez más, se detuvo en el monasterio franciscano de La Rábida. Contó al padre Juan Pérez lo que había ocurrido, y es muy probable que en su desesperación hiciera una relación más explícita que la que había hecho en la corte. De todos modos, fray Juan convenció al italiano de que se quedara en el monasterio, mientras él enviaba una carta a la reina Isabel, en la que le afirmaba que Colón tenía la razón y que se cometía un gran error si no ce le ayudaba.

Isabel se sintió tan tocada por la carta de su antiguo confesor, que envió veinte mil maravedíes en florines de oro con un mensajero para comprar nuevas ropas y una mula para Colón, pidiéndole que regresara a la corte. Colón volvió a Granada con la convicción de que por fin serían recompensados sus dieciocho años de esperas y ruegos. «Todos los hombres desconfiaban —escribió más tarde—, pero la reina, mi señora, Dios concedió el espíritu de comprensión y gran valor.» Él no dudaba ahora de que ella le daría todo lo que le hiciera falta.

Isabel y Fernando no estaban preparados para escuchar las condiciones que el tejedor de Liguria, de pie frente a ellos, en la sala de los Embajadores, iba a imponerles con aire señoril. Habló como quien tuviera una misión divina; él creía que la tenía, y dijo que una vez oyó en la noche una voz que le decía: «Dios hará que vuestro nombre sea repetido en modo maravilloso por toda la tierra,

y te dará las llaves de las puertas del Océano, que están cerradas con fuertes cadenas.»

Y dirigiéndose a los soberanos en el tono que emplearía un monarca tratando con otro, exigía ser nombrado almirante de todos los mares y países que descubriera, además de virrey y gobernador de todos los continentes e islas que pudiera hallar. Debía reconocérseles el diez por ciento de todas las mercancías, como perlas y oro, que se encontrasen. Y si se producía alguna divergencia entre Asia y España por asuntos comerciales, él sería el único juez. Se reservaba el derecho de contribuir con una octava parte a los gastos de todos los barcos que salieran de España para las Indias, y, en cambio, debía recibir la octava parte de los beneficios.

Tales términos eran suficientes para que el rey y la reina los consideraran absurdos. En España, el título de almirante estaba reservado a los personajes de sangre real, como el tío del rey, don Fadrique. En Portugal y en España los descubrimientos se recompensaban generalmente con capitanías y pensiones.

La reina Isabel debía también tener en cuenta las consecuencias que acarrearía la elevación de un extranjero a tan alto cargo. Los castellanos tenían un extremado orgullo de su reino y no habían olvidado del todo que el rey Fernando era aragonés. ¿Qué pensarían ellos si de un desconocido italiano, cardador de lana, hicieran un virrey? Los soberanos dijeron no una vez más a Colón. Éste se despidió de ellos dignamente, pensando esta vez que sería para siempre, abandonando tristemente la Alhambra montado en su mula. Pasando las puertas de Granada, tomó el camino hacia el Oeste. Esto ocurría a fines de enero de 1492.

Parece que antes de irse definitivamente, hizo una última apelación a sus amigos de la corte. Tres de ellos se apresuraron a pedir a la reina que reconsiderara su respuesta. Eran Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya; el tesorero de la reina, Alonso de Quintanilla, y el rico converso Luis de Santángel. Este último, que había sido multado por la Inquisición el año anterior, formuló a la reina una conmovedora petición en favor de Colón; y cuando la

reina le contestó que no disponía del dinero necesario para comprar los barcos, fue él quien le mostró un camino. Como él sabía que la Santa Hermandad, de la cual era uno de sus tesoreros, disponía de abundantes fondos provenientes de los impuestos, sabía también que era posible adelantar un millón ciento cuarenta mil maravedíes de esos fondos públicos al arzobispo de Talavera para equipar la expedición de Colón. De ahí que la fuerza de policía que Isabel y Fernando restablecieran años atrás para dar fin al crimen en sus reinos les sirviera entonces para extender su acción hacia el Oeste, hacia un mundo desconocido. Conviene hacer notar que ello se debió a la sugestión inteligente y constante de un judío cristiano. Accedieron a todas las exigencias de Colón. El contrato se firmó el 17 de abril, y el almirante, ahora don Cristóbal Colón, grande de Castilla, se dirigió a Palos para organizar su flota. Como castigo por una ofensa inferida a la corona, el pueblo de Palos fue condenado a proveer al descubridor de dos carabelas completamente equipadas para dos meses de navegación, mientras el rey y la reina accedieron a costear los gastos de una tercera.

La reina Isabel permaneció en Granada hasta Pentecostés, estudiando ciertos informes del inquisidor general relativos a los judíos. Aunque la Inquisición había reprimido a los judíos encubiertos y financiado con su dinero la guerra contra los moros, no había conseguido terminar con las maniobras de los judíos de la Sinagoga, que todavía intentaban atraer a aquellos que se habían convertido al cristianismo. En marzo de ese año, la reina tomó una resolución trascendental.

CAPÍTULO XXV

Durante el mes de noviembre de 1941, cuando Isabel y Fernando se encontraban negociando con Boabdil la rendición de Granada, se efectuó en la desamparada ciudad de Ávila, no lejos de donde una vez el infortunado príncipe Alfonso fue coronado, una ejecución que produjo importantes y trágicas consecuencias. Dos judíos y seis conversos fueron quemados en la hoguera, después de ser condenados por un tribunal de la Inquisición bajo la inculpación de haber secuestrado un niño cristiano de cuatro años y de haberlo crucificado en una caverna para hacer mofa de Jesucristo. Le arrancaron, además, el corazón para llevar a cabo un maleficio de magia destinado a causar la locura y muerte de los cristianos de España, para entregar el gobierno a los judíos. Esto, que nos parece inverosímil, nos induce a creer que la acusación es un ejemplo de las crueles imputaciones de asesinatos rituales que se han hecho contra los judíos en muchas épocas y lugares, aun en los Estados Unidos y en la Arabia en nuestros días, y que han sido denunciadas como falsas por varios papas. No debemos creer que los judíos auspiciaran siempre oficialmente atrocidades tales como el asesinato ritual; pero debemos admitir que los judíos, individualmente o en grupos, cometieron de tiempo en tiempo crímenes repugnantes y terribles motivados por su odio a Cristo y a la cristiandad. No hay duda de que algunos niños fueron muertos como resultado de las actividades de los adoradores del demonio, en las que tomaron parte judíos y cristianos renegados. Está probado que algunas veces se han robado hostias consagradas de las iglesias católicas, para ser injuriadas y ofendidas con el propósito de llevar a cabo ritos obscenos y blasfemos, como la misa negra de París y de otros lugares.

Para el espíritu español, inflamado durante siglos de guerra en el odio a los judíos por amigos de sus enemigos, no resultó difícil creerlos culpables de los más atroces crímenes. Setenta judíos de Segovia fueron declarados culpables en 1468, el año de la muerte del hermano de Isabel, de haber crucificado a un niño cristiano. Y fue el obispo Juan. Arias de Ávila, hijo de un judío converso, quien dictó la sentencia de muerte contra ellos, fuera justa o injusta.

La creencia en la crueldad que se les imputaba estaba tan arraigada, que había encontrado su expresión en una ley promulgada por uno de los antepasados de Isabel, Alfonso el Sabio: «Y porque hemos oído decir que en algunos lugares los judíos han hecho y hacen memoria de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en una forma escandalosa, robando niños y crucificándolos, o haciendo imágenes de cera y crucificándolas cuando no pueden obtener niños, ordenamos que si tales cosas vuelven a suceder en cualquier lugar de nuestros señoríos, si pueden descubrirse, todos los que estén complicados deben ser detenidos y conducidos en presencia del rey, y cuando se descubra la verdad, ordenamos se les dé muerte ignominiosamente, tantos como sean.»

Si los judíos ejecutados fueron o no culpables de los crímenes que se les atribuían o de cualquier otro crimen, es imposible juzgarlo ahora. Lo mismo podemos decir del juicio de Ávila en los últimos meses de la guerra contra los moros.

Un converso llamado Benito García fue detenido, en junio de 1490, porque unos hombres que le arrebataron su alforja en una posada encontraron en ella una hostia del altar de una iglesia. Torturado, admitió que, aunque cristiano profeso, había sido judío encubierto durante muchos años y que nunca había recibido la sagrada comunión y había hecho falsas confesiones al sacerdote. Un mes más tarde, como resultado de la confesión de Benito y de sus amigos, un viejo judío llamado Ça Franco y su hijo Yucé, un joven de veinte años, fueron arrestados y conducidos a la prisión de la Inquisición en Segovia, que antes había sido la casa de Beatriz, la amiga de la reina, y que su esposo, ahora marqués de Moya, la había donado al Santo Oficio. El uso de tal casa como prisión demuestra cómo Torquemada se había esforzado por

humanizar a la Inquisición. A los pocos días el joven judío cayó enfermo y se temió por su vida. Los inquisidores enviaron un médico para que lo atendiera. Yucé suplicó a éste que le enviaran a un judío que pudiera darle la consolación de los moribundos. Los inquisidores no creyeron que Yucé se hallara en trance de muerte, pero enviaron a éste a un judío converso que era un instruido profesor de teología, fray Alonso Enríquez, disfrazado de rabino. Durante la conversación, el «rabino» preguntó a Yucé por qué había sido detenido, y Yucé, de acuerdo con la declaración jurada de fray Alonso y la del médico que estaba oyendo, dijo que suponía «que había sido arrestado por la muerte de un niño semejante a aquel hombre». «Aquel hombre» era un término usado por los judíos para referirse a Nuestro Señor.

Los inquisidores se sintieron tan impresionados, que llevaron sus pruebas a Torquemada, quien se encontraba en Segovia en el convento de Santa Cruz, y éste designó a tres jueces de su confianza para que se hicieran cargo de la causa, ordenándoles que castigaran al culpable y pusieran en libertad al inocente. Fueron arrestados otros cinco conversos.

Tres meses antes del arresto, Yucé dijo a los inquisidores que aproximadamente tres años antes uno de los conversos, llamado Alonso Franco, le había dicho que un Viernes Santo él y sus tres hermanos habían crucificado a un niño.

Dos meses después, Yucé fue formalmente acusado y sometido a juicio por haber crucificado a un niño cristiano en Viernes Santo con la cooperación de otras personas y de haber tomado parte en el ultraje de una hostia consagrada, con la intención de destruir a los cristianos de España. El acusador fiscal pedía la sentencia de muerte, diciendo: «Y juro ante Dios y ante esta cruz sobre la cual pongo mi mano derecha, que no demando ni acuso al llamado Yucé Franco maliciosamente, sino creyendo que ha cometido todo lo que he dicho. «Es la mayor falsedad del mundo», replicó Yucé.

Los inquisidores le designaron entonces dos letrados para que lo representaran, y a petición suya le concedieron una tercera

apelación, a su libre elección, unos pocos días después. Sus letrados negaron los cargos que se le hacían y pidieron que se recibieran algunas declaraciones. En el siguiente mes de abril, Yucé admitió que su hermano, ya muerto, le había contado que él y un médico judío llamado Tasarte y cinco conversos habían tomado parte en una ceremonia de magia negra, usando una hostia consagrada, para causar la muerte de los cristianos. Después de haber permanecido en prisión por espacio de un año, se le hizo jurar de acuerdo con los ritos judíos que él se había hallado presente, con otros prisioneros, en una caverna situada cerca de La Guardia, y que uno de los conversos le había enseñado el corazón de un niño cristiano y una hostia consagrada, con todo lo cual Tasarte iba a hacer un hechizo para provocar la locura de los inquisidores y su muerte antes de un año, si ellos intentaban hacer algo contra los conspiradores.

Todos habían prometido guardar silencio durante un año. El año había transcurrido y Yucé hizo su confesión. La misma tarde declaró que había estado presente en una caverna cuando un niño cristiano de tres o cuatro años de edad, secuestrado por un converso, fue crucificado en una cruz de madera y amordazado, abofeteado, golpeado, escupido y coronado de espinas. Dijo que finalmente los conversos abrieron con un cuchillo el costado de la pequeña víctima y le arrancaron el corazón. Yucé y su padre asistían como inocentes espectadores.

Como era natural, los inquisidores se dedicaron entonces a los otros prisioneros, quienes comprometieron a Yucé y a su padre. Todos confesaron, sometidos a la prueba de la tortura, haber tomado parte en el crimen, y, careados entre ellos, ratificaron sus confesiones.

Las declaraciones concordaban en todos los puntos importantes, y Juan Franco confesó ser él quien había arrancado el corazón del niño.

Benito se vengó entonces de Yucé declarando que éste había arrancado los cabellos del niño y lo habían azotado entre todos, y otro converso dijo que Yucé había hecho salir sangre de un brazo

del niño con un cuchillo.

Se desconoce hasta estos días cuál fue el niño que cayó asesinado. Confesaron los conversos y judíos, y judíos eruditos insisten en afirmar que los cargos fueron inventados por los inquisidores.

Por otra parte, alrededor de ciento cincuenta páginas de testimonios han sido encontradas y gran parte de ellas tienen el sello real. Hasta que el resto del testimonio se descubra, será imposible asegurar, después de tanto tiempo, si los acusados fueron o no culpables. Sabemos, a pesar de todo, que los inquisidores llevaron todas las pruebas al monasterio de San Esteban, donde Colón fue recibido con tanto cariño, y sometido allí a un jurado de siete de los profesos más distinguidos de la Universidad de Salamanca. Después de tres días, los siete eruditos entregaron un veredicto que unánimemente declaraba culpable a Yucé.

Yucé fue sometido a la tortura de la «cura de agua», y con el temor de ser atado a una escalera y de ser medio ahogado por el agua derramada lentamente en su boca a través de un trapo, hizo una confesión amplia, repitiendo algunos de los detestables y blasfemos insultos dichos al niño, pero dirigidos a la persona de Jesucristo. Al día siguiente, el padre de Yucé, sometido también a la tortura, confirmó las declaraciones de su hijo, y los conversos interrogados separadamente la confirmaron.

El 11 de noviembre de 1491, los inquisidores expusieron sus conclusiones a un segundo jurado, compuesto por los hombres más ilustrados de Avila. Eran cinco, y ellos también dieron un veredicto de culpabilidad.

Es posible, naturalmente, que los doce jueces se equivocaran, pero parece poco probable que tantos eruditos y sacerdotes estuvieran de acuerdo en mandar a la muerte a seis hombres de cuya culpabilidad no estuvieran convencidos. No deja de ser menos probable que los dos judíos y los cuatro judíos encubiertos, juntamente con sus cómplices muertos, hubieran cometido un crimen de ignorancia y superstición. La publicidad de las pruebas

fue quizá urdida con un fin de propaganda; resultaría más plausible que el juicio se hubiera dado a conocer, pero parece que se tuvo secreto en los archivos de la Inquisición y sólo fue dado a luz cuatro siglos después, en 1887. Culpables o inocentes, los seis hombres fueron ejecutados el mismo mes que se rindió Granada, y todos ratificaron sus confesiones antes de morir. La noticia se divulgó rápidamente de villa en villa. Se produjeron tumultos en todas partes, y un judío de Avila fue cruelmente muerto a pedradas por el populacho enardecido. Los judíos de Avila, temiendo por sus vidas, enviaron a Granada una demanda de protección al rey y a la reina. Isabel y Fernando les hicieron llegar un salvoconducto el 16 de diciembre de 1491, prohibiendo a todos hacer daño a los judíos o a sus propiedades, bajo distintas penas, escalonadas desde una multa de diez mil maravedíes hasta la de muerte.

Parece que Torquemada sometió al rey y a la reina las evidencias y la sentencia del tribunal en el caso de La Guardia, porque dos días antes de la entrada triunfal en la capital de los moros dieron un edicto ordenando y autorizando «al devoto padre fray Tomás de Torquemada, prior del monasterio de Santa Cruz de Segovia, nuestro confesor y de nuestro consejo», y a los inquisidores de Ávila, a quienes se habían delegado algunos poderes judiciales, a usar de las propiedades confiscadas a los condenados para los gastos del Santo Oficio. Se cree que cuando Torquemada fue a la Alhambra a principios de 1492, urgió al rey y a la reina a atacar al corazón del problema judío expulsando a todos los judíos de España. El caso de La Guardia había demostrado con qué persistencia los judíos trabajaban a fin de destruir la influencia de la cristiandad sobre los conversos y cómo influían éstos sobre los cristianos entre quienes vivían, mientras permanecieran los judíos en España. Aquélla era la situación reinante, y la obra de toda la vida de Isabel y Fernando podía ser destruida. Si fue o no Torquemada quien empleó este argumento, no lo sabemos; no existen pruebas fehacientes, y debemos creer que la posterior leyenda de la extraordinaria influencia de Torquemada sobre los reyes es exagerada. Ninguno de los dos necesitaba que los hostigaran contra los judíos. En realidad, habían

estado estudiando la expulsión de los judíos durante varios años. En 1482 dieron un edicto expulsando a los judíos de Andalucía, pero más tarde, por alguna razón, suspendieron su ejecución.

El rey Fernando, en 1486, hizo expulsar a todos los judíos del arzobispado de Zaragoza. La opinión pública de España pensaba que esta trágica medida obedecía a una petición del joven príncipe don Juan. Según el *Libro verde* de Aragón, el rey Fernando tenía un médico judío, el maestre Rivas Altas, quien acostumbraba llevar alrededor de su cuello una cadena de la que colgaba una bola de oro. Un día que fue llamado para atender al príncipe Juan, que a menudo estaba enfermo, el príncipe abrió la bola y encontró dentro un pequeño pedazo de pergamino en el que estaba pintada una imagen de Cristo crucificado, con uno de los médicos en una postura de innombrable e insultante obscenidad. El pequeño príncipe quedó tan perturbado y disgustado, que se agravó y no mejoró hasta que su padre le prometió expulsar a todos los judíos. Muchos historiadores modernos se burlan de este relato, pero la verdad es que el rey y la reina permitieron que su médico personal Rivas Altas fuera quemado en la hoguera. Nadie puede decir con certidumbre si su ejecución tenía relación con la expulsión de los judíos. Pero no hay duda de que, cualesquiera fueran sus razones, Isabel y Fernando estaban dispuestos desde hacía varios años a proceder de acuerdo con los hechos, y esperaban probablemente el fin de la guerra contra los moros para seguirlos. El juicio y ejecución de los judíos y conversos en Ávila y la indignación que provocó ese episodio adelantaron su decisión, o a lo menos les dio la ocasión de llevar a cabo los propósitos que tenían en su mente. El último día de marzo de 1492 dieron un edicto ordenando a todos los judíos abandonar sus reinos antes del 1 de julio, no pudiendo llevar consigo oro, plata, ni moneda acuñada. Alegaban que, a pesar de la Inquisición, «persiste y es notorio el daño que se sigue a los cristianos de las conversaciones y comunicaciones que tienen con los judíos, los cuales han demostrado que tratan siempre, por todos los medios y maneras posibles, de pervertir y apartar a los cristianos fieles de nuestra fe católica, y atraerlos a su malvada opinión».

Se había comprobado plenamente que los crímenes y ofensas de los judíos contra la fe aumentaban diariamente y que ninguna otra medida que no fuera la expulsión podía modificar ese estado de cosas. Algunas veces se cerraba un colegio a causa de algún serio y detestable crimen, y el inocente sufría con el culpable. Se hacía, pues, necesario que «aquellos que pervierten la buena y honesta vida de las ciudades y villas, por la contaminación que puedan causar a otros, sean expulsados de entre pueblos». Por esta razón, Isabel y Fernando, «después de consultar a muchos prelados y nobles y caballeros de nuestros reinos y a otras personas de ciencia, y en nuestro Consejo habiendo deliberado mucho sobre el tema, hemos decidido ordenar a los mencionados judíos, hombres y mujeres, abandonar nuestros reinos y no volver más a ellos». Solamente a los judíos que se bautizaran antes del 1 de julio se les permitiría quedarse. Pero más tarde el plazo fue prorrogado hasta el 2 de agosto. Se dice que Abrahán Senior, jefe rabí de Castilla, ofreció a los soberanos treinta mil ducados para que revocaran el dicto. Cuando ellos se negaron, recibió el bautismo junto con su hijo y tomó el nombre de Fernán Pérez Coronel. La mayor parte de los judíos, a pesar de todo, comenzaron a vender sus bienes, preparándose para partir. Cuando el rey y la reina les enviaron sacerdotes para predicarles el Evangelio, sus rabinos le dijeron que todo aquello era falso y les aseguraron que si permanecían firmes y dejaban la ciudad, Dios los favorecería con milagros y les daría salud, bienestar y honor, como lo había hecho al pueblo de Israel cuando huyó de Egipto. «Estaban heredados en las mejores ciudades —escribía Bernáldez —, y en las tierras más gruesas y mejores..., y todos eran mercaderes e vendedores e arrendadores de alcabalas e rentas de achaques y hacedores de señores, tundidores, sastres, zapateros, curtidores, zurradores, tejedores, especieros, buhoneros, sederos, plateros y de otros semejantes oficios; que ninguno rompía la tierra, ni era labrador, ni carpintero, ni albañil, sino todos buscaban oficios holgados, e de modo de ganar con poco trabajo; era gente muy sotil, y gente que vivía comúnmente de muchos logros e usuras con los cristianos, y en poco tiempo muchos pobres dellos eran

ricos. Eran entre sí muy caritativos los unos con los otros. Aunque pagaban sus tributos a los señores y reyes de las tierras de donde vivían, nunca de ello venían en mucha necesidad, porque los concejos dellos, que llamaban alijamos, suplían por los necesitados... Había entre ellos muy ricos hombres, que tenían muy grandes faciendas y riquezas que valían un cuento y dos cuentos y tres; personas de diez cuentos, donde eran, así como Abrahán Señor que arrendaba la masa de Castilla.»

Cuando se aproximó la época en que tenían que marcharse, los judíos ricos sufragaron los gastos de los judíos pobres, de tal manera que sólo unos pocos se convirtieron al cristianismo y permanecieron en España. Los restantes vendieron sus propiedades con grandes pérdidas. Un judío daba una casa por un asno y una viña por un tapiz o un trozo de lienzo. Sin embargo, se afirma que consiguieron llevar con ellos una gran cantidad de oro y plata. Se hizo común la historia de que abollaban con los dientes piezas de oro que luego tragaban, llevándolas en sus vientres, y se cree que una mujer judía se tragó treinta ducados. Todos los niños y niñas mayores de doce años fueron casados, para poder así cada niña viajar bajo la protección de su marido. Y de esta manera, «dejando toda su gloria detrás de ellos y confiando en las vanas esperanzas de la ceguedad —escribe el cura de Los Palacios—, se metieron al trabajo del camino y salieron de las tierras de sus nacimientos, chicos e grandes, viejos e niños, a pie y en caballos o asnos y otras bestias, y en carretas, y continuaron sus viajes cada uno a los puertos que habían de ir; e iban por los caminos y campos, por donde iban con muchos trabajos y fortunas, unos cayendo, otros levantando, otros moriendo, otros naciendo, otros enfermando, que no había cristiano que no oviese dolor de ellos, y siempre por do iban les convidaban al baptismo..., y los rabíes les iban esforzando y facían cantar a las mujeres y mancebos, y tañer panderos y adujos para alegrar la gente.»

Por fin se hicieron a la mar en veinticinco navíos, pero tuvieron que sobornar con diez mil ducados al pirata Frogosa para que les permitiera salir de Cartagena. Evidentemente, habían encontrado algún medio para burlar la real orden en lo relativo al dinero.

Sin embargo, algunos volvieron a Castilla y fueron bautizados. Pero la mayor parte pasaron a Argelia y de allí a Fez. Otros se dirigieron a Portugal, donde se les permitió la entrada mediante el pago de un fuerte impuesto. Algunos fueron a Navarra; otros se dirigieron a los Balcanes, donde aún hoy sus descendientes hablan un dialecto salpicado de palabras españolas del siglo XV. Los judíos que fueron al África tuvieron que padecer la crueldad y codicia de los moros. Pagaron al rey de Fez para que los protegiera, pero éste recibió el dinero que le dieron, y después ordenó que les robaran. Soldados musulmanes violaban a las mujeres y jóvenes judías ante los propios ojos de los esposos y hermanos, matando a los que se atrevían a protestar. Evidentemente, estos bárbaros creían también que las mujeres judías habían tragado oro, porque después de deshonrarlas rasgaban sus vientres con cimitarras para buscar los ducados.

Algunos de los sobrevivientes llegaron a Fez tambaleantes, desnudos, muertos de hambre, con enjambres de asquerosos bichos; otros volvieron a España, convencidos de que sus sufrimientos eran el castigo merecido por haber rechazado a Cristo, y rogaron que se les bautizara. Entre ellos había varios rabinos, y Bernáldez declara haber bautizado a diez o doce, que confesaron que sus ojos se abrieron al fin a las verdades de las profecías de Isaías relacionadas con el nacimiento, pasión y resurrección de Cristo, «el cual confesaban que verdaderamente era el Mesías, del cual decían que habían estado ignorantes por impedimento de sus antepasados, que les habían prohibido, bajo la pena de excomunión, leer u oír las Escrituras de los cristianos».

Se cree que ciento sesenta mil judíos abandonaron España. Quedó, por supuesto, un gran número de descendientes de judíos, probablemente entre tres y cuatro millones, que habían recibido el bautismo cristiano.

Isabel y Fernando comprendieron que al fin habían librado a sus reinos de la influencia judía, haciendo posible una permanente prosperidad, aunque era indudable que obligando a los judíos a bautizarse violaban un principio fundamental del cristianismo, sobre el cual la Iglesia católica siempre había insistido. Estaban

sumamente disgustados con el papa Alejandro VI, porque recibió en Roma a algunos de los judíos refugiados. Varios de éstos habían sido atacados de peste en los barcos. Los judíos de Roma, temiendo tal vez que los contagiasen, ofrecieron al papa una gran cantidad de dinero si les prohibía desembarcar. Alejandro necesitaba dinero, pero rehusó indignado el ofrecimiento de los judíos romanos y autorizó a los judíos españoles a desembarcar y los recibió con paternal benevolencia. Por esta causa, aunque era un Borgia nacido en España, en su país nativo se referían a él desdeñosamente, llamándole «el marrano» y «el judío».

CAPÍTULO XXVI

Colón zarpó del puerto de Palos al día siguiente del éxodo de los judíos. Era viernes, día siempre venturoso para él y para España, y tenía viento favorable, que soplaba firmemente del Este. La tarde del día anterior, él y sus hombres confesaron sus pecados a fray Juan Pérez en la capilla del monasterio franciscano de La Rábida, y esa mañana, primer viernes del mes, recibieron la sagrada comunión, poniéndose bajo la protección de Dios. Después que el buen prior bendijo los barcos, las insignias de la santa cruz y las del rey y de la reina fueron izadas en el palo mayor, y a las ocho, cuando las mujeres de Palos dieron el último adiós a sus hombres, el almirante levó anclas en la barra de Saltes, «en el nombre de la Santísima Trinidad» —con estas palabras comenzaba todas sus empresas— y se hizo a la mar. Fue un momento solemne para Colón y para todo el género humano, porque lo movía el elevado propósito de convertir al mundo entero a la fe católica. En su diario, destinado al rey y a la reina, escribió:

«Vuestras altezas, como príncipes cristianos y católicos amando la santa fe cristiana y su difusión, y enemigos de la secta de los mahometanos y de todas las idolatrías y herejías, han decidido enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas regiones de las Indias, para ver a los mencionados príncipes y los pueblos y tierras y saber su disposición y de todo, y las medidas que pudieran adoptarse para su conversión a nuestra santa fe.»

Había obtenido sus barcos y tripulaciones con las mayores dificultades. El pueble de Palos le opuso tantos obstáculos, que Isabel y Fernando se vieron obligados a recordarle enérgicamente que Colón era oficial de ellos. El dinero que aportó la corona parece haber sido insignificante, pero Colón obtuvo cierta suma de

Martín Alonso Pinzón, el más experto capitán de mar de Palos, quien también ayudó al almirante a encontrar marineros para su peligrosa expedición. Se alistaron noventa hombres de mar, incluyendo a un judío converso, que iba en calidad de médico, un inglés y un irlandés de Galway.

Los barcos eran buenos, sólidos, barcos de vela bien adaptados a la travesía, pero tan pequeños como la seguridad lo permitía, con el fin de que fueran aptos para entrar en puertos estrechos y costear playas desconocidas. La nave capitana de Colón era la *María Galante*, a la que él llamó la *Santa María*, en honor de la Santísima Virgen; tenía alrededor de ciento veintiocho pies de largo y veintiséis de manga en el puente principal, y llevaba una tripulación de cincuenta y dos hombres. *La Pinta* y *La Niña* eran más pequeñas, llevaban cada una dieciocho hombres de tripulación, y eran capitaneadas por Pinzón y su hermano.

Mientras la gallarda y pequeña flota navegaba hacia el Oeste para enfrentarse con los terrores de un océano desconocido, que cierta gente creía lleno de remolinos y monstruos mitológicos, la reina Isabel permanecía en Córdoba, haciendo una vida muy apartada y llevando el luto más riguroso por la muerte de don Rodrigo Ponce de León, marqués duque de Cádiz, el extraordinario héroe de la guerra contra los moros y el ídolo de todas las damas de España. Por extraña coincidencia, su antiguo enemigo, el duque de Medinasidonia, lo siguió a la tumba una semana después.

Después de los funerales, la reina y la corte se dirigieron a Zaragoza y desde allí a Barcelona, para pasar el invierno. A lo largo de su viaje, por un sinuoso camino hacia la costa del Este, se ofrecían a Isabel numerosas pruebas del glorioso éxito de su desvelo. Andalucía era un jardín próspero, y Castilla producía abundantes trigos y cereales. Miles de hombres, a quienes la escasez de otros tiempos, condujera desesperadamente al crimen, ganaban su sustento en distintos quehaceres. Las grandes industrias de vidrio de Barcelona competían con las de Venecia. De los telares de Castilla se exportaban finas lanas a toda Europa. Las industrias de la seda de Sevilla empleaban unos ciento treinta mil operarios; el comercio de cueros de Córdoba era floreciente;

Granada hacía terciopelos demasiado finos para ser imitados; Toledo y Valencia tejían exquisitas alfombras. Hasta las grandes extensiones de desiertos sin vegetación comenzaban a florecer otra vez bajo la decisión de la reina, que ordenó que se plantaran árboles y comenzó un plan de reforestación que desgraciadamente no continuaron sus sucesores.

Libre de las preocupaciones de la guerra, se entregaba ahora a las actividades que fueran tan dilectas de su padre, transformándose en una protectora generosa de todas las ciencias y las artes. Estimuló los primeros pasos de la botánica y de la zoología. Alonso de Córdoba le dedicó sus tablas astronómicas, y, bajo el patronato del tutor del príncipe Juan, el obispo Diego de Deza, el célebre astrólogo judío Abrahán Zacuto preparó su *Almanach Perpetuum*, con tablas del Sol, la Luna, y las estrellas, que usó Colón en sus viajes. Los estudios de medicina prosperaron, y el rey y la reina fundaron grandes hospitales en Granada, Salamanca y Santiago. Uno de los tutores del príncipe Juan inauguró un vasto campo en los estudios de arqueología y formó una colección de inscripciones, mientras el profesor Lebrija estudiaba en Mérida los circos romanos. Isabel y Fernando fundaron varias universidades, las más importantes de las cuales fueron las de Salamanca y Alcalá de Henares, donde enseñaron algunos de los más notables humanistas del Renacimiento. Los estudios superiores se hicieron tan populares, que el gran erudito Erasmo pudo escribir: «Los españoles han alcanzado tal encumbramiento en literatura, que no sólo provocan la admiración de las naciones más cultas de Europa, sino que además les sirven de modelo.»

El español medieval, al igual que los griegos, consideraba la música como parte esencial en toda educación, y nadie era tenido como instruido si no era capaz de cantar y tocar varios instrumentos. La música era considerada especialmente necesaria para los reyes y los príncipes. «Por medio del canto —escribía el historiador jesuita Mariana— pueden aprender los príncipes cuán fuerte es la influencia de las leyes, cuán útil es el orden en la vida, cuán suave y dulce es la moderación en nuestros deseos. El rey debería cultivar la música para distraer su espíritu, para temperar la

violencia de su carácter y armonizar sus sentimientos. Estudiando música, comprenderá que la felicidad de una república consiste en la exacta proporción y en el justo acuerdo de las partes.»

Isabel aplicó este principio a la educación del príncipe Juan. No sólo se le enseñó a cantar y a tocar diestramente el arpa, sino que se le rodeó de músicos. Isabel tenía pasión por el arte, y adonde fuera, aun en el campo de batalla, llevaba músicos con ella. Garcilaso de la Vega, a quien envió como embajador a Roma, era un excelente arpista. Uno de sus vasallos, Francisco Peñalosa, fue uno de los músicos más famosos del coro papal de Roma, donde Palestrina, medio siglo después, establecería las bases de la música moderna. Hasta cuando Isabel iba a los campamentos militares llevaba con ella a los cuarenta cantores escogidos de su coro, sin contar los organistas, tocadores de violón, de laúd, clavecín, flauta y otros instrumentos.

El príncipe Juan contaba entonces quince años. Uno de sus mejores preceptores era Pedro Mártir de Anglería, erudito que había venido de Italia para alistarse en el ejército armado contra los moros. Era tan elocuente, que cuando dio una conferencia sobre Juvenal en la Universidad de Salamanca, en 1488, los alumnos lo cargaron sobre sus hombros en señal de triunfo, como si se tratara de un atleta victorioso. Bajo su tutela, el príncipe hizo rápidos progresos. En esta época, Juan vivía en su propia casa, con sus diez compañeros, como un joven monarca rodeado de su corte. En algunas ocasiones la reina enviaba letrados y hombres de Estado de su Consejo para que se reunieran con él, y éste les planteaba problemas prácticos, y gravemente opinaba sobre problemas reales o imaginarios de alto vuelo.

Las actividades de Isabel en tiempos de paz eran tan agotadoras como sus heroicos esfuerzos durante la guerra. Nunca permitió que sus obligaciones le impidieran cumplir sus deberes para con su marido y sus cinco hijos. Se dice que le hacía las camisas a Fernando. Iluminaba manuscritos. Como oyera que en un convento de monjas se había relajado un tanto la disciplina, tomó su rueca y se pasó todo un día trabajando en ella afanosamente, dando el ejemplo a las monjas. Trataba de ser una

madre para todos sus súbditos. Nada era demasiado nimio para su cuidado. Dictó un decreto contra los funerales costosos y pomposos, por los que los españoles tenían especial debilidad, aduciendo que era impropio de ellos, como cristianos que creían en la inmortalidad del alma, gastar tanto dinero en el cuerpo podrescible.

Fue por este tiempo cuando la reina eligió confesor suyo a quien más adelante iba a ser uno de los mayores hombres de Estado de Europa. Era un fraile franciscano, Jiménez de Cisneros. El cardenal Mendoza se lo recomendó a la reina cuando ésta lo visitó durante su última enfermedad, para consolarlo y recibir de él su último consejo para el gobierno del reino al que había servido tanto tiempo y tan bien. Y, como de costumbre, su consejo resultó excelente. Jiménez de Cisneros era un humilde sacerdote asceta, nacido de padres pobres, que se había educado con una beca gratuita en Salamanca y graduádose con altas calificaciones. En una ocasión ofendió al arzobispo Carrillo, y el impulsivo y viejo guerrero lo encerró en la prisión, donde lo mantuvo seis años; pero durante esos seis años Jiménez se hizo dueño de sí mismo.

Isabel pidió entonces al papa que nombrara a Jiménez de Cisneros arzobispo de Toledo en reemplazo de Mendoza. El rey Fernando se opuso, porque quería que fuera designado su hijo natural, el joven arzobispo de Zaragoza. Pero Isabel se salió con la suya, como de costumbre, y el papa Alejandro designó a Jiménez de Cisneros.

Cuando Jiménez de Cisneros se enteró de la bula papal, un Viernes Santo, se puso pálido y abandonó rápidamente la corte. Fueron necesarios seis meses de súplicas de parte de la reina y una segunda bula del papa Alejandro ordenándole obediencia, para que aceptara el honor. Aun después de su elevación, continuó llevando su hábito de algodón, durmiendo sobre una tabla desnuda y comiendo la sencilla comida del convento. A no ser por la insistencia de la reina y del papa, Cisneros no habría vestido las esplendorosas vestiduras propias de su cargo. No obstante, continuó usando sobre sus carnes un cilicio debajo de la seda y tela de oro de sus vestiduras. Tal era el hombre que dirigió

espiritualmente a la reina Isabel desde 1492 hasta el final de la vida de ésta. Con su ayuda, reformó la Iglesia de España. Fue él quien fundó la Universidad de Alcalá. Uno de sus más grandes trabajos fue el de reunir la Biblia Políglota Complutense, que comprendía todos los textos conocidos de la Sagrada Escritura en varias lenguas. Este trabajo le tomó muchos años, durante los cuales se valió de los más grandes doctores de Europa, escudriñando en todas las bibliotecas. Después de la muerte de Isabel, Cisneros evitó una guerra civil en España; fue inquisidor general; después de la muerte de Fernando ejerció la regencia, gobernando con gran sabiduría, salvando la unidad de España, que tanto había costado; dirigió una cruzada al África a sus expensas, y, finalmente, fue recompensado con la ingratitud del joven emperador Carlos V, quien, al subir al trono, sumariamente destituyó al más grande primer ministro de la historia de España.

Fernando e Isabel tuvieron siempre varios secretarios constantemente ocupados en mantener correspondencia con todos los príncipes de Europa. Escribían casi todos sus mensajes en clave, y los de carácter importante se enviaban por tres diferentes correos que viajaban por distintos caminos: tan peligroso era viajar en aquella época. Uno de los mensajes cifrados enviados por la reina Isabel al doctor Puebla, a Londres, en el curso del último año de la guerra contra los moros, decía: «Considerando la cuestión si la ciudad de 102 debe ser 90 ó 39, 90, estamos construyendo una 188 allí donde esperamos reunir buenas 97 y todo lo necesario para 94, 102 ó al menos para tenerla tan estrechamente vigilada que 39 sea necesario a 94 por ahora.»

Descifrado, significaba:

«Considerando la cuestión si la ciudad de Granada debe ser conquistada o no conquistada, estamos construyendo una fortaleza allí (Santa Fe), donde esperamos reunir buenas tropas y todo lo necesario para sitiar a Granada o al menos para tenerla tan estrechamente vigilada que no sea necesario acosarla por ahora.»

CAPÍTULO XXVII

El rey Fernando era un hábil y astuto hombre de Estado. Tenía que tratar con maestros de la falsedad tales como Luis XI, Enrique VII, Ludovico Sforza de Milán y Felipe el Hermoso, y les hizo frente con sus mismas armas.

Estaba formándose una nueva y peligrosa Europa. Inglaterra, bajo el mezquino aunque sagaz Enrique VII, se transformaba en una potencia digna de tomarse en cuenta. El cetro de Francia había caído en las temibles manos de Carlos VIII, un enfermo de veintidós años de edad que gozaba imaginándose un César o un Carlomagno. Carlos deseaba emprender una cruzada para rescatar el Santo Sepulcro de Jerusalén, pero, faltándole la generosidad de los verdaderos cruzados como Ricardo Corazón de León y San Luis, y habiendo heredado por la casa de Anjou un derecho irrealizable, acariciaba el egoísta proyecto de apoderarse de paso del reino de Nápoles. En esta oportunidad, mientras el rey Ferrante de Nápoles sitiaba a Roma, el papa Inocencio VIII apeló a Carlos para que le protegiera.

El sucesor del papa Inocencio, elegido en 1492, fue el cardenal español Borgia, que tomó el nombre de Alejandro VI. Experimentando en los asuntos papales, espléndido ejemplo de masculinidad a sus sesenta años, el nuevo pontífice inspiró general confianza cuando prometió ser un padre para la cristiandad y unir a Europa contra los musulmanes. Como el rey Fernando, quería mantener a Carlos VIII fuera de Italia, temiendo que los franceses dominaran todo el país, trastornando el equilibrio político de Europa.

El rey Fernando entrevió la oportunidad para sacar algo de Carlos aparentando, mientras, favorecer sus planes. Pidió al joven

rey la devolución del Rosellón y Cerdeña, pertenecientes a Aragón, y Carlos consintió en ello en el tratado de Barcelona, firmado el 8 de enero de 1493. Por el mismo tratado, Fernando prometía no oponerse a la cruzada de Carlos y asistió contra todos sus enemigos, excepto el papa.

Esta última cláusula fue insertada por el astuto Fernando en virtud de excelentes razones, pero Carlos fue completamente engañado y continuó los preparativos para conquistar Italia.

Hacia esta época se intentó asesinar al rey Fernando. Todos los viernes acostumbraba éste celebrar una audiencia pública, donde los pobres podían obtener justicia gratuitamente, sin dilaciones y sin caer bajo la voracidad e hipocresía de los abogados. Naturalmente, estas audiencias eran populares, y Fernando se veía rodeado de demandantes desde la mañana hasta la noche. Un viernes se levantó de su sillón de justicia a las doce, después de escuchar declaraciones desde las ocho, descendiendo unos cuantos escalones. De pronto, un loco, saltando rápidamente, le atacó por la espalda con un alfanje, causándole una profunda herida que le interesó desde la parte superior de la cabeza hasta el oído, y desde el cuello hasta los hombros. Un gran alboroto se levantó en la ciudad, y la reina Isabel, que estaba a la ventana de su palacio, oyó gritar al pueblo: «¡El rey ha muerto! ¡Han asesinado al rey!»

El estado de éste fue delicado durante varios días. La reina permanecía al lado de su cama día y noche, mientras el pueblo de Barcelona ofrecía peregrinaciones y penitencias por su salud. Isabel, en su ansiedad escribió a su antiguo confesor, Talavera, a la sazón arzobispo de Granada:

«Muy piadoso y reverendo padre:

»Como vemos que los reyes, como los demás hombres, están expuestos a mortales accidentes, es razón para que deban estar siempre preparados para la muerte. Digo esto, aunque no dudé nunca, y he reflexionado mucho sobre ello; porque la grandeza y prosperidad me hacen pensar más, y temer llegar al final de la vida sin suficiente preparación. Pero hay mucha distancia de la firme

creencia de que una cosa ocurrirá, a su experiencia concreta. Y como el rey, mi señor, ha visto la muerte a su mano, la experiencia ha sido más real y más duradera que si yo misma hubiera estado a punto de morir; que ni en el momento de dejar mi alma el cuerpo sufra nada semejante. No puedo decir ni explicar lo que sufrí. Realmente, antes de que vea la muerte tan cerca de nuevo —y quiera Dios que no sea en un modo semejante—, quisiera estar en otras disposiciones que en las que estaba en ese momento, particularmente respecto a mis obligaciones. Informaos de todos los casos en que parezca que debe darse restitución o satisfacción a personas interesadas, y cómo puede efectuarse esto; enviadme un memorándum de ello, y será para mí la mayor paz del mundo el tenerlo. Y teniéndolo, y conociendo mis deudas, trabajaré para pagarlas.»

En una carta posterior corrige ciertos datos de su primitiva versión del atentado contra el rey:

«La herida no era tan grande como el doctor Guadalupe dijo —porque no tuve valor para mirarla—, de que penetraba cuatro pulgadas, y tenía doce de largo. Mi corazón tiembla al hablar de ello... Pero Dios, en su misericordia, decretó que la herida no fuese en un sitio donde fuera mortal, dejando sin tocar los nervios y la espina, quedando pronto evidente que no había peligro de muerte. Después, la fiebre y el temor de una hemorragia nos alarmaron; al séptimo día, estaba tan bien, que os envié una carta por un correo, aunque se hallaba muy cansado por falta de sueño. Y después del séptimo día tuvo un acceso de fiebre tan grande, que sufrió los mayores tormentos que padeciera. Y eso duró un día y una noche, de la que no diré lo que San Gregorio dice en su oficio del Sábado Santo, sino que fue una noche de infierno; podéis creer, padre, que nunca se vio tan claro el amor que le tenía el pueblo, porque los oficiales cesaron sus trabajos y nadie hablaba entre sí. Por todas partes había peregrinaciones y procesiones, limosnas y más confesiones que en Semana Santa; y eso sin que nadie lo pidiera. Y en las iglesias, y en los monasterios, noche y día sin cesar, rezaban diez o doce frailes; no puede contar uno todo lo que sucedió.

»Dios, en su bondad, quiso compadecerse de nos, porque cuando Herrera nos dejó, llevándoos otra carta mía, su señoría estaba muy bien, como os lo dije. Y continúa así, gracias sean dadas a Dios, y ya puede levantarse e ir de un lado a otro. Mañana, si Dios quiere, estará ya presto para montar a caballo, e ir por la ciudad a visitar la casa donde vamos a ir a vivir. Y fue tan grande nuestro placer al verlo, como lo fuera nuestra tristeza antes; ¡ya hemos vuelto todos a la vida! Y todo el mundo llora de alegría.

»No sé cómo dar las gracias a Dios por tal beneficio; muchas virtudes no serían suficientes para hacerlo. ¿Y qué haré yo que no tengo ninguna? Quiera Dios que en adelante le sirva como deba. Vuestras oraciones y vuestros consuelos me ayudarán en esto, como siempre lo he esperado.»

Después de varios días, Fernando se restableció, y declaró que su dolencia era un castigo de sus pecados. Se podía ver a la buena gente de Barcelona caminando descalza por las calles; y algunos fueron de rodillas a varias iglesias y santuarios, como lo habían prometido durante la enfermedad El claro conocimiento que Isabel tenia de sus pecados parece ser la consecuencia de una conciencia muy humilde y sensible, porque todos los investigadores están de acuerdo en que Washington lrving tenía razón al llamarla «uno de los más puros y hermosos caracteres de las páginas de la historia». Cuán humildemente se juzgaba a sí misma esta autocrática reina podemos inferirlo de una de sus cartas a Talavera, justificándose de permitir a las damas y caballeros comer a la mesa juntos, y autorizar corridas de toros contra su mejor parecer. Más aún: cuando el viejo arzobispo le escribió que había oído murmurar de la riqueza del vestido que luciera en ciertas ocasiones, ella se defendió con vigor, aduciendo que su vestido no era nuevo, y que en realidad estaba hecho «de seda con tres bandas de oro, lo más sencillo posible», y lo había llevado otra vez en presencia de los mismos embajadores franceses, lo cual no dejaba de ser humillante para una dama. Admitía que algunos de los trajes de los hombres eran extravagantes, pero no se habían hecho por orden suya, ni ella había dado el ejemplo. Con todo su coraje y determinación, Isabel era muy femenina.

Poco tiempo después del restablecimiento del rey, dos de los más poderosos conversos de la corte, Luis de Santángel y Gabriel Sánchez, recibieron cartas de Cristóbal Colón, de quien no se tenían noticias desde su salida de Palos ocho meses antes. Por qué razón el almirante escribió primero a estos judíos que al rey o la reina, es cosa todavía no averiguada. Quizá escribiera a los soberanos y sus cartas se perdieran de algún modo. En la que escribió a Sánchez manifestaba que a los treinta y tres días de su partida había llegado al mar de la India y descubierto varias islas, a la primera de las cuales había llamado San Salvador.

«Estas islas son hermosas en apariencia, y presentan gran diversidad de paisajes. Pueden atravesarse por todas partes y están adornadas con gran variedad de frondosos árboles, que cuando los vi estaban tan verdes y florecientes como en España en el mes de mayo, algunos cubiertos de flores, otros cargados de fruto, según las diferentes especies y su tiempo de fructificación... El ruiseñor y muchos otros pájaros estaban cantando, aunque era el mes de noviembre cuando yo visité aquella deliciosa región.»

Colón agregaba que los habitantes estaban desnudos, eran tímidos, pacíficos, honestos y tan generosos, que «dan su algodón y oro, como idiotas, por un pedazo de vidrio, herraduras, cascos y naderías», al extremo que prohibió «tal tráfico por razón de su injusticia».

Decía que en otras islas cercanas habitaban indios caníbales, y que había oído hablar de otra isla donde la gente no tenía pelo y poseía una gran cantidad de oro. Finalmente aseguraba que él podría proveer a sus altezas de cualquier cantidad de oro, drogas, algodón y otras mercaderías, y de tantos esclavos para el servicio de la marina como fueran necesarios. Todavía se mantiene en el misterio la razón por la cual Colón subrayó en sus cartas a los dos conversos la posibilidad de obtener ganancias comerciales y de realizar un floreciente comercio de esclavos, cuando en sus tratos con el rey y la reina había recalcado su altísimo propósito de convertir a todo el mundo al catolicismo. Pero las intenciones de los hombres aparecen algunas veces mezcladas. No obstante el hecho de que los judíos se habían beneficiado durante siglos con el tráfico

de esclavos en Europa, no existe prueba alguna de la moderna aseveración de que Santángel ayudó a Colón con la esperanza de obtener grandes ganancias en el tráfico de esclavos y que Colón era también de origen judío. De todos modos, la sinceridad de la fe en Cristo del gran descubridor está por encima de toda cuestión.

Poco tiempo después, llegaron cartas a la corte desde Portugal, dejando constancia de que el almirante, arrojado por una tormenta, se encontraba en el puerto de Lisboa, donde había sido recibido con honores reales por el rey Juan. Luego emprendió el camino de Barcelona, para informar personalmente a sus altezas.

CAPÍTULO XXVIII

A mediados de abril llegó Colón a Barcelona, rodeado de un esplendoroso entusiasmo. Muchos jóvenes nobles y mercaderes salieron a recibirlo fuera de las puertas de la ciudad, como si se tratara de un vencedor romano que volviera de la guerra. Los primeros que entraron en la ciudad fueron los seis indios que el descubridor había traído de las tierras de Kubla Kan, pintados y majestuosamente resplandecientes de oro. Les seguían los marineros de las tripulaciones del almirante, llevando loros vivos, pájaros disecados, animales de las Indias y armas y enseres de los naturales. Detrás iba Colón, a caballo, con jubón de seda y calzas y un gorro nuevo de terciopelo, y colgando de sus hombros un vistoso manto. Era el almirante del mar Océano, que apuraba al máximo ese momento, con el que durante tantos años había soñado, como si su alma poética ya le susurrara que después de seis meses de gloria no sería más que un hombre olvidado.

Para honrar al hombre que creía haber llegado a los mares de la China y el Japón, el rey y la reina ordenaron que sus tronos fueran colocados delante de la catedral bajo un dosel de brocado de oro, y allí lo recibieron con el príncipe Juan a un lado y el cardenal de España al otro; y cuando él se arrodilló para besar sus manos, le alzaron como si se tratara de una persona de la más alta calidad, suplicándole que se sentara: cortesía sólo concedida en Castilla y Aragón a los príncipes de la sangre.

El hijo del cardador de lana, con su grave y graciosa dignidad, les relató todo lo que había visto, La sustancia de su relato puede todavía leerse en su diario. Se había detenido en las Canarias, y el 6 de septiembre, después de distintas reparaciones, siguió audazmente hacia el Oeste. Al undécimo día vieron parte del mástil

de un barco de alrededor de ciento veinte toneladas, que flotaba en el agua. En la noche del decimoquinto día «vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar, lejos de ellos cuatro o cinco leguas». Lloviznaba al día siguiente, pero en adelante tuvieron tiempo muy agradable. «Era placer grande el de las mañanas —escribió el almirante—, que no faltaba sino oír ruiseñores, y era el tiempo como abril en el Andalucía.»

Animaba a los marineros mostrándoles algunas manchas de hojas verdes, y decía: «Porque la tierra firme hago más adelante.» Pero al decimoséptimo día los marineros se aterrorizaron cuando el almirante comprobó, por primera vez en la historia, que la aguja magnética se desviaba un grado entero del Norte. Colón halló una explicación muy ingeniosa para tranquilizar a sus hombres: el compás no había variado, pero la estrella del Norte, en vez de permanecer estacionaria, según todos suponían, evidentemente oscilaba alrededor del polo como una linterna. ¿Podía pedirse nada más sencillo? Después de esto «iban muy alegres todos, y los navíos quien más podía andar, andaba por ver primero tierra». Vieron toninas y un cangrejo vivo. El almirante dijo que había visto un pájaro blanco llamado «rabo de junco, que no suele dormir en el mar». El día 19 llegó a bordo un alcatraz, «y a la tarde vieron otro, que no suele apartarse veinte leguas de tierra; vieron unos llovizneros sin viento, lo que es señal cierta de tierra». Estaba entonces en medio del océano Atlántico.

El viento soplaba tan firmemente desde el Este, que los marineros empezaron a decir que nunca soplaba en otra dirección en ese océano, y que, por lo tanto, nunca podrían regresar a sus hogares, debiendo navegar siempre hacia el Este. Por fortuna, el día vigésimo segundo cambió el viento. El almirante, viendo la, mano de Dios en todas las cosas, dijo: «Mucho me fue necesario este viento contrario, porque mi gente andaban muy estimulados.» Al día siguiente el mar estaba tan manso y tranquilo, que los marineros murmuraban diciendo que habían llegado a un mar donde no soplaban vientos. Pero pronto quedaron sorprendidos al ver que se formaban olas sin viento alguno. El almirante recordó: «Así que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció, salvo

el tiempo de los judíos, cuando salieron de Egipto contra Moisés, que los sacaba de cautiverio.»

Discrepó con Martín Alonso Pinzón. Al atardecer del 25 de septiembre, Pinzón gritó que había visto tierra, y la tripulación de *La Pinta* cantó el *Gloria in excelsis Deo*, al que se unieron las otras tripulaciones. En aquella época, los marineros solían cantar mientras trabajaban, y el almirante había ordenado que todas las tardes cantaran el hermoso himno llamado *Salve Regina*.

Pero en esta ocasión el canto de las noventa voces terminó en un mustio y desconsolado silencio, cuando vieron que la «tierra» no era más que una nube.

El almirante comenzó a disimular ante la tripulación la verdadera distancia recorrida. El 1 de octubre dijo a sus hombres que habían navegado quinientas ochenta y cuatro leguas, cuando en realidad sus verdaderos cálculos arrojaban setecientas siete. Todos los días descontaba algunas leguas del cómputo diario. El tiempo continuaba bueno. «A Dios muchas gracias sean dadas», anotaba el almirante en su diario. El 6 de octubre instó Pinzón a Colón a que torciera la ruta del Oeste hacia el Sudoeste, donde creía que se encontraban las islas. Colón, que, según parece, halló a Pinzón muy irritado, se opuso a ello. Pero al siguiente día desvió su ruta del Oeste al Oeste-Sudoeste, aduciendo que los pájaros volaban hacia el Sudoeste y que «los portugueses habían descubierto la mayor parte de las islas que poseían siguiendo el vuelo de los pájaros». Si Colón hubiese continuado escuchando la voz interior de su genio en lugar de escuchar a Alonso y a los pájaros, habría arribado en pocos días al norte del continente americano. De todos modos, el cuarto día descubrió tierra. En su diario nada dice de motines o amenazas de parte de la tripulación.

En la tarde del día 11, el almirante vio al frente una luz oscilante. Las tres tripulaciones entonaron el *Salve Regina* con inusitado fervor, y a la mañana siguiente desembarcaron en una isla que Colón llamó San Salvador. Era un viernes, día propicio para Colón.

No puede afirmarse cuál de las islas del archipiélago de las

Bahamas sea la de San Salvador de Colón. Podría ser la de Watling, o bien la Gran Turco, que corresponde a la descripción que hace aquél de la de San Salvador: «plana, sin ninguna eminencia, rodeada por un cinturón de rocas y con un lago en el centro».

Salvajes desnudos asistían con asombrado deleite al desembarco de aquellos «hombres celestiales». Colón conducía el estandarte real, y cada uno de los Pinzones llevaba un pendón de la Cruz Verde, que ostentaba de ambos lados las iniciales de los nombres del rey y de la reina y sobre cada letra una corona. Los indios llegaron nadando hasta los barcos.

«Yo —escribió el almirante en su diario—, porque nos tuviesen mucha amistad, porque conoscí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor con que hubieron mucha placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla... Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andaban todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una farto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más d treinta años; muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, muy buenas caras; los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballo, e cortos; los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan; dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado.»

Cuando Colón terminó su relato, el rey, la reina, el príncipe y toda la corte se arrodillaron, y elevaron sus manos dando en alta voz gracias al cielo, mientras el coro real entonaba el *Te Deum*; después todos se pusieron de pie y atravesaron la ciudad en alegre procesión.

La reina Isabel invitó al almirante a comer con la familia real y prometió una nueva flota para una segunda expedición. El príncipe

Juan se mostró especialmente interesado por los indios, y Colón le dio uno para que fuera su sirviente, pero el clima español era demasiado duro para éste y pronto murió. Cuando fueron bautizados los seis aborígenes, los reyes los apadrinaron.

Durante todo un mes, Colón fue el héroe de la corte. Se le veía a caballo, en el parque, con el rey Fernando y el príncipe. Fue invitado por el cardenal a cenar. Era objeto de alabanzas en Londres, París, Viena y especialmente en Génova. La primera persona a quien Isabel y Fernando dieron cuenta de los descubrimientos fue al papa Alejandro VI. Hubo gran júbilo en Roma, porque casi todos creían que Colón había llegado al Asia y que su descubrimiento iba a hacer posible que se ganaran muchas almas para Cristo. Aproximadamente un año después, cuando se planteó un conflicto entre España y Portugal sobre los nuevos descubrimientos, que los portugueses sostenían se encontraban en aguas pertenecientes a ellos, el papa Alejandro evitó una guerra trazando una línea imaginaria que dividía el Atlántico para proteger los derechos de cada nación en sus descubrimientos. Todos los descubrimientos al oeste de esa línea pertenecerían a España, puesto que Colón había navegado hacia el Oeste. Las tierras situadas al Este pertenecerían a Portugal, ya que sus actividades se habían desarrollado a lo largo de la costa de África. Por supuesto, el papa Alejandro no tenía la menor idea de que existiera el continente americano. Posteriormente, para satisfacer a don Juan, el papa corrió la línea imaginaria a trescientas setenta leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, y en 1499 las dos naciones concluyeron un tratado que daría más tarde a Portugal sus títulos sobre el Brasil.

En septiembre de 1493, Isabel había organizado una segunda expedición para Colón, que constaba de diecisiete barcos y unos mil quinientos hombres, incluyendo soldados, labradores, artesanos, sacerdotes misioneros y monjes y jóvenes caballeros ansiosos de oro y aventuras. Como las Indias carecían de animales domésticos y productos agrícolas útiles a los hombres civilizados, había provisto a la flota de toda clase de semillas, trigo, cebada, naranjas, limones, bergamotas, melones y otros frutas y vegetales,

y de toda clase de bestias, vacas, toros, caballos, cerdos, gallinas y conejos. Su genio preveía que todo el continente virgen, tan rico en tierras cuanto pobre en productos, sería capaz de sustentar a la humanidad.

A cambio de estos beneficios, el Nuevo Mundo regalaba al Viejo «una raíz que parecía una zanahoria y sabía a castañas»: la patata, un producto originario de América, irlandés sólo por adopción. Y Luis de Torres, judío converso que acompañó a Colón como intérprete, volvió imitando a los salvajes al quemar ciertas hierbas, que ellos llamaban «tabaco», en una pipa con forma de Y. Él había visto a los indios sahumándose con esta pipa, para lo cual se insertaban los dos tubos agujereados de la Y en sus narices e inhalaban el humo por ellas. Torres fue el primer europeo que fumó tabaco. Colón informó que había encontrado unas animales muy peculiares que parecían «como grandes ratones, y son como entre ratones e conejos, y que son muy buenos y sabrosos de comer y tienen pies y manos como de ratón y suben por los árboles». Sin lugar a dudas, el oposun isleño.

En octubre de 1493 emprendió Colón su segundo viaje hacia las costas de Catay.

Entretanto, Carlos VIII había hecho saber al rey Fernando que comenzaba su cruzada contra los turcos, y casualmente mencionaba, como si se tratara de un hecho sin importancia, que en el camino se apoderaría de Nápoles.

Salió con un ejército de treinta y un mil seiscientos hombres y mucha artillería; pero como necesitaba dinero y caballería, recordó a Fernando el tratado de Barcelona y le pidió ayuda, requiriéndole autorización para utilizar los puertos de Sicilia.

Fernando e Isabel le enviaron un embajador para que felicitara a Carlos por el celo que demostraba hacia la fe, prometiéndole toda la ayuda posible contra los turcos. Pero se sentían en el deber de hacerle notar que el derecho de conquista de África había sido reservado a Castilla por decisión papal y no podían aprobar las intenciones de Carlos contra Nápoles, porque ese reino era un feudo de la Santa Sede, y se habían comprometido en Barcelona a

no llevar a cabo nada contrario al papa.

Carlos se dio cuenta de que había sido engañado por Fernando, y se puso furioso. Pero, habiendo ido demasiado lejos en sus planes, resolvió continuarlos sin la ayuda de España. Cruzó los Alpes y comenzó la conquista de Italia. No le resultó difícil. Todas las ciudades le abrían sus puertas. Los ejércitos mercenarios de los Estados italianos, dirigidos por los condotieros, se desvanecían como sombras. Eran, en realidad, poco más que apariencias de ejércitos, que solían hacer simulacros de batallas. Se dice que en una batalla cuya furia duró todo un día, murió un solo hombre, que fue aplastado por el peso de su armadura; y a menudo los bandos en lucha declaraban feriado y se dedicaban al juego. Naturalmente, tales tropas huyeron sin ofrecer resistencia a los franceses y suizos, bien adiestrados, de Carlos. La verdad es que los Estados italianos se habían ultracivilizado y relajado por la vida fácil y el lujo, por los libros y el arte, que habían olvidado las virtudes guerreras y confiado su defensa a tropas mercenarias cuya única ocupación era la de cobrar su paga.

Roma era presa del pánico. Mientras el papa Alejandro y los cardenales se refugiaban en el castillo de Sant'Angelo, el joven rey francés, como un moderno César, entró triunfalmente en la ciudad, a la cabeza de su caballería.

CAPÍTULO XXIX

Carlos entró en Roma con la firme intención de deponer al papa y convocar a un concilio de la Iglesia que elegiría al cardenal Julián della Rovere o algún otro miembro del Sacro Colegio que se supusiera afecto a Francia. En este propósito era alentado por las cartas y los sermones de Savonarola, el fraile dominico de semblante pálido, de aguileña nariz y penetrantes y encendidos ojos, que había despreciado a Lorenzo el Magnifico y quemado los tesoros del arte pagano de Florencia; un santo y admirable hombre, aunque algo fanático, que imaginaba que Carlos era el instrumento elegido por Dios para reformar la Iglesia y salvar a Europa. Parecía que la influencia francesa, que había ocasionado el exilio del papa en Aviñón y otras desgracias a la Iglesia, podría, una vez más, ganar gran poderío a expensas de la silla de Pedro. Se esperaba que Alejandro renunciara antes que hacer frente a un concilio hostil convocado por los franceses. Pero cuando el soberbio viejo español irguió su arrogante figura sobre los desmoronados baluartes de Sant'Angelo y tranquilamente desafió al joven rey, a sus cañones de bronce, a su infantería suiza y a los italianos traidores y cardenales que se habían plegado a la intriga de Julián, fue Carlos quien se sometió; se arrodilló humildemente ante Alejandro y lo reconoció como verdadero papa.

Entretanto, el perspicaz rey Fernando de Aragón se preparaba secretamente para la partida que intentaba jugar a Carlos. Envió a Sicilia una poderosa flota, con trescientos hombres elegidos, bajo las órdenes de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, a quien la reina recomendó para el cargo. También envió a Garcilaso de la Vega a Roma, para asegurar al papa la lealtad y obediencia de los reinos españoles y auxiliarle en la organización de los Estados

italianos contra el invasor. Garcilaso fue de un príncipe italiano a otro, reprochando a algunos su maldad, apelando a la fe y patriotismo de unos y a los propios intereses de otros.

Mientras Carlos continuaba su marcha para apoderarse de Nápoles, el enviado español preparaba cuidadosamente una alianza del papa, Venecia, Milán, el emperador de Alemania y España para hacerle frente, organizando así, en muchas conferencias nocturnas, la Liga de Venecia. Los Estados italianos prometieron reunir una fuerza de veinticuatro mil caballeros y veinte mil infantes para defender a la Santa Sede contra Carlos. Cuarenta galeras venecianas esperaban a las fuerzas francesas en la costa napolitana. El duque de Milán, aliado de Carlos, prometió abandonarlo y cortar la línea de abastecimiento de Francia. El rey Fernando ofreció su flota y su ejército, y estuvo de acuerdo en invadir a Francia.

Carlos no descubrió la existencia de la liga formada contra él hasta después que entró triunfalmente en Nápoles, vestido de armiño y púrpura, con la corona imperial sobre la cabeza. Se enfureció cuando se enteró de cómo había sido burlado por los soberanos españoles, pero ya no podía hacer otra cosa que regresar apresuradamente a sus reinos para defenderlos de la amenazante invasión de las fuerzas de Aragón. Se abrió paso hacia el Norte, luchando con grandes pérdidas, y se retiró cruzando los Alpes.

Entretanto, Gonzalo de Córdoba pasó calladamente de Sicilia a Calabria, que conquistó después de una brillante campaña en la que se reveló como uno de los grandes militares de su época. Después de apoderarse de Atella, marchó sobre Ostia, donde la guarnición francesa, capitaneada por un famoso bandido, había cortado los abastecimientos de Roma y destruido su comercio, y la tomó por asalto. Después se dirigió a Roma, donde fue aclamado como libertador. El papa Alejandro le otorgó públicamente la rosa de oro. Así, España, en vez de Francia, se convirtió en la fuerza política dominante de Italia, y todo con muy pocos sacrificios. En realidad, cuando el Gran Capitán escribió a España pidiendo víveres y ropas para sus hombres, el rey Fernando le contestó:

«Que vivan del país.» Fernando, con todos sus defectos, se transformó en uno de los más poderosos reyes de su época. «Si consideráis sus acciones —dice Maquiavelo—, las encontraréis siempre grandes y extraordinarias.»

Comenzó entonces a soñar en un nuevo imperio ganado y conquistado por armas y por casamientos diplomáticos, que seria gobernado algún día por el príncipe Juan.

Tanto Isabel como Fernando eran lo suficientemente hábiles para jugar a Inglaterra contra Francia. Iniciaron así un largo periodo de negociaciones con Enrique VII sobre el futuro casamiento de su hija Catalina con Arturo, príncipe de Gales. Finalmente firmaron un pacto en virtud del cual Enrique se comprometía a hacer la guerra a Francia en el momento que Fernando lo hiciera. Se convino también que la dote de Catalina sería de doscientos mil escudos (cada escudo equivalía a cuatro chelines y dos peniques), la mitad pagadera en el momento del casamiento y el resto dentro del término de dos años. La dote de la princesa consistirla en una tercera parte de las rentas de Gales, Cornualles y Exeter.

Cuando Carlos VIII entró en Roma, Isabel y Fernando trataron de inducir a Enrique VII a que ingresara en la liga formada en defensa del papa. Enrique contestó que no existía en el mundo un más celoso cristiano, ni nadie más dispuesto que él a ayudar a la Santa Sede. Pero no podía creer que el papa se hallara realmente en peligro, porque en ningún momento se lo había hecho saber. El doctor Puebla les escribió que, efectivamente, no había llegado ninguna petición del papa a Inglaterra, y esto le asombraba, «porque la autoridad del papa es muy grande en Inglaterra y su carta hubiera producido un gran efecto».

La princesa Isabel, que había casado con el príncipe portugués Alfonso, enviudó después de seis meses de casamiento y había vuelto junto a sus padres, para llevar virtualmente la vida de una monja en palacio. Cuando el hermano de su marido, don Manuel, llegó a ser rey de Portugal, en 1495, pidió su mano, pero la hermosa viuda ni aún quiso considerar la posibilidad de un segundo casamiento en ese momento, ni sus padres insistieron en

ello. La reina Isabel comenzó a pensar en la posibilidad de enviar a la princesa María a Portugal. Esto resultaba complicado, porque el rey Jacobo de Escocia había pedido a una de sus hijas y querían complacerle, porque estaban usándolo como arma para forzar a Enrique, que le temía, a hacer la guerra a Francia. La reina Isabel salvó la dificultad escribiendo a Inglaterra al doctor Puebla, que de tener una quinta hija, con mucho gusto la daría al rey de Escocia, pero siendo solamente cuatro, estaba por enviar un embajador a Jacobo «para entretenerle el mayor tiempo posible».

El principal propósito de la política exterior de Isabel y Fernando en esta época era el de mantener aislada a Francia para evitar que Carlos invadiera Europa. Deseaban ardientemente que se desatara la guerra entre Francia y España en Italia, y con este objeto hicieron todo lo posible por envolver a Francia en una guerra con su «hermano» Enrique. Las cartas de Isabel, en este tiempo, son a veces nerviosas y tensas, y ocasionalmente justifican el juicio de su secretario: «De su natural inclinación era verdadera e quería mantener su palabra; como quiera que en los movimientos de las guerras e otros grandes fechos que en sus reinos acaecieron en aquellos tiempos, e algunas mudanzas fechas por algunas personas, la ficieron algunas veces variar.»

Isabel tenía entonces cuarenta y cinco años —edad crítica—y sus cartas reflejaban algunas veces rasgos de histerismo, aunque la franqueza y buena fe de la antigua Isabel se manifiestan frecuentemente y hay como un latido vigoroso característico en ella, de que carece la correspondencia firmada por «Fernando e Isabel». En las cartas que ella sola escribió, hay una frescura de epítetos y una tendencia a las metáforas y símiles: en resumen, mucho del encanto, del poder y la personalidad de una mujer de genio...

En su ansiedad abandona a Puebla, del que comienza a sospechar que servía con mayor devoción a los intereses de Enrique que a los de ella, no obstante le adularía en una de sus cartas llamándole «mi consejero y embajador», y en otra «virtuoso e íntimo amigo». Ella escribió a Enrique diciéndole que haría un favor al rey Carlos si le declaraba la guerra. «Si el rey de Francia

continúa llevando así sus asuntos, dando de lado toda razón, entonces sería hacerle buen servicio el evitar que continúe en aquel camino de ruina que ha emprendido. Para esto no encontramos cosa mejor que el rey de Inglaterra le haga la guerra.» Isabel insiste que en tal caso Carlos abandonaría su plan, haría la paz, y así «se restauraría la paz en la cristiandad sin perjuicio de nadie, y además se beneficiaría grandemente el rey de Inglaterra, nuestro primo». Haciendo la guerra, agrega, Enrique «remataría una obra de la que se seguirían inmensos y universales beneficios». ¡Y acto seguido hizo la ridícula promesa de que si Enrique movía guerra a Francia, ella intercedería ante el papa para que le concediera una bula de cruzado permitiéndole reservar al tercio o la mitad de cuanto conquistara!

Para reforzar su poder frente a Francia, desde tiempo atrás Isabel y Fernando habían planeado el matrimonio de Juana, su segunda hija, con el archiduque Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano, y el del príncipe Juan con la archiduquesa Margarita. Llegó el momento de estos casamientos, y la reina Isabel se dirigió a la costa del Norte para presenciar la partida de su segunda hija. Juana tenía entonces dieciséis años; era delgada y morena, y tan parecida a su abuela Juana Enríquez, que la reina, por broma, la llamaba suegra. A pesar de todo, en su temperamento Juana se parecía más a su abuela materna de Arévalo. Era irascible y melancólica, propensa a ataques de mal humor e inexplicable depresión. De las cuatro hijas, ella era la única que carecía de encantos físicos, y tenía celos de las otras. Le dolía la disciplina de su madre, y alguna vez demostró su desvío ante la instrucción religiosa y sus prácticas. Tal era la infortunada niña que iba a ser enviada a Flandes como novia de un muchacho atolondrado, sensual y mujeriego.

Juana no demostró emoción alguna, ni pesar tampoco, al dejar a su madre. Parecía más interesada por el tiempo y el barco, cosas ambas que detestaba. Realmente, no puede censurársela por esto, porque el tiempo era malo, y aun con cielo despejado, el viaje estaba expuesto a peligros e incomodidades en un barco de cuatro mástiles, ancha proa y doble torre en la estrecha popa, todo

rodando como un corcho bajo el viento pesado. El cielo estaba cubierto de nubes y el mar agitado cuando se hizo a la vela, y la reina la vio partir con el corazón oprimido y lleno de malos presentimientos. No tuvo noticias de su hija por espacio de varios meses, durante los cuales las nuevas que llegaban de restos de naufragios arrojados sobre las costas de Vizcaya la mantuvieron en un estado de continua alarma y remordimientos. Por fin supo que la flota que enviara con Juana había sido dispersada por una tormenta y llegado a Portland para reparar las naves, pero que después había arribado a Flandes. Estas noticias llegaron indirectamente, no por intermedio de Juana, que no contestaba las cartas de su madre. Felipe estaba cazando en Luxemburgo cuando ella llegó, y no se tomó el trabajo de ir a verla hasta un mes después de su desembarco. Ella se enamoró inmediatamente de él, pero él no se ocupaba en absoluto de ella.

La flota que llevó a Juana a su destino trajo de vuelta a una hermosa princesa que iba a contraer matrimonio con Juan. Margarita había sido enviada a Paris a la edad de cuatro años para desposarse con Carlos VIII, y fue educada cuidadosamente por la regente de Carlos, Ana de Beaujeu. Pero, en definitiva, Carlos la repudió por orden de su hermana, para casar con Ana de Bretaña y facilitar así la unión de aquella provincia con Francia. El pueblo aclamó a Margarita cuando dejó la costa francesa, porque se había hecho muy popular. Era encantadora, inteligente y atractiva, y la reina Isabel esperaba que resultase una esposa ideal para el delicado y sensible muchacho de pelo rubio a quien ella llamaba «mi ángel».

CAPÍTULO XXX

Colón había vuelto de su segundo viaje cuando la reina Isabel se encontraba en Almazán esperando que se embarcara Juana, y lo emplazó para que se presentara a la corte, pues había recibido algunos informes muy inquietantes sobre él. Algunas semanas después, Colón compareció ante ella en Laredo, espantosamente cambiado. Durante los treinta meses de ausencia, su barba había crecido, y su rostro envejecido mostraba los surcos de las enfermedades y las preocupaciones, y en lugar de las ricas vestiduras que en otro tiempo llevara, había vuelto al hábito castaño de la tercera orden de San Francisco; de tal manera que parecía más un ermitaño que un almirante de Castilla, a no ser por aquel aire de majestad que nunca le abandonaba. Llegaba a una corte donde tenía muchos enemigos envidiosos y pocos leales amigos, salvo la reina, el joven príncipe Juan y el aya real.

Después de un viaje de unas cinco semanas, había llegado a las Antillas el 3 de noviembre de 1493. Cuando sus hombres desembarcaron en una de las islas, que el almirante llamó Guadalupe, encontraron una aldea extremadamente sucia, prueba ésta de que ese cuadro que Colón había pintado de los indios después de su primer viaje no era completamente exacto. En varias cabañas encontraron miembros humanos colgados de las vigas de las chozas, como si fuera carne puesta a curar. Hallaron la cabeza de un hombre joven, recientemente muerto, que todavía sangraba, y unos trozos de su cuerpo tostándose al fuego, mientras otros se cocían con carne de gansos y loros.

Cuando Colón llegó a La Española no encontró resto alguno de la guarnición de treinta y nueve hombres que dejara allí para defender la fortaleza de la Navidad. Los indios, evidentemente,

habían quemado el fuerte hasta sus cimientos y dado muerte a todos sus ocupantes. Colón desembarcó y comenzó a construir la primera ciudad cristiana en el Nuevo Mundo, que llamó Isabela, en honor de la reina. En la festividad de la Epifanía de 1494 se celebró allí la primera misa solemne en América. Las noticias fueron recibidas en Europa con gran regocijo.

Colón comenzó después a buscar oro, pero sin resultado. Exploró Cuba, que llamó Juana y que creía que formaba parte del continente asiático. Exploró la costa de Jamaica, y después volvió a Cuba para buscar un canal a través del «continente», a fin de circunnavegar el globo y volver a España por el camino de Jerusalén.

Muchas quejas habían llegado a la reina contra Colón, quien, con toda su visión y grandeza de alma, distaba mucho de ser un administrador ideal. Algunas veces era demasiado severo, otras demasiado débil. Probablemente fuera Colón impertinente y despótico; quizá tuviera las fallas de sus virtudes; y tarde o temprano chocaba con los que lo rodeaban. Así exasperó al piadoso sacerdote fray Bernardo Boíl, que con el capitán Pedro Margarite se embarcaron rumbo a España para reclamar ante el rey y la reina de lo que ellos describían como la tiranía de Colón y su hermano. Colón, por supuesto, tuvo que actuar en medio de grandes dificultades. El sitio elegido para la construcción de la ciudad resultó ser lugar insano, y las enfermedades postraron al descubridor por espacio de varios meses. Muchos de los aventureros que habían ido con él pensaban encontrar oro sin trabajo ni esfuerzo, y se indispusieron con Colón cuando los obligó a trabajar. La máxima dificultad de los partidarios de éste reside en explicar su posición frente al problema de la esclavitud. Los católicos siempre juzgaron repugnante el tráfico de esclavos, y la Iglesia se opuso siempre a él donde su influencia podía hacerse sentir. La actitud de Colón, debemos admitirlo, no fue muy cristiana. En los comienzos de 1494 escribió al rey y a la reina sugiriéndoles la posibilidad de que algunos de los caníbales del Caribe fueran enviados a España como esclavos. Alegando que tal medida redundaría en su beneficio, porque les quitaría su afición a

la carne humana y serían instruidos en los principios de la verdadera fe.

Isabel lo entretuvo, escribiéndole que contestaría oportunamente a su propuesta.

En 1494 envió Colón a Sevilla cuatro barcos colmados de indios para que fueran vendidos en los mercados de esclavos. El rey y la reina autorizaron su venta, creyendo que eran prisioneros de guerra del sexo masculino, porque Colón les había hecho llegar noticias de una batalla en la que sus trescientos hombres armados, con la ayuda de sabuesos, habían vencido a cien mil indios. Cinco días después, no obstante, la reina, con su conciencia intranquila, prohibía la venta de los esclavos, y cuando se enteró que los pobres desdichados no eran prisioneros de guerra, sino «quinientas almas de hombres, mujeres y niños de doce a treinta y cinco años», se indignó sobremanera y ordenó que todos fuesen puestos en libertad y que se les volviese a sus hogares del Nuevo Mundo. Desgraciadamente, todos murieron víctimas del clima frío antes de que la real orden se cumpliera.

La historia no menciona cómo justificó Colón ante la reina su proceder. Bernáldez dice que apresó a los indios en represalia por el incendio de su fuerte y el asesinato de su guarnición. Pero el hecho de haber enviado esclavos parece que determinó un cambio en su vida, y desde entonces las desgracias lo rodearon, como los perros en la retirada de un león herido. Sin embargo, en todas las vicisitudes se mostró hombre de voluntad, un hombre heroico. Colón era vanidoso, dispuesto a engañarse a sí mismo, y, como todos los hombres vanidosos, tenía la pasión de pretender justificarse. Ganó oro, poder y admiración. Pero, bajo la influencia de los sufrimientos, se transformó en un hombre fuerte, generoso, que aprendió a vivir una vida de ascético autodominio aun en medio de hombres disolutas y en un mundo extraño, y que subordinaba su propia ambición al propósito de ganar dinero y emplearlo exclusivamente en la reconquista del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Su viaje de regreso a España, en 1496, fue horrible; duró

cuatro meses, durante los cuales escasearon el agua y los alimentos. Llevaba una tripulación de hombres extenuados, medio muertos de hambre, estremecidos por la fiebre, pobres desgraciados que convertidos en sombras desembarcaron de las carabelas en Cádiz. El último de todos, con su hábito castaño, venía el almirante. Su popularidad se había desvanecido; todo el mundo le llamaba *el Embaucador*. Isabel veía todavía en él un gran hombre, y anunció que, de todos modos, ella se proponía encomendarle una tercera expedición.

La reina se encontraba entonces en Burgos, esperando a la princesa Margarita, a la sazón en alta mar. Colón predijo que Margarita llegaría a Santander y probó estar en lo cierto. Arribó la princesa unos días después, desembarcando al son de la música y los gritos del pueblo.

Tenía ésta cierta gracia francesa; era ingeniosa y alegre. Su pelo rubio era lo suficientemente largo para llegar, suelto, a sus pies. Cabalgando hacia Burgos entre el rey y el príncipe, la princesa hizo un divertido relato de su viaje y de la tormenta que había arrojado su barca al puerto de Southampton. En lo más fuerte de la tempestad, cuando los marineros esperaban que el barco se hundiera, Margarita escribió su propio epitafio en verso y lo cosió en una cinta a su muñeca para ser identificada si su cuerpo era arrojado a la orilla:

Ci-gît Margot, la gentil demoiselle
qu'eut deux morís et si mourut pucelle.
(Aquí yace Margarita, la gentil doncella,
que tuvo dos maridos y, sin embargo, murió soltera.)

La reina estaba encantada con ella, y toda España se asoció al regocijo de la familia real. El matrimonio se celebró casi inmediatamente, el domingo de Ramos, consagrándolo el arzobispo Jiménez de Cisneros. Isabel y Fernando abrumaron a Margarita con su generosidad. La reina llegó hasta obsequiarla con el collar aragonés que Fernando le había regalado, y su collar de rubíes balajes, que había rescatado ella de los prestamistas. Después de los acostumbrados torneos, fiestas y procesiones, Juan y Margarita

atravesaron en triunfo los reinos de Castilla y Aragón, festejados en todas partes como símbolos de eterna juventud y amor.

Para deleite de su madre, la princesa Isabel consintió en casarse con don Manuel de Portugal, con la condición de que él expulsaría a todos los judíos de su reino. Manuel dudó; porque los judíos portugueses eran ricos e influyentes y prestaban importantes servicios a la corona. A pesar de todo, no disgustaba a éste disponer de un pretexto para librarse de aquellos que tan rápidamente se apoderaron del nuevo comercio exterior y parecían tan dispuestos a aprovechar la prosperidad que Portugal había ganado gracias a sus descubrimientos. Expulsó, así, a los judíos, y la princesa fue a Portugal por segunda vez en calidad de novia. Después de su partida, la reina Isabel se vio obligada a guardar reposo, porque el esfuerzo que había realizado en los festejos preparados en honor de la princesa había sido excesivo para ella, y sus enormes energías, exigidas al máximo, comenzaban a flaquear. Al día siguiente llegó de Salamanca un correo portador de malas noticias. El príncipe Juan volaba de fiebre después de las fiestas celebradas en su honor en Salamanca, y los médicos le hacían saber que su estado era alarmante.

El rey montó a caballo y se dirigió a aquella ciudad, que distaba más de cien millas, mientras Isabel se quedaba en su lecho aterrada de angustia.

Cuando Fernando llegó a la cabecera del lecho de su hijo, los médicos habían perdido toda esperanza. El príncipe estaba ya resignado a morir. Rogó entonces a sus padres que aceptaran humildemente la voluntad de Dios.

A través de su corta vida —dijo—, sólo había conocido felicidades y bendiciones, y moriría así alegremente.

Hizo saber a su padre que Margarita quedaba encinta y encomendó a ella y al hijo aún no nacido al cariño de sus padres, y su alma a Dios. Fray Tomás de Torquemada, el inquisidor general, que había acudido rápidamente a Salamanca a petición del rey, oyó en confesión al joven moribundo y le dio la sagrada comunión y la extremaunción.

El rey, según cuenta Bernáldez, consoló tiernamente al príncipe cuando le llegaba la última hora, diciéndole: «Fijo mucho amado, habed paciencia, pues que vos llama Dios, que es mayor rey que ninguno otro, y tiene otros reinos e señoríos mayores e mejores que non este que vos teníades y esperábades, para vos dar, que os durarán para siempre jamás, y tened corazón para recibir la muerte, que es forzoso a cada uno recibirla una vez, con la esperanza que es para siempre inmortal y vivir en gloria.» En estos términos le habló, y cuando el príncipe exhaló su último suspiro, el padre, cerrando piadosamente sus ojos, pensó quizá por qué la muerte, que había perdonado a él en tantas peligrosas batallas, tronchaba la existencia de un joven feliz en el umbral de la vida. El príncipe murió el 3 de octubre de 1497, y con él «así fue que se perdieron las esperanzas de toda España», escribió tristemente Pedro Mártir, su preceptor.

El rey había enviado correo tras correo a Alcántara dando cuenta del más mínimo síntoma que pudiera interpretarse favorablemente, para mantener vivas las esperanzas de la reina hasta el último momento, tal vez en la creencia de que todavía pudiera operarse un milagro. Y apenas el cuerpo de Juan fue pomposamente depositado en la catedral de Salamanca, entre las lamentaciones de los estudiantes y el pueblo, Fernando quiso ser el primero en llevar la triste nueva a la reina.

Isabel, al verle, dio un grito de alivio, porque pensó que su llegada significaba que el príncipe estaba fuera de peligro. Pero la cara del rey la desilusionó antes de que hablara.

«¡Decidme la verdad, señor!», le exigió.

«Él está con Dios», contestó Fernando.

La gran reina palideció. «Éste fue el primero cuchillo de dolor —dijo Bernáldez— que atravesó su corazón.» Después, inclinando la cabeza, dijo: «Dios nos lo dio y Dios se lo ha llevado. ¡Bendito sea su santo nombre!»

El rey y la reina se encerraron con su dolor durante varios días, mientras las campanas de las iglesias de toda España doblaban por el príncipe y la gente toda guardaba luto, cubriendo de

negro los muros y puertas de las ciudades y suspendiendo las actividades públicas y privadas durante varios días.

Cuando, al fin, los soberanos salieron de su retiro, hicieron frente al mundo con tanta fortaleza, que todos se maravillaron de su valor, Pedro Mártir escribió: «Los soberanos se esfuerzan en ocultar su dolor, y logran hacerlo. Cuando los contemplamos, atormentados por la debilidad de nuestra alma, ellos miran serenamente, fijamente, a los que les rodean. ¿Dónde encuentran fuerzas para ocultar sus dolores? Parece como si, vistiendo como hombres, no fuesen de carne humana, y que su naturaleza, más fuerte que el diamante, no conociera el dolor.» Pero bajo el sereno exterior de la reina Isabel sangraba su herida; el mundo nunca volvería a ser para ella lo que había sido, porque había aprendido, al fin, el significado de la palabra imposible.

CAPÍTULO XXXI

El mundo no siguió siendo el mismo para la reina Isabel después de que el príncipe Juan fue depositado en su magnífica tumba de Ávila, y los últimos siete años de su vida fueron años de enfermedades, ansiedad, oración y mortificación. La muerte se había llevado a muchos de sus viejos amigos y servidores. El cardenal Mendoza, cuya contribución a la grandeza de Isabel difícilmente puede valorarse, había muerto. Torquemada murió en 1498, a la edad de setenta y cinco años, y muchos lo veneraban como a un santo, porque de su tumba salía un dulce y agradable olor. Carlos VIII había muerto, después de una corta y disoluta vida, a consecuencia de un golpe en la cabeza, que se dio con el marco bajo de una puerta, y unos pocos días después, en abril de 1498, Savonarola fue colgado en Florencia. El rey Fernando sintió, sin duda, la pérdida de Mendoza y Torquemada, pero probablemente no derramó lágrimas por Carlos o por el elocuente dominico de Florencia que había instado al rey francés a invadir Italia. Y puede inferirse que en este punto sus sentimientos no distaban mucho de los del papa Alejandro VI.

Savonarola, el elocuente orador, virtualmente se había erigido a sí mismo en dictador de Florencia, donde predicara con creciente ardor contra los Médicis. El papa Alejandro, cuyo corazón quedó destrozado por el misterioso asesinato de su hijo preferido, el duque de Gandía, ocurrido el año anterior, no había prestado atención a los más calumniosos ataques personales hasta que Savonarola instó a Carlos a bajar otra vez a Italia. El papa, entonces, le prohibió predicar. Pero el prior de San Marcos desobedeció la orden y predicó más violentamente que nunca. El papa lo excomulgó. Savonarola declaró desde el púlpito que todo

aquel que lo persiguiera era enemigo de Cristo. A principios de 1498 escribió al emperador y a los reyes de Francia, España, Inglaterra y Hungría: «La hora de la venganza ha llegado: Dios desea que yo revele su secreto designio, y anuncie a todo el mundo los peligros a que está expuesta la barca de Pedro a causa de nuestra debilidad... Yo os aseguro, *in verbo Domine*, que este Alejandro no es en absoluto papa y no debe ser tratado como tal.» Llegó a sostener que el papa había comprado su elección a la silla de San Pedro y que ni aun creía en la existencia de Dios. Esto parece ser falso, pues Alejandro, no obstante todos sus pecados, tenía fe, y manifestaba una especial devoción por la Virgen bendita. Sus enemigos políticos le acusaban de haber obtenido su elección mediante simonía, pero no hay prueba alguna de este aserto; por el contrario, fue elegido por unanimidad después de haber servido durante varios años como hábil y eficaz canciller del papa. Hizo vigorosos esfuerzos para unir a Europa contra los turcos, que habían asolado Polonia y aun el territorio de Venecia. El año anterior había nombrado una comisión encargada de redactar un programa para la reforma de la Iglesia. Uno de sus mayores pecados parece haber sido el de que, en su ardiente afecto por su propia familia, antepuso a menudo sus intereses a los de la Iglesia, o al menos dio lugar a los celos y la malevolencia de los nobles, que eran sus enemigos o enemigos de la Iglesia. Había sido severamente criticado por convertir a César Borgia en confaloniero de las tropas del papado y conquistador de una gran parte de Italia. Pero a este respecto debe recordarse que Alejandro y César sólo llevaban a cabo el plan de unificación y centralización del poder que se generalizaba en toda Europa. A una época algo semejante a la anarquía sucedía otra de poderosos reyes que reprimían a la nobleza egoísta, la que había estado oprimiendo al pueblo y luchando dentro de sí misma, mientras detentaba en sus manos toda la autoridad. Luis XI había hecho esto en Francia, Enrique VII estaba haciéndolo en Inglaterra, Fernando e Isabel lo juzgaron necesario para la reconstrucción de España, y Alejandro y César intentaban algo similar en Italia. Naturalmente, los nobles ladrones y los reyezuelos a quienes César, con su gran genio, había

tronchado su poder, tenían otro punto de vista, y nada creían ellos demasiado vil para decir del papa, César y Lucrecia, la que, según la historia y memorias dignas de fe, era en su época una de las mujeres más virtuosas dignas de alabanza.

Savonarola, evidentemente, creía todo lo que los enemigos del papa decían en Florencia, y continuó tronando contra éste y su familia. Pero los florentinos se volvieron contra el monje cuando comprendieron que muchas de sus profecías eran falsas, y después de un juicio por herejía y sedición, fue cruelmente azotado y colgado con otros dos frailes, en abril de 1498. Es un error considerar a Savonarola como el precursor de Lutero. Aquél estaba convencido de que la Iglesia católica era la única Iglesia verdadera instituida por Cristo, y vivió y murió en la obediencia de sus enseñanzas, a pesar de que discutió el título del papa entonces reinante. Muchos católicos, incluyendo a San Felipe Neri, lo han venerado como a un santo.

El nuevo rey francés Luis XII anunció su intención de organizar una nueva cruzada contra los turcos, y el papa, obligado entonces por distintas circunstancias, reanudó las relaciones con él. César, que había sido nombrado cardenal, pero que nunca fue sacerdote, deseaba colgar su manto purpurado y casarse con una princesa para llegar a ser un gran señor secular; y el rey Luis, en agradecimiento posiblemente por la anulación de su casamiento con la princesa Juana, nunca consumado y que más tarde fue canonizada como Santa Juana de Valois, hizo a César duque de Valentinois.

Fernando e Isabel, que deseaban mantener a los franceses fuera de Italia, se disgustaron con Alejandro por su nueva política francesa, y de acuerdo con Portugal, intentaron atemorizarlo, amenazándolo con la reunión de un concilio general para deponerlo. Enviaron embajadores que, si debemos creer a Zurita —cronista español que escribió más tarde, cuando los prejuicios contra Alejandro se habían fortalecido—, le hicieron saber «que él no era legalmente papa». El anciano pontífice contestó que había sido elegido sin una sola oposición y que tenía derecho a su titulo, mientras Fernando e Isabel eran usurpadores que se habían

adueñado en España del poder que por derecho pertenecía a Juana la Beltraneja. Evidentemente, Alejandro se defendió con vigor y acusó a Garcilaso de la Vega, que se hallaba presente, de haber enviado informes falsos sobre él. Agregó que la muerte del príncipe Juan, que había dejado a Fernando e Isabel sin descendientes directos, era un castigo de Dios por sus intromisiones en los derechos de la Iglesia. Es cierto que una extraña fatalidad parece haber seguido a los hijos de los monarcas españoles, sea cual fuere la causa. Margarita estaba encinta cuando don Juan murió, pero el niño nació muerto, y la joven princesa volvió finalmente a la corte de su padre. La sucesión al trono de Castilla recaía ahora en la joven reina de Portugal, que dio a luz un hijo en el verano de 1498, muriendo ella una hora más tarde. La criatura, bautizada con el nombre de Miguel, era el centro de todas las esperanzas y afectos de Isabel, la que soñó que algún día gobernaría él a toda España y Portugal. Pero ¡adiós las esperanzas de la reina! En el plazo de dos años, el niño siguió a su madre a la tumba. «El primero cuchillo de dolor que traspasó el ánimo de la reina Isabel —escribió Bernáldez— fue la muerte del príncipe, el segundo fue la muerte de doña Isabel, su primera hija, reina de Portugal; el tercero cuchillo de dolor fue la muerte de don Miguel, su nieto, que ya con él se consolaba, y desde entonces vivió sin placer la ínclita y muy virtuosísima y muy ilustre reina doña Isabel, en Castilla, y se acortó su vida y su salud.»

María, la más afortunada de todas las hijas de Isabel, vivió hasta los treinta y cinco años. En 1500 se casó con el rey de Portugal, dándole seis hijos y dos hijas.

La pobre Juana era muy desgraciada en Flandes, y constante fuente de ansiedad de su madre. Juana era salvajemente celosa de su marido. Felipe no le daba dinero, y los españoles que habían ido a Flandes con ella vivían en la pobreza. En la festividad de San Matías, en 1500, dio a luz un niño llamado Carlos, que estaba destinado a heredar, a través de ella, un vasto imperio, incluyendo toda España, Nápoles, Sicilia, Alemania, Austria y Flandes, con el nombre de emperador Carlos V, y luego, en la cumbre de su poder, a renunciarlo todo y entrar a un monasterio.

De todas las hijas de la reina, sólo Catalina permanecía con ella, pero el comienzo de su largo martirio estaba próximo. El día de Pentecostés de 1499 se casaba por poder con el príncipe Arturo de Gales. La reina Isabel difirió cuanto pudo el envío de Catalina a Inglaterra, porque la princesa tenía entonces sólo trece años y también porque desconfiaba del mezquino Enrique, de quien su embajador había escrito: «Si una moneda de oro entra una vez en sus arcas, no vuelve a salir más. Siempre paga en moneda depreciada... Todos sus servidores son como él, y tienen una habilidad maravillosa para hacerse con el dinero de los otros.»

Mientras las cortes de los dos países regateaban sobre el viaje de la princesa, su dinero, sus alhajas, su recepción y su estado legal en Inglaterra, los negocios de Colón renovaban dificultades al rey y a la reina. El almirante había comenzado su tercer viaje golpeando y dando de puntapiés en el puerto de Cádiz a un tal Jiménez de Briviesca, converso empleado en las oficinas de Indias, quien le había irritado sobremanera.

El almirante descubrió Trinidad, y al día siguiente, el 1 de agosto de 1498, vio el continente americano desde su cubierta y lo llamó Isla Santa, pensando, naturalmente, que era otra isla. Su tripulación desembarcó, pero a él le fue imposible hacerlo por encontrarse enfermo. Descubrió Venezuela, que llamó Gracia. Cuando llegó a La Española encontró a los colonos alzados contra su hermano, a quien dejara al frente de ella. Como Colón y sus enemigos habían remitido un informe a España sobre el conflicto, Fernando e Isabel enviaron a Francisco de Bobadilla, que había actuado como jefe de un ala del ejército en la guerra contra los moros, para que investigara y arrestara a los promotores del desorden.

Parece ser que Bobadilla llegó a la conclusión, tal vez apresurada, de que la incapacidad del almirante como administrador era la causa de los disturbios, por lo cual lo arrestó y lo hizo llevar a bordo encadenado, enviándolo a España. Cuando el capitán del barco le ofreció librarlo de sus cadenas, Colón insistió en seguir llevándolas, y de esa manera desembarcó en Cádiz, en noviembre de 1500, amargado por la gota, con el pelo blanco y muy

envejecido por las enfermedades y los sufrimientos. Pero, en cualquier situación, con derecho o sin él, enfermo o sano, rico o pobre, nunca le abandonaron su compostura majestuosa y la grandeza de su discurso. A pesar de todo lo que se ha dicho o pueda decirse contra él, era un hombre heroico, una gran figura. De ser Colón un ladrón, habría robado carteras con aire de gran señor; de ser un mendigo, habría tendido su mano con el ademán de un emperador. A bordo escribió una carta a la vieja aya del príncipe Juan, que siempre había sido su amiga; una carta llena de indignación: «Dios es justo, y Él querrá en su tiempo hacer saber por quién y cómo se han hecho todas las cosas. Él no me juzgará como un gobernador que ha sido enviado a una provincia o ciudad sometida a un gobierno regular, y donde las leyes pueden ejecutarse sin temor ni peligro de la felicidad pública ni sujeción a una gran injusticia. Yo debo ser juzgado como un capitán enviado de España a las Indias a conquistar un pueblo numeroso y guerrero, cuyas costumbres y religión son por completo diferentes a las nuestras. Un pueblo que mora en las montañas, sin habitaciones decentes para ellos ni para nosotros. Y donde debo someter a todo un mundo al dominio de los reyes nuestros soberanos, a causa de lo cual España, a la que usualmente se calificaba de pobre, es hoy el más rico de los reinos. Yo debo ser juzgado como un capitán que durante tantos años ha empuñado las armas, no dejándolas por un instante. Yo debo ser juzgado por caballeros que hayan conquistado ellos mismos el premio de la victoria; por caballeros de la espada y no por charlatanes.»

Cuando el almirante atravesó encadenado las calles de Cádiz, un murmullo de piedad e indignación corrió por el pueblo, y desde allí a través de toda España, y cuando compareció ante el rey y la reina en Granada, la simpatía pública había vuelto a ponerse de su lado y fue recibido con cariño, vindicándosele públicamente y permitiéndosele retener todos sus títulos y privilegios. A pesar de ello, un nuevo gobernador, Ovando, fue enviado a La Española en su lugar. Parece que Bobadilla continuó gozando del favor de la corte.

Es posible que Colón estuviera algo insano en esta época,

porque publicó un libro de profecías en el que predecía el fin del mundo antes de ciento cincuenta y cinco años. Con todo, la reina consintió en que realizara un cuarto viaje, siempre que se mantuviera alejado de La Española. Así lo hizo, y una vez más fracasó gloriosamente. Naufragó, y durante ocho meses anduvo entre hostiles indios en la isla de Jamaica, enfermo, traicionado, negándosele la entrada al puerto que él había descubierto. Él, a pesar de todo, mantuvo su espíritu invencible. Y no pueden leerse sus cartas sin sentir simpatía y admiración.

CAPÍTULO XXXII

Mientras la reina Isabel lela las cartas de Colón en los jardines de la Alhambra, el rey Fernando hacia todos los esfuerzos posibles para mantener a Luis XII fuera de Italia. Pero Luis envió un ejército sobre los Alpes al mando de Trivulzio, en el verano de 1499, convirtiéndose virtualmente en el dueño del norte de Italia. Sólo le faltaba emprender la marcha hacia Nápoles; pero, recordando la infortunada experiencia de Carlos, no quería hacerlo sin estar seguro de que los españoles no invadirían Francia. Su temor le llevó a terminar un desgraciado convenio con el rey Fernando. Por un tratado secreto del 11 de noviembre de 1500, convinieron en dividirse entre ambos el reino de Nápoles, deponiendo al primo de Fernando, el rey Federico de Nápoles, porque había traicionado a la cristiandad llamando a los turcos a Italia para que lo ayudaran en su lucha contra Luis. Entretanto, Fernando había enviado secretamente a Gonzalo de Córdoba a Sicilia con setenta barcos, seiscientos caballeros y cinco mil de los mejores hombres de la infantería española, a fin de estar listo para entendérselas con el ejército de Luis cuando llegara la oportunidad.

Mientras el Gran Capitán se encontraba en camino, los turcos se apoderaron de una isla veneciana próxima a la costa griega y cruelmente asesinaron a sus habitantes, cometiendo grandes atrocidades. El papa Alejandro dio una bula ordenando una cruzada y declarando que los turcos se proponían conquistar a Roma y después someter a todos los pueblos cristianos. Alejandro tenía entonces setenta años, pero se encontraba en la plenitud de su vigor. Llamó en su ayuda a la flota y envió legados por toda Europa. Hasta Enrique VII de Inglaterra contribuyó con cuatro mil libras para la cruzada, aunque se negaba a enviar barcos. Los

cuarenta y un cardenales de Roma dieron un total de cuarenta y cinco mil trescientos setenta y seis ducados para la causa, y el papa contribuyó con cuarenta mil ducados de su peculio.

Gonzalo contestó al llamamiento del Padre Santo uniéndose a la flota veneciana y atacando a Cefalonia, que reconquistaron de manos de los turcos después de un sitio de cincuenta días. El papa Alejandro, en prueba de agradecimiento, otorgó al rey Fernando el título de defensor de la fe. Gonzalo, cuya victoria había salvado a Venecia y tal vez a Europa entera, fue recibido en todas partes con aplauso y regalos principescos, que él distribuyó entre sus tropas con su habitual magnificencia, siguiendo a Nápoles para tomar posesión de la mitad que correspondía a su señor.

Hasta este momento el rey Fernando podía sostener que había actuado principalmente movido de su celo hacia la Iglesia, pero desde entonces comienza a evidenciarse que lo mueven sus intereses personales. Gonzalo, probablemente de acuerdo con las instrucciones de su señor, pronto riñó con los franceses, y procedió en seguida a expulsarlos de Nápoles, en una de las más brillantes campañas de la historia bélica. Gracias a las condiciones de estadista del rey Fernando y al genio militar del Gran Capitán, fue España y no Francia la que dominó en Italia.

Por aquel entonces la reina Isabel estaba muy interesada en su intento de convertir al cristianismo a los moros de Granada, porque veía el peligro de que, continuando en la religión mahometana, conspirasen con los musulmanes de África para deshacer la unidad de España, que tanto había costado. Su viejo confesor, Talavera, había hecho como arzobispo grandes progresos entre los moros, porque su infinita caridad y la pureza y nobleza de su vida los atraía tan poderosamente, que muchos de ellos se convirtieron voluntariamente al cristianismo. Pero cuando Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, fue a Granada para ayudar a Talavera, en 1499, no se conformó con las lentas aunque seguras conquistas del anterior, y decidió adoptar procedimientos más enérgicos. Comenzó invitando a los jefes de los moros a su palacio para que discutieran de religión con él, y a muchos de ellos impresionaron tanto sus argumentos, que se hicieron cristianos. En

un solo día bautizó a cuatro mil moros.

El resultado fue que los enemigos más encarnizados del cristianismo provocaron entre los musulmanes una rebelión que se propagó a muchas ciudades. Cisneros la reprimió con su característico vigor, aprisionando a los cabecillas. En su exasperación ordenó que los prisioneros fueran instruidos en la religión cristiana por los capellanes, y cuando algunos de ellos se negaron los castigó severamente. Hizo quemar en la plaza pública varios miles de ejemplares del Corán y otros libros mahometanos y obligó a que se bautizaran los descendientes de los renegados, aun en contra de la voluntad de sus padres. De este modo, por su indiscreto celo e intolerancia, el eficaz Cisneros traicionó el principio tradicional de la Iglesia de no forzar a nadie a convertirse al cristianismo, y el resultado fue el que debía esperarse. Los moros de Granada tomaron las armas contra los cristianos y los sitiaron durante nueve días y sus noches. Parecía ya que todos los cristianos iban a ser asesinados, cuando el santo arzobispo Talavera, precedido por un capellán que llevaba una cruz, se adelantó a pie hacia la hirviente muchedumbre de los mahometanos. Levantó su mano pidiendo silencio y les habló en árabe. Tan grande era el afecto que le profesaban y el poder de su santidad, que los moros más próximos cayeron de rodillas y besaron el ruedo de su hábito; y mediante sus buenos oficios se restableció una vez más la paz. Todavía la Inquisición, más tarde, se atrevería a atacar a este santo varón, sólo porque sus padres habían sido judíos.

El rey Fernando, a quien nunca le había gustado Cisneros, estaba enfurecido contra él.

«¡Ah! —gritó a la reina—, ¿no os parece, señora, que vuestro arzobispo en una sola hora ha puesto en peligro todo lo que los reyes nuestros antepasados y nosotros mismos hemos ganado en tanto tiempo y con tan grande costo y fatigas y derramamiento de sangre?»

Isabel pidió cuentas a Cisneros. Éste fue inmediatamente a Sevilla y obtuvo tanto éxito en la defensa de su proceder,

probablemente sosteniendo que si no se tomaban las medidas precisas los moros podrían conquistar España por segunda vez, que los soberanos siguieron su sugestión de dar a elegir a aquéllos entre ser perseguidos por alta traición o bautizarse.

Casi todos los moros de Granada prefirieron ser bautizados. Pero el año siguiente estalló una nueva revuelta en las Alpujarras, las montañas que corren al sudeste de Granada, y muchos de los frailes que hablan sido enviados a predicar al pueblo fueron asesinados. Mujeres y niños moros dieron muerte a pedradas a dos sacerdotes que previamente habían sido atados con lianas a los árboles. Fuerzas mahometanas navegaron de noche, desde el África, diez millas a través del estrecho, para quemar los caseríos de los cristianos próximos al mar y matar a sus pobladores. El rey Fernando se puso al frente de un ejército e irrumpió en el territorio moro. Cuando los mahometanos pidieron la paz, él les dio a elegir entre el exilio al África y el bautismo. La mayor parte de ellos prefirieron convertirse al cristianismo.

Así nació esa clase de descontentos cristianos llamados moriscos, de los cuales medio millón fueron finalmente expulsados durante el reinado de Felipe III, en 1609. Su éxodo representó una sensible pérdida económica, porque eran excelentes campesinos que conocían la importancia de la irrigación. No obstante, durante todo un siglo, después de la muerte de la reina Isabel, sus dominadores aprovecharían de su industriosa prosperidad.

La posterior decadencia de España se debió más a los descubrimientos de Cristóbal Colón que al éxodo de algunos judíos o moros. España se agotó en el estupendo esfuerzo de colonizar y civilizar el Nuevo Mundo. Y en el siglo XVII, los judíos encubiertos en Holanda, Italia, e Inglaterra, descendientes de los castigados por la Inquisición o expulsados del país, usaron de su gran poder para desviar el comercio de España hacia esas naciones y obtener informaciones sobre las actividades navales de España de los conversos españoles, especialmente en beneficio de Inglaterra. Aun en el tiempo de Cromwell, los judíos que pretendían ser españoles católicos proporcionaban al gobierno inglés informaciones sobre secretos militares y comerciales de España.

CAPÍTULO XXXIII

El 21 de mayo de 1501 la princesa Catalina abandonó por fin Granada, emprendiendo su penoso viaje a Inglaterra. Debla recorrer quinientas millas para llegar al puerto de La Coruña, en el extremo noroeste, donde se embarcaría. Llevaba consigo ciento cincuenta ayudantes, incluyendo a doña Elvira Manuel, su camarera mayor; algunas damas de honor, escogidas cuidadosamente, porque Enrique había pedido que fueran todas hermosas; un mayordomo, un maestro de ceremonias, un copero mayor y trinchante; un confesor, dos capellanes y un limosnero, pajes y caballerizos, gentileshombres de servicio; un cocinero, un sobrecargo, un panadero, un mozo de limpieza, y otros más de alta y baja clase. Enrique pidió que el número fuera limitado, porque «no se proponía hacerlos morir de hambre, como hizo el archiduque Felipe con los españoles en Flandes». Los reyes no acompañaron a la princesa, para que pudiera viajar más rápidamente; además, la reina estaba muy enferma, para montar a caballo.

Catalina halló un tiempo tan caluroso, que tuvo que detenerse frecuentemente, y demoró en dos meses el emprender la travesía. Llegó a Guadalupe el 5 de julio y a La Coruña el 20. El mal tiempo y algunas indisposiciones provocaron nuevas demoras, embarcándose ya en agosto. Una furiosa tormenta estuvo a punto de deshacer la flota, obligándola a volver a la costa española y buscar refugio en el puerto de Laredo. Embarcada nuevamente el 27 de septiembre, cuando los barcos llegaron a Ushant fueron azotados otra vez por un vendaval, tormentas y truenos. Durante todo el resto del viaje soportaron tormentas cada cuatro o cinco horas. El 2 de octubre la fatigada y desgraciada princesita

desembarcaba en el puerto de Portsmouth.

Los príncipes se casaron el 14 de noviembre de 1501 ante el altar de la catedral de San Pablo de Londres, en presencia de una numerosa concurrencia. Catalina tenía catorce años y su marido dieciséis.

El príncipe Arturo hizo saber a los parientes de su esposa que «nunca había experimentado mayor goce en su vida que cuando admiró el bellísimo rostro de su novia».

Seis meses después, el príncipe había muerto. Fernando e Isabel, alarmados por los informes acerca de la indiferencia que demostraba el rey Enrique en la atención de su hija, escribían frenéticas súplicas a la corte inglesa para que la enviasen inmediatamente a España. Pedían a Enrique los cien mil escudos que se habían pagado como primer pago del aporte matrimonial de la princesa, exigían la entrega de las ciudades y tierras asignadas a ella como dote, y rogaban a su «hermano» que, la enviara a España «del mejor y más rápido modo posible». Al mismo tiempo autorizaban al duque de Estrada, su embajador, a negociar un segundo matrimonio entre Catalina y Enrique, príncipe de Gales, desde que la joven viuda declaraba que su matrimonio con Arturo nunca se había consumado.

Era el comienzo de largos años de sufrimiento, que terminarían con su divorcio de Enrique VIII y con el rompimiento de la mitad de la cristiandad europea, a la que Fernando e Isabel habían ofrecido sus vidas y las de sus hijos. Isabel escribió a Puebla que la muerte del príncipe Arturo revivía en ella la aflicción causada por pérdidas anteriores, «pero la voluntad de Dios debía cumplirse».

Dos semanas después, en mayo de 1502, los soberanos españoles escribían con la mayor urgencia a Puebla. Decían que esperaban confiadamente que Enrique cumpliera sus obligaciones para con su hija. Sabían que Catalina se había visto obligada a pedir dinero prestado, porque el rey de Inglaterra no proveía a sus necesidades. Si esto fuera cierto, redundaría en gran deshonor de Enrique. Puebla debía decir a la princesa y a sus consejeros que no pidieran dinero prestado. «Tal cosa no debe siquiera

mencionarse.» Cuando su hija la reina de Portugal enviudó, recibió todo lo necesario del nuevo rey de Portugal, y no tuvieron que enviarle lo más mínimo. Cuando la princesa Margarita enviudó en España, proveyeron a todas sus necesidades como si hubiese sido su propia hija. Ni su padre ni su hermano Felipe le enviaron la menor suma de dinero; y si lo hubiesen hecho, Fernando e Isabel lo habrían considerado una ofensa y no la habrían aceptado.

En junio escribieron que algunas personas habían aconsejado a la princesa de Gales que no aceptara lo que el rey de Inglaterra le ofreciera, quizá porque era tan poco. «El consejo es malo. Debe aceptar lo que le den.»

La reina Isabel de Inglaterra había tratado con afecto a Catalina, y después de la muerte de Arturo le envió una litera negra tirada por dos caballos, para buscarla, a Croydon Palace, pero Isabel murió el invierno siguiente, de sobreparto. La misma carta de Puebla que notificaba su muerte a la corte española decía que el rey Enrique «no se manifestaba reacio a casarse con la princesa de Gales». La reina Isabel escribió, el 11 de abril de 1503, al duque de Estrada, dándole su opinión al respecto: «El doctor nos ha escrito del matrimonio del rey de Inglaterra con la princesa de Gales, nuestra hija, diciendo que se habló de él en Inglaterra. Pero como sería una cosa diabólica, nunca vista, y sólo el hablar de ello ofende nuestros oídos, no deseamos por nada del mundo que tal cosa ocurra. En adelante, si algo se os habla de ello, decid que es una cosa que no puede tolerarse.»

En los siete años siguientes, Catalina fue condenada a la más desgraciada vida, mientras su padre y Enrique regateaban sobre su dote, su vajilla y su casa, y sobre los largos y causadores detalles del convenio por el cual finalmente se casó con el príncipe Enrique. Fernando le envió muy poco dinero, en la creencia, evidentemente, de que haciéndolo así, Enrique se vería obligado —por vergüenza, si no por generosidad— a velar por ella. Pero Enrique, cuya posición en el trono era ahora segura, no se turbaba por vergüenza ni por generosidad. Algunos años después la princesa escribía a su padre que sus sirvientas y doncellas carecían del dinero necesario para comprar ropas. Ella misma se vio obligada algunas veces a

pedir dinero prestado para comer. Durante este tiempo, Fernando la utilizaba como embajador especial. Era astuta y digna de toda confianza y sabía informarle bien.

La reina Isabel también ha sido acusada de emplear a su hija con fines políticos y de abandonarla a la fría caridad de Enrique. Los hechos difícilmente justifican un juicio tan severo. Isabel sobrevivió al príncipe Arturo solamente dos años: dos de enfermedad, ansiedad y descorazonamiento. Sus cartas a Inglaterra prueban sus vivos deseos de que Catalina volviera al hogar, a no ser que su posición se normalizase mediante su casamiento con el príncipe Enrique. Los esponsales de Catalina con el príncipe de Gales, realizados poco antes de la muerte de Isabel, pusieron término a toda conversación sobre su regreso. Si la gran reina hubiera adivinado las consecuencias de este casamiento, sus últimos momentos habrían sido muy amargos.

Enrique había apremiado a los soberanos españoles para que enviara a Catalina a Inglaterra, prometiendo ser un padre para con ella. Pero su conducta era fría, mezquina y carente de cariño, excepto cuando entreveía obtener un beneficio con un regalo accidental. Aun después de sus esponsales con el príncipe Enrique, en 1503, la situación de la princesa no mejoró en lo más mínimo. Para colmo de males, estaba casi siempre enferma, porque el clima inglés no le sentaba, y en 1504 casi fue desahuciada por los médicos que la habían sangrado y purgado repetidamente con la intención de curarla de un resfriado y unas fiebres.

Como Catalina no podía sin dispensa contraer matrimonio con el hermano de su marido, el rey Fernando escribió a Roma solicitándosela a Alejandro VI. Pero el papa Alejandro murió en el verano de 1503, y le sucedió el irreprochable y altamente respetado Pío III. La reina Isabel celebró este acontecimiento con gran pompa considerándolo como la aurora de la grande y esperada reforma que la Iglesia necesitaba para purificarse de las manchas que una civilización decadente le había echado encima.

Por ese año de 1503 era universalmente sabido en Europa

que la gran reina se hallaba al final de su carrera, pero los últimos meses de su, vida iban a ser todavía más amargos a causa de la actuación de Juana, y pronto encontraría la paz en la muerte. La archiduquesa vino a España con su esposo en 1501 para ser reconocida como heredera del trono de Castilla. Cuando Felipe volvió a Flandes, Juana enloqueció de celos. Su segundo hijo, Fernando, nació en marzo de 1503. Ella quiso regresar a su casa inmediatamente, pero como la guerra con Francia había comenzado en las fronteras del Norte, se vio obligada a quedarse con su madre y «rabió como una leona», según la expresión de Pedro Mártir, y acusó a todo el mundo de haber tramado una monstruosa conjura para tenerla alejada de su marido. El pueblo comenzó a llamarla Juana *la Loca*.

Entretanto, el rey Luis, encolerizado al verse engañado por Fernando, lanzó una gran ofensiva contra España. Un ejército debía invadir Italia, otro cruzar las fronteras de Fuenterrabía y un tercero, de veinte mil hombres, penetrar en el Rosellón y reconquistarlo.

El rey Fernando reunió apresuradamente un ejército en Aragón para defender su territorio. En pleno reclutamiento, se enteró de que Isabel estaba muriendo en Segovia, a trescientas millas de distancia. Abandonó todo y cabalgó día y noche hasta que llegó a su lado.

La reina estaba enferma, pero no tan seriamente como los rumores decían. Y cuando el rey volvió a Aragón para lanzar su ejército contra los invasores, ella se levantó para ayudarlo, por última vez, a reclutar tropas y pertrechos, mientras su gente ayunaba, rezaba y visitaba todas las iglesias de la ciudad. Fernando salió otra vez victorioso, pero cuando la reina supo que el peligro había pasado y que los franceses se retiraban en desorden hacia el Norte, envió al rey una Carta rogándole que recordase que Francia era una nación cristiana y que no los llevara a la desesperación cortándoles la retirada a su propio país. Fernando, respondiendo al ruego de la reina y a otro del segundo inquisidor general, prohibió todo innecesario derramamiento de sangre, y ni aun hizo prisioneros a los franceses fugitivos, conformándose con

que abandonase el territorio. Algunos creen que si la reina y el inquisidor no hubieran intervenido, Fernando podría haber invadido y conquistado a Francia.

El esfuerzo había dejado a Isabel débil y casi extenuada. Pero sus preocupaciones no habían terminado aún. Juana, a quien dejó bajo el cuidado del obispo en Medina del Campo, huyó medio desnuda del palacio en un frío y tormentoso atardecer de noviembre, intentando escapar por las puertas de la ciudad, que ya se hallaban cerradas. El obispo le suplicó en vano. No quiso volver al palacio, y pasó toda la noche colgándose de los barrotes de hierro, chillando, llorando y amenazando a los guardianes si no la dejaban unirse a su marido. Cuando la reina Isabel se enteró de ello, a cuarenta millas de distancia; estaba demasiado enferma para montar a caballo, pero resolvió dejar Segovia al día siguiente y se encaminó apresuradamente a Medina. Juana continuaba trepada a la puerta, y se dirigió a la real madre con furia y amargura. Fue una prueba severa para la ceremoniosa reina, sobre todo delante de una multitud de ciudadanos y campesinos curiosos, pero triunfó su entereza, y Juana tornó al palacio en silencio. Más tarde, cuando volvió a Flandes, en la primavera de 1504, estaba reconciliada con Felipe, pero bien pronto abofeteó a la amante de éste y le cortó su preciosa cabellera en presencia de toda la corte. El archiduque la maldijo y juró que nunca volvería a tener relaciones con ella.

La noticia circuló pronto por todas las capitales de Europa, y la reina Isabel, herida en su corazón, con dolor y vergüenza, decayó rápidamente. Cuando el tiempo lo permitió, fue llevada a Medina del Campo, donde flotaban tantos alegres recuerdos de su niñez, y allí se preparó para morir.

Las gentes decían que alguna desgracia iba a caer sobre Castilla. El Jueves Santo fueron llevados a palacio doce pordioseros de la calle, y el rey Fernando, siguiendo el ejemplo de nuestro Señor, se arrodilló humildemente delante de aquellos harapientos despojos de la humanidad y lavó sus pies, como tenían por costumbre hacerlo los reyes de España. Al día siguiente, Viernes Santo, el rey y la reina ayunaron y rezaron con su

acostumbrado rigor; y ese día ocurrió un acontecimiento que sobrecogió de terror a todos los corazones. Un violento temblor de tierra acompañado por un fuerte y peculiar ruido en el aire, se hizo sentir en Andalucía y parte de Castilla.

Ese verano, el rey y la reina padecieron las fiebres que infestaban la región. Fernando sanó; pero Isabel, más preocupada por él que por ella misma, manifestó síntomas de hidropesía, y desde ese instante no abrigó esperanzas de seguir viviendo, ni tenía, por lo demás, deseo alguno de permanecer más tiempo en un mundo que parecía ser tan vano. Sabiendo que el pueblo celebraba procesiones y hacía peregrinaciones en toda España por su salud, pidió que no se rezara por la salud de su cuerpo, sino por la salvación de su alma. Y el 12 de octubre, duodécimo aniversario del desembarco de su almirante en San Salvador, firmó su última disposición y testamento.

Deseaba que su cuerpo fuera llevado a Granada y colocado, sin ostentación ni expensas innecesarias, en una sencilla tumba de humilde construcción. El dinero que de otro modo se hubiera gastado en un extravagante funeral, debía ser empleado para dotar a doce doncellas pobres (la caridad favorita de Isabel) y en el rescate de cristianos, cautivos de los moros africanos. Ni aun se permitía la vanidad de que su cuerpo fuera embalsamado, pues debía volver cuanto antes a la tierra.

Su amor por el rey Fernando, que parecía haber aumentado y ahondádose, a pesar de ocasionales celos, desde aquel día en que lo vio por primera vez con una joven princesa de Valladolid, brilla a través de su testamento con característica franqueza y calor. «Si el rey, mi señor, eligiera sepultura en otra cualquier iglesia o monasterio de cualquier otra parte o lugar de estos mis reinos, que mi cuerpo sea allí trasladado e sepultado junto al cuerpo de su señoría, porque el ayuntamiento que tuvimos viviendo, y en nuestras almas, espero, en la misericordia de Dios, tornar a que en el cielo lo tengan, e representen nuestros cuerpos en el suelo.»

Dispuso para el personal mantenimiento del rey una cantidad: «aunque no puede ser tanto como su señoría merece e yo deseo,

es mi merced e voluntad e mando que, por obligación e deuda que estos mis reinos deben e son obligados a su señoría por tantos bienes e mercedes que su señoría tiene e ha de tener por su vida, haya e lleve e le sean dados e pagados cada año por toda su vida, para sustentación de su estado real, la mitad de las rentas netas de los descubrimientos de las Indias y 10.000.000 de maravedís por año asignados sobre las alcabalas (un impuesto de diez por ciento) sobre las órdenes militares.» Para el caso de que su hija Juana fuera, por cualquier razón, incapaz de gobernar, la reina deseaba que Fernando actuara como regente hasta la mayoridad de su nieto Carlos.

Por último: «Suplico al rey, mi señor, se quiera servir de todas las dichas joyas e cosas o de las que más a su señoría agradaren, porque viéndolas pueda tener más continua memoria del singular amor que a su señoría siempre tuve y aun porque siempre se acuerde que ha de morir y que lo espero en el otro siglo, y con esta memoria pueda más santa e justamente vivir.»

Hasta en sus últimos momentos vio Isabel con toda claridad los peligros que acechaban a Castilla después de su muerte y trató de evitarlos. Seis semanas después de firmar su testamento y sólo tres días antes de su muerte escribió un codicilo. Nombraba una comisión para hacer una nueva codificación de las leyes, reforma que dos veces había acometido, pero que nunca la había satisfecho por completo. Recomendaba que se investigara la legalidad de las alcabalas, impuesto del diez por ciento sobre el comercio, que ella entendía que no debía ser perpetuo, y no podía ser así sin el consentimiento del pueblo, demostrando que después de haber cumplido sus propósitos mediante la necesaria concentración del poder, su sentido de justicia la llevaba a recordar, mirando hacia atrás, las libres instituciones de sus antepasados. Más adelante, con un tono aún más encarecido, rogaba a sus sucesores que trataran a los indios de las nuevas posesiones de allende los mares con el mayor cariño y benevolencia, corrigiendo cualquier error que hubieran cometido, para llevar adelante el sagrado deber de civilizarlos y convertirlos al cristianismo. Con peculiar visión, insistía en que Gibraltar era

indispensable para la seguridad de España y que nunca debía perderse.

Cumplido este deber, la reina volvió a sus oraciones. Vestida de hábito franciscano, confesó y recibió la sagrada comunión, consolando a sus amigos que llegaban llorando a rendirle su último homenaje. El arzobispo Jiménez de Cisneros, ocupado entonces en la construcción de la Universidad y en la preparación de su Biblia Políglota, acudió presurosamente desde Alcalá para darle su último consuelo. Próspero Colonna, uno de los visitantes llegados de Italia, dijo al rey que había venido a España «para ver a una mujer que desde su lecho de enferma gobierna el mundo».

